

59ª REUNION — Continuación de la 3ª SESION DE PRORROGA — OCTUBRE 14 DE 1959

Presidencia de los señores diputados Federico F. Monjardín, Enrique Mario Zanni,
Isaac Breyter, José I. García Flores y Francisco Hipólito Uzal

Secretarios: doctores Eduardo T. Oliver y Guillermo González

Prosecretario: doctor Enrique A. Pardo

DIPUTADOS PRESENTES:

ABAROA, Rufino Vicente
ALZABÉ, Pedro Bernabé
AQUINO, Porfirio Antonio
ARITO, Juan
ARMENDARIZ, Alejandro
AYBAR, José Antonio
BAIGORRIA, Nélida Rosa T.
BARRIO, Luis
BAUDUCCO, Enrique
BECERRA, Carlos Alberto
BECERRA, Olegario Antonio
BEIRO, Angel Francisco
BELNICOFF, Manuel
BENEVENTANO, Domingo
BERNASCONI, Mario
BERTONE, Marcos R.
BLANCO, Rubén Víctor M.
BOFFI, Luis L.
BOGLIANO, Palmiro B.
BONIFACIO, Juan José
BREYTER, Isaac
BRUZZO IRAOLA, Juan P.
BULIT GONI, Enrique A.
BURDEOS, José Antonio
BUSTOS, Jerónimo L.
CAGGIANO, Angel E.
CALABRESE, Pablo
CAMEI, Carlos Ernesto
CARDENAS, Juan Carlos
CARRERAS, Rodolfo Ricardo
CARRETTONI, Jorge C.
CASAS, José B.
CASELLA PINERO, Juan M.
CASTILLO, Hugo Enrique
CIALZETA, Domingo
CONDOLUCI, Domingo A.
CONTE (h.), Adolfo
CONTIN, Carlos R.
CORREA, Carlos María
CORTÉS, Ezequiel
CUARETTA, César Ramón
CUEVAZ, Agustín
CHAVERO, Luciano
DAMIANI, Salvador
DECAVI, Jorge Raúl
DE LA VEGA, Juan Carlos
DIAZ, Rosario Domingo
DOMINGORENA, Horacio Osvaldo
DOURS, Roberto José
ERREA, Daniel
ESCALADA, Alfredo H.

PAYA, Luis
FERNANDEZ, José Manuel
FERRARIS, Jorge Domingo
FERREIRA, Jorge W.
FOSSATI, Evers Nelson
FREGA, José
FUERTES, A. Ricardo
GALEANO, Roberto A.
GALLO, Luis M.
GARCIA, Ernesto
GARCIA FLORES, José I.
GARCIA VEIGA, Ignacio
GARONA, Alberto Agustín
GIANSEIRA, Marino Alejandro
GILI, Miguel
GIORDANO ECHEGOYEN, Mario
GOLDSTRAJ, Zenón
GÓMEZ MACHADO, Héctor
GONZALEZ, Ricardo A.
GOROSPE, Valentín
GUTIERREZ, José María
HEREDIA, Bernardo M.
HEREDIA, Gilberto L.
HERNANDEZ RAMÍREZ, Rafael
JARA MELAGRANI, Ubaldo H.
JUAREZ PENALVA, Miguel Angel
JUNÍN, Simón
JURI, Jorge
KRONHAUS, Arnoldo
LAFUENTE, Ambrosio César
LAFUENTE, Augusto Antonio
LAGOS, César M.
LICEAGA, José V.
LICEAGA, María Teresa M. de
LISCHETTI, Carlos A. M.
LOPEZ, Juan Carlos Godofredo
LOPEZ, Juan Raúl
LOPEZ AGUIRRE, Juan J.
LOPEZ BALLOSTEROS, Horacio María
LOPEZ SANSON, Ernesto
LOPEZ SERROT, Oscar
LLUGDAR, Elias N.
MALUF, Emilio
MANES, Juan Carlos
MANTECÓN, Esteban
MANUBENS CALVET, Reginaldo
MARCONATO, Pedro Luis
MARCHINI, Atilio Enrique O.
MARINI, Anselmo A.
MARTIRANI, Luis
MAS, Juan Antonio
MERCADO, Valentín A.
MIGLIARO, Victorio M.

MONJARDÍN, Federico F.
MONTE, Ricardo Alvaro
MORENO, Eufemio Tecló
MOSCA, Gabriel Carlos J.
MUSACCHIO, Vicente M.
NASSIF NEME, Carim
OREJA, Pablo Fernán
PAEZ, Nievas Humberto
PANELO, Ricardo E.
PARENTE, Miguel A.
PARODI GRIMAUX, Misael J.
PARRY, Enrique
PAVIOLO, Ricardo J.
PENNACCHI, Alfredo Arquimedes D.
PERALTA, Domingo Orlando A.
PERETTE, Carlos H.
PERKINS, Jorge Walter
PITTALUGA, José Saturnino
PITTO, Luis María
POITEVIN, R. Emilio
POLOGNA, Aurelio José
PONCE DE LEÓN, Martín A.
POSSE, Melchor S.
POZZIO, Antuño F.
PRECE, Angel Oscar
PURICELLI, Valdemar
RAVETTI, Francisco Antonio
RECIO, José A.
RIVERO, Jorge I.
RODRIGUEZ ARAYA, Agustín
RODRIGUEZ DIAZ, Rogelio S.
ROSENKRANTZ, Eduardo S.
RUIZ, Lucio Carlos
SAGO, Fayiz
SALIM, Abraham
SALOMONE, Humberto
SANTAGADA, Nírido E.
SANTONI, Nabucodonosor
SAYAGO VALDEZ, Miguel Angel
SCHWEIZER, Bernardo
SEGOVIA, Carlos A.
SILVEIRA MARQUEZ, Carlos
SOLANAS, Juan Carlos
SOLARI, Juan Alberto
SPANGENBERG, Enrique
STORANI, Conrado Hugo
SUAREZ, Facundo Roberto
SUJEROS, Pedro Ignacio P.
TARULLI, Pascual
TECCO, Luis Alberto
TELLO ROSAS, Cándido
TESSIO, Aldo E.
TONELLI, Haroldo Juan

TORTONESE, Dante Oscar
 URCELAY, Rafael Cándido
 UZAL, Francisco Hipólito
 VALLE, Salvador
 VECCHIETTA, Augusto Néstor
 VILLAR, Alfredo
 VINCIGUERRA, Rómulo
 ZANNI, Enrique Mario
 ZARRIELLO, Raúl Jorge
 ZUBIAURRE, Alberto

AUSENTE, EN COMISION:

GUTIERREZ, Victorino H. B

AUSENTES, CON LICENCIA:

BONET CONVALIA, Salvador
 CANEPA, Sebastián Oreste
 DESPOUY, Pablo Pedro
 FASCE, Antonio
 FELGUÍN de FERTARI, Berta

GRANDI de MARTIN, Palmira A.
 GYSSELS, Néstor Juan
 LEON, Luis Agustín
 LUELMO, Horacio Flavio
 TORTORA, Antonio
 TROILO, Eleogardo B.

AUSENTES, CON AVISO:

ARAMBURU, Julio P.
 RODRIGUEZ DEL REBOLLAR, José

SUMARIO

- 1.—**Continúa** la Honorable Cámara, en comisión, el estudio de los proyectos de ley sobre creación de la **Universidad Tecnológica Nacional**, y creación del **Consejo Nacional de Educación Técnica**. (Página 3986.)
- 2.—**Consideración** del despacho producido por la Honorable Cámara, en comisión, en el proyecto de ley en revisión sobre **Universidad Tecnológica Nacional**. Se sanciona. (Página 4033.)
- 3.—**Consideración** del despacho producido por la Honorable Cámara, en comisión, en el proyecto de ley del señor diputado Uzal sobre creación del **Consejo Nacional de Educación Técnica**. Se sanciona. (Página 4034.)
- 4.—**Pedidos de inserción** de documentos en el Diario de Sesiones. (Página 4044.)
- 5.—**Consideración** del despacho de la Comisión de Legislación General en el proyecto de ley sobre **donación de un busto** de don Antonio L. Zolezzi a la Municipalidad de Buenos Aires. Se sanciona. (Página 4044.)
- 6.—**Pedido de inserción** en el Diario de Sesiones. (Página 4047.)
- 7.—**Consideración** del despacho de la Comisión de Presupuesto y Hacienda en el proyecto de ley en revisión, de **subsidio** para atender gastos que origine el 6º Congreso Eucarístico Nacional. Se sanciona. (Página 4047.)
- 8.—**Apéndice:**
 - I.—**Sanciones** de la Honorable Cámara. (Página 4059.)
 - II.—**Inserciones**. (Página 4062.)

—En Buenos Aires, a los catorce días del mes de octubre de 1959, a la hora 10 y 20:

1

CONFERENCIA. UNIVERSIDAD TECNOLÓGICA NACIONAL Y CONSEJO NACIONAL DE EDUCACIÓN TÉCNICA

Sr. Presidente (Zanni). — Continúa el estudio por la Honorable Cámara constituida en comisión, de los proyectos de ley sobre creación de la Universidad Tecnológica Argentina y del Consejo Nacional de Educación Técnica.

Tiene la palabra la señora diputada por la Capital.

Sra. Baigorria. — Señor presidente: deseo hacer una primera puntualización: ninguna de las ideas que he de exponer tiene el mérito de ser original, sino que son el resultado de una larga experiencia vivida en la cátedra y de una honda inquietud por todos los problemas educativos del país, los que me han llevado a hacer estudios, que entiendo más o menos serios, para tratar de darles las soluciones necesarias.

En oportunidad de anteriores debates con respecto a problemas de la educación, manifesté mi opinión acerca de la necesidad de un planeamiento integral a los efectos de que las soluciones dadas lo fueran de fondo y nunca un paliativo circunstancial, sujeto por lo tanto a resultados precarios.

En conferencias de educadores, en reuniones de ministros, en asambleas de técnicos y pedagogos, se señaló la urgencia con que todos los estratos de la enseñanza necesitaban ser planificados con el propósito de que cada ciclo pudiera cumplir armónicamente su vinculación con los posteriores, para no quebrar el proceso pedagógico que debe tender al perfeccionamiento humano y que debe estar de acuerdo con las demandas apremiantes del medio para las cuales resulta imprescindible formar al individuo.

¿Qué es el planeamiento? Es un fenómeno propio de nuestros tiempos, aunque no lo ha iniciado el siglo XX. El planeamiento tiene ejemplos históricos: «La República» de Platón, la *Civitas Dei* de San Agustín, «La Utopía», de Tomás Moro, son intentos de planeamiento, es decir, deseos de organizar una sociedad dentro de un mayor orden y de una mayor justicia. Pero esa era una sociedad casi inmóvil, en la cual el progreso se medía por el paso de los siglos.

Muy distinta es la situación de este siglo XX. Vivimos arrollados por el vertigo, por realidades quemantes que se presentan y a las que hay que dar solución. Si no se hacen los planeamientos previos, corremos el riesgo de morir arrollados por las mismas fuerzas que desencadenamos y que luego no podremos dominar. El planeamiento, pues, es un proceso eminente-

temente intelectual, destinado a crear un orden y a actuar de acuerdo con los hechos y con las circunstancias del momento.

Todo planeamiento exige una fijación clara de los objetivos que se persiguen. Exige, por otra parte, especificación de medios y de métodos; que se evidencien también cuáles pueden ser los posibles elementos susceptibles de modificar las soluciones; y, en último término, manda la fijación de los criterios para la evaluación de los resultados.

Si el planeamiento resulta imprescindible en el orden económico, tanto lo es más en el orden educativo, por cuanto afecta al material humano. Sabemos que es preciso formar la inteligencia, profundizar el saber y posibilitar la capacidad de adaptación a estos cambios vertiginosos a los que asiste la sociedad contemporánea.

La experiencia de los especialistas de educación culmina con el seminario de educación para un planeamiento integral, realizado en Washington del 16 al 27 de junio de 1958, donde la Argentina estuvo representada por dos distinguidos profesores: Osvaldo Giorno y Luis Carpinetti. Ese seminario llegó a la siguiente conclusión: se han hecho planes para que la enseñanza obligatoria y gratuita fuera una realidad en todos los establecimientos primarios de América.

La Carta Americana de las Naciones Unidas y todas las constituciones destacan el derecho a la educación, principio democrático por excelencia. Sin embargo, se advierte que en ningún momento se han cumplido esas aspiraciones de los pueblos.

Hay, entonces, que enfocar este problema desde el punto de vista integral, teniendo en cuenta factores cuantitativos, y los otros, los factores cualitativos. Son factores cuantitativos los millones de analfabetos que existen en América y, por otro lado, las grandes masas indígenas que hay que incorporar al mundo de la cultura. Se consideran factores cualitativos para el planeamiento integral de la educación, la inadaptación de tantos establecimientos a las necesidades de los distintos países y de las distintas regiones, inadaptación que frustra el cumplimiento de los fines.

Considerado este problema básico de lo que debe ser el planeamiento, y viendo la realidad nacional, se advierte que nosotros, en lugar de contemplar integralmente y en todas sus fases los distintos problemas y detalles de la enseñanza, vamos parcializando las soluciones, creando posiblemente muros de aislamiento que quizá mañana sean muy difíciles de vencer.

Comenzamos con un hecho auspicioso, la sanción del Estatuto del Docente, el cual, al resguardar el título y remunerar en forma equitativa a los docentes argentinos, abría los cuadros

para un ulterior perfeccionamiento y, por ende, también para que ese material humano fuera la punta de lanza de una total renovación.

Luego de esa primera ley, tan auspiciosa, pasamos a la reglamentación de aquel artículo 28, desconectada totalmente del problema de la ley universitaria, y nos encontramos hoy con este otro proyecto sobre la Universidad Tecnológica, que también se debate sin encuadrarlo en el marco integral de toda la enseñanza universitaria del país.

Sr. Uzal. — ¿Me permite una interrupción, señora diputada?

Sra. Baigorria. — Sí, señor diputado.

Sr. Uzal. — Quiero decirle a la señora diputada que comprendo que la solución ideal, en éste como en todos los problemas, es tomar en consideración todos los aspectos del asunto y encontrar todas las soluciones. Pero las colectividades y los países se desenvuelven dentro de un marco de factores exteriores que limitan sus posibilidades.

Frente a ciertas tácticas —que estoy seguro no son las que maneja la señora diputada, pero sí algunos sectores reaccionarios, para frenar el progreso que significa un proyecto o un enfoque nuevo del problema—, el viejo Sarmiento decía: «Las cosas hay que hacerlas; mal, pero hacerlas.» Comprendía que la táctica de los sectores reaccionarios era pedir todo o nada, sabiendo que no se podía dar todo, de manera que frenaban siempre lo poco que se podía adelantar. Porque las sociedades no adelantan a grandes saltos, sino evolutivamente, a pasos, y cada pedazo que se avanza cuesta sacrificios y sangre a los pueblos.

Aclaro nuevamente que entiendo que la señora diputada no puede ser sujeto de esa imputación a que me referí cuando cité la frase de Sarmiento; sólo he querido recordar que muchas veces se ha manejado ese argumento para frenar todo progreso.

Sra. Baigorria. — Precisamente comencé mi exposición haciendo un análisis del planeamiento, porque en materia educativa no podemos seguir improvisando ni dando soluciones parcializadas. Nuestro grave mal ha sido, precisamente, desconectar los problemas y, por ende, desconectar también las soluciones.

Quizá lo que dice el señor diputado acerca de los sectores reaccionarios sea cierto en algún aspecto, pero también hay que tener en cuenta que a veces una solución, no precisamente la más estudiada, la más ecuaníme, ni la más justa, puede crear en el futuro otros nuevos factores de perturbación cuando deba enfocarse la realidad vívida y darle la solución adecuada. Mañana estudiaremos la universitaria, ya que es una necesidad imperiosa el hacerlo, y entonces tendremos que estudiar los aspectos de las universidades privadas y de la Universidad Tecnológica; y si hoy hemos dado mucho, quizá se levanten

voces diciendo que somos reaccionarios al querer hacer las cosas en forma más equitativa; ojalá diéramos menos, para que mañana podamos ser más justos y entregar la totalidad. Pero en este caso no es así.

Todo esto puede crear ciertas perturbaciones, y lo que es mucho peor, entorpecer incluso la marcha misma de la enseñanza en el país. Si tenemos grandes problemas económicos y hemos dicho que es necesario un planeamiento para resolverlos, de la misma manera tenemos que adoptar un planeamiento educativo para encontrar una solución integral. Mi aspiración sería que esos mismos técnicos que permanentemente envía el país a las distintas asambleas internacionales de educación, formen una comisión de planeamiento para que de una vez por todas se estudien simultáneamente todos los estratos de la enseñanza y se llegue a una solución armónica. El Ministerio de Educación ha dispuesto hacerlo el año próximo una vez analizadas las conclusiones de los seminarios realizados recientemente. Es un anuncio valioso.

Sr. Uzal. — ¿Pero acaso el planeamiento económico y financiero es un planeamiento total? Siempre es parcial. Las sociedades marchan, viven, se modifican, y todo tiene necesariamente un empirismo natural e ineludible. De manera que por más ambiciones que tengamos para hacer planeamientos, sobre la marcha se irán modificando esos trabajos empíricos. No se trata aquí de una improvisación, porque hace muchos años que se viene proyectando y hablando de ello en el país, y ahora sólo se quiere encuadrar este aspecto de la docencia, en el planeamiento económico del gobierno.

No quiero interrumpir más la exposición de la señora diputada, a quien agradezco su gentileza.

Sra. Baigorria. — Entiendo que son útiles estas interrupciones porque tienden a un mayor esclarecimiento del tema.

Si bien es cierto que el hombre se basa en elementos empíricos sobre la marcha de las realidades nuevas que se presentan y que tiene que enfrentar, es necesario que siga cumpliendo un método racionalista a los efectos de planear, no de acuerdo con su empirismo, sino con su capacidad de adaptación, que es exclusivamente un proceso de orden intelectual.

Los planeamientos nunca pueden ser totales, integrales y perfectos —lo sé—, porque perfectas son sólo las manifestaciones de tipo teórico, pero no las que concretan una realidad. No lo hagan. Ya llegará el momento en que será imprescindible ver el problema de la enseñanza primaria, secundaria y universitaria en conjunto, y darle las conexiones adecuadas para la armonización debida, si se aspira a no quebrar las esperanzas nacionales cifradas en la cultura. En todo el mundo los estadistas vuelven sus ojos hacia el problema educativo, porque

frente al avance de la ciencia es indispensable la formación de la mente humana para que sepa pensar.

En Argentina tenemos una enseñanza primaria, secundaria y universitaria que, en lugar de marchar armoniosamente, parecieran andar como auténticas antagonistas. Es necesario, pues, el planeamiento, aun el más general, para tratar de armonizarlas.

Pasaré al proyecto, señor presidente.

El señor senador Dávila, al fundar el proyecto sobre autonomía y cambio de denominación de la Universidad Obrera, señala lo siguiente: «Esperamos que la Universidad Tecnológica Nacional sea un factor que dote al país de un instituto forjador de técnicos que necesita nuestra industria, y que no interfiera en manera alguna en la formación universitaria, por ejemplo, de los ingenieros egresados de las universidades nacionales, ya que se trata de una programática distinta, y de condiciones personales diferentes exigibles a quienes ingresan a sus aulas.»

Teniendo en cuenta estas manifestaciones del señor senador Dávila, a quien estimo mucho, hallo que hay una incongruencia aquí, porque si éstos son los técnicos que necesita la industria, ¿qué función cumplen, entonces, los ingenieros egresados de las universidades tradicionales? Por otra parte, si el programa de estudios es totalmente distinto, como expresa el señor Dávila, supongo que tampoco podrá ser idéntico el título, aspecto que debemos aclarar cuando se debata en particular esta iniciativa.

Entiendo, sin embargo, que ésta no es la cuestión fundamental que debería guiarnos para la polémica, sino a qué se llama universidad.

En ocasión del debate sobre la Universidad Obrera, en el que intervino la representación de la Unión Cívica Radical, se planteó el problema de qué era la universidad. Y dijo entonces Luis Dellepiane: «Nosotros sostenemos que la universidad debe ser única como fuente inspiradora de todos los valores humanos y espirituales del hombre. En un país que se ha caracterizado por el exceso de diplomas no queremos una nueva infatuación diplomada.»

En cuanto a Gabriel del Mazo, que fuera en aquel momento el miembro informante de la Unión Cívica Radical...

Sr. Uzal. — Si me permite la señora diputada, sin ánimo de molestarla...

El miembro informante de la minoría fue el doctor Luis Dellepiane. En nombre del bloque habló el diputado Pérez Martín; el ingeniero Gabriel del Mazo fue uno de los diputados del bloque que usaron de la palabra.

Sra. Baigorria. — Bien, señor diputado. Tomé mal el dato; pero no tiene importancia.

Dijo entonces el ingeniero Gabriel del Mazo: «La cultura general une a los hombres y la especialización profesional cuando es estrecha, tiende a separarlos. Cuando la técnica usurpa

para sí la totalidad, se vuelve de hecho un totalitarismo, que rompe o desordena la unidad humana. Divorcia así la unidad del espíritu humano, ajusta la tuerca del oficio práctico y deja suelta la otra, la que nos ata a Dios. Se le da como nombre universidad, pero no lo es en ninguno de los sentidos históricos, ni en el de la universalidad de los educandos ni tampoco en el sentido de la universalidad de los conocimientos.»

Sr. Uzal. — ¿Se molestaría, señora diputada, si la interrumpo nuevamente?

Sra. Baigorria. — No, señor diputado.

Sr. Uzal. — La verdad es que como he informado el despacho de la mayoría, aunque me violenta molestarla me siento obligado a veces a interrumpirla.

Comprendo el valor de las citas de Luis Dellepiane y Gabriel del Mazo, que hace la señora diputada. Pero los tiempos hacen a veces cambiar las circunstancias y aunque los fines se mantengan, es necesario modificar los medios para adecuarlos a los tiempos.

Además, el ingeniero Gabriel del Mazo se ha referido, con las palabras que se están citando —tengo dos ensayos de que es autor, que fundan mi afirmación— a la universidad nacional: al profesionalismo y al utilitarismo, al abandono de sus fines de la llamada universidad nacional.

Tengo también en mi poder una cantidad de citas de Gabriel del Mazo que no leí días pasados para no alargar mi exposición, en las cuales formula conclusiones sobre la cultura que, en realidad son, con otras palabras, la identificación entre ellas y mi tesis, que desarrollé con respecto a pueblo y cultura y a lo que es autenticidad cultural y a lo que es pueblo.

Es cuanto quería decir. Excúseme una vez más.

Sra. Baigorria. — Creo que el señor diputado Uzal incurre en un error. El entonces diputado del Mazo no se refería a la universidad tradicional sino a la futura universidad obrera. La cuestión se aclara con una cláusula que yo no quería leer porque entiendo que si en aquel momento quizá tuvo validez, por cuanto no se sabía cómo iba a evolucionar la universidad obrera, en la actualidad podría resultar lesiva para los estudiantes de la universidad tecnológica.

La interrupción del señor diputado Uzal me obliga a leer ese párrafo. Dice así: «Una universidad traiciona, en realidad, su ejecutoria si con alimentar en su seno al especialista inculto, consagra una pretensión intelectual; y esto que es válido para la universidad nacional, que sigue infectada de profesionalismo, lo es más para esta universidad obrera, que extrema semejante daño.»

Sr. Uzal. — Si me permite...

La verdad es que el tema es tan candente...

Sr. Pozzio. — Ya es dar mucha importancia a palabras de Gabriel del Mazo, a quien podría-

mos aplicarle el título de un conocido libro: *Teoría y práctica de la historia*.

Lo que decía del Mazo era lo que debía haber practicado en política, pero hizo todo lo contrario.

Sr. Uzal. — ¡No, señor diputado! Permitame...

Sr. Pozzio. — Como educador, del Mazo era un buen o mal ministro de Defensa.

Sr. Uzal. — Gabriel del Mazo es un hombre que ha puesto su vida al servicio de la República.

Sr. Pozzio. — Hay que predicar con el ejemplo.

Sr. Uzal. — Lo que decía lo ha practicado con el ejemplo.

Sr. Pozzio. — Ha escrito muy bellos libros, pero en la práctica siguió todo lo contrario.

Sr. Uzal. — No, señor diputado; lo ha practicado con el ejemplo. Del Mazo es un Maestro, con mayúscula, porque ha enseñado a la juventud en el aula y fuera de ella. Gabriel del Mazo, mucho antes del debate del año 1948 estuvo hablando de nuestra universidad tradicional, de la universidad clásica, y se refirió precisamente a esa situación de especialismo profesionalista de la universidad. Por ello yo señalaba: quién tiene derecho en este país a tirar la primera piedra y a atacar de profesionalismo utilitarista a esta Universidad Tecnológica.

Por otra parte, ¿qué es la cultura? El concepto ha variado según las épocas. En el siglo XII la cultura era —a través de la escolástica— el estudio de los clásicos griegos y latinos; esos estudios no se cursan en muchas facultades de nuestra universidad. En momentos en que algunos investigadores están mandando impactos a la Luna, no podemos pensar que cultura es solamente cultivar los estudios de los clásicos griegos y latinos; cultura puede ser posibilidad para que todos los sectores del pueblo tengan una retaguardia que les dé tranquilidad y que les facilite la formación de bibliotecas en sus hogares, sus estudios por sí solos en sus ratos de ocio y durante sus vacaciones. Esa posibilidad que puede alcanzar el pueblo significa para mí mucho más que las situaciones individuales de vasta erudición adquirida con una instrucción libresca que den a un individuo los perfiles de persona culta. Yo insisto en que la cultura se refiere más a la colectividad que al individuo.

Sr. Presidente (Zanni). — Continúa en el uso de la palabra la señora diputada por la Capital.

Sra. Baigorria. — Quiero manifestar que me he limitado a leer dos fragmentos de los discursos de diputados que intervinieron durante el debate del proyecto de ley de creación de la Universidad Obrera. No se apesure, señor diputado. Mi pensamiento sobre qué entiendo yo por universidad y por cultura lo iré diciendo a medida que desarrolle mi exposición. Creo que en estos momentos todos los diputados tenemos la obligación de expresar qué entendemos por universidad para poder dar un voto consciente en

esta materia, que para mí tiene gran trascendencia para el desarrollo de la educación del país. Por eso en una reseña me referiré a los orígenes de la universidad y al concepto variado que ha tenido a través de los tiempos.

En la época primitiva, en Oriente, todas las expresiones de la cultura estuvieron ceñidas al rigor de lo esotérico y de lo religioso. En Grecia, la cultura y la enseñanza tomaron características individualistas por cuanto existía plena libertad para que el alumno escogiera a su maestro y lo abandonara en el momento que considerara oportuno. Se brindó una cultura emancipada totalmente del poder político y del poder religioso. Un ejemplo extraordinario en la etapa final lo tenemos en la escuela de Alejandría.

Pasamos luego a la Edad Media; surge entonces la universidad como un sistema corporativo, sujeta por completo al poder político y al poder religioso. Esa universidad es la más alta expresión del saber. Cuando se oficializa, tanto en los países latinos como en Inglaterra, adquiere características confesionales. Se introduce la enseñanza de la teología y del dogma católico, ceñido a las doctrinas de San Agustín y de Santo Tomás de Aquino.

Las siete artes liberales se enseñan a través del *trivium* y del *cuadrivium*: gramática, retórica, dialéctica, en el primero; aritmética, geometría, astronomía y música, en el segundo. Era una enseñanza eminentemente verbalista, formal y dogmática la de esta universidad de la Edad Media. Si bien no estimuló en sentido alguno la investigación, despertó la inquietud por los estudios superiores y fue también depositaria de toda la cultura de la época.

Surge luego el otro movimiento, despojado de las formas a las que estaba totalmente atada la Edad Media. En ésta hasta el arte gótico revela que el hombre vive exclusivamente para la salvación de su alma, con prescindencia de todos los otros contactos con el mundo y con la vida.

Aparece más tarde, decía, otro movimiento, el humanismo, como reacción contra el dogma y contra el formalismo de tipo didáctico. El humanismo vuelve los ojos hacia el hombre, quien de esta suerte pasa a ser el eje de todas las especulaciones filosóficas y pedagógicas. Hacia fines de la Edad Media, y en los albores del humanismo, descuellan hombres que pasaron a la historia con singularísimo brillo, como Erasmo de Rotterdam, Juan Luis Vives, Pico de la Mirándola, por ejemplo, expresiones breves y acabadas de esa universidad medieval, frente a los atisbos del humanismo. Ellos representan el hombre culto, cuyo saber no es oficio, tampoco profesión, en el sentido moderno; su saber es cultura, pero en su acepción eminentemente cualitativa.

Por esa razón, respecto a la referencia que días pasados el diputado Uzal hiciera acerca de Leonardo da Vinci y esos hombres destacadísi-

mos —artistas, filósofos— del Renacimiento, conviene tener presente que en aquel momento la cultura tenía esa acepción exclusivamente individualista; era la acepción cualitativa de la cultura.

La función social de la cultura se incorpora tras el avance de muchos siglos y tras el sufrimiento de muchos millones de seres que a través de los tiempos no conocieron preocupaciones del tipo de las que hoy nos agitan, pero que abrieron el camino por donde transitamos.

Como resultado del humanismo surgen las grandes expresiones filosóficas, los grandes filósofos que miran al hombre y que tratan de modificar los viejos cánones sobre los que se estructuraba y se fundaba la cultura del medioevo. Emanan así una realidad magnífica en la historia del pensamiento filosófico. Montaigne, quien a través de sus *Ensayos*, y por primera vez, dice que no es necesario que la educación forme al sabio, como tampoco al héroe; en cambio, sostiene, la educación tendrá que formar por sobre todas las cosas al hombre prudente.

¿Qué es el hombre prudente para Montaigne? Es el hombre que estudia, que incorpora el saber a su vida, que una vez incorporado lo asimila, y al asimilarlo transforma su propia existencia con posibilidades creadoras. A eso llama Montaigne la *sagesse*, la sabiduría, pero no como el acopio de conocimientos librescos, tal como se hacía en la Edad Media, que formaba para la disputa estéril en cuanto a cuestiones teológicas, y donde se hacía esgrima dialéctica, sino que se formaba al hombre prudente, el cual frente a los nuevos problemas de la vida, sin haberlos visto nunca, tuviera la capacidad de adaptación para resolverlos. Es decir, tendía al cultivo de la inteligencia, del sentido común. Este criterio dominó hasta el iluminismo —es coincidente lo que dice Montaigne con las palabras que citó el señor diputado Uzal, y que el ingeniero del Mazo atribuye al profesor Cossio—. Lo he leído yo en los *Ensayos*, cuando Montaigne manifiesta que la cultura es aquello que queda como *substratum*, después que el hombre olvida todo lo que le sirvió de información, es decir, un sedimento de tipo humano que le permite moverse en la vida como un instrumento inteligente.

Sr. Uzal. — También el cardenal Mercier, varios siglos después de la cita hecha por la señorita diputada, dijo que de todos los oficios el más importante es el oficio de hombre.

Sra. Baigorria. — Así es, lo que indica preocupaciones comunes a través de los tiempos.

Se inicia el siglo XIX y nos encontramos con que hay un enfrentamiento con esta concepción. Surge lo que se llamó la filosofía positivista y que nunca debió transformarse en una concepción filosófica, sino quedarse simplemente en un método; en cambio, al avanzar más allá, cometió el pecado de llegar al determinismo

y de anular incluso el sentido de la voluntad humana.

Con la filosofía positivista se inicia lo que podríamos llamar entonces el profesionalismo como resultado de la especialización científica.

La filosofía positivista preconiza el empleo del método experimental; y llevada de una gran pasión por las ciencias naturales, exige que ese método experimental se aplique luego a todos los órdenes de la realidad. Para la filosofía positivista todo termina en el mecanicismo. Incluso se aplica la mecánica a la vida del hombre, lo que engendra el determinismo. Como el hombre también está sometido, de acuerdo con esa filosofía, a la causalidad, la voluntad no cuenta para abrirse camino.

De modo, entonces, que la negación de la libertad es el fin del determinismo. Este lleva al hombre a la anulación de la voluntad y de la libertad. No obstante, esta filosofía tiene como positivo la instauración de la ciencia, el método, el rigor metodológico, la disciplina científica. Así se emancipa de aquel famoso *studium generale* de la Edad Media las distintas ramas del saber. Primero, las ciencias exactas y luego las ciencias aplicadas, lo cual produce la necesidad de que todas ellas sean incorporadas a los estudios superiores de tipo universitario.

Claro está que toda esa formación científica estuvo sometida a la inflexibilidad del método y al formalismo didáctico, lo que produce en este siglo XX una reacción en contra de todas esas escuelas deterministas y se exalta el sentido de lo universal. Hay que adaptar lo subjetivo a lo universal y crear una nueva armonía a los efectos de que el hombre se sienta dentro de un mundo en el que vive con otros hombres y de los que recibe también aportes culturales. Es decir, una armonización del mundo subjetivo con el mundo objetivo. De aquí, entonces, la nueva definición y también un empalme con el pensamiento desarrollado por el señor diputado Uzal en la sesión pasada con respecto a su interpretación de cultura. Aquí se aplica la teoría de Hegel acerca de lo que es el mundo de la cultura, el mundo objetivo; la cultura ya empieza a tener inclinación social y en este siglo XX se revela con un definido contenido social. Ya no será sólo el desiderátum de la cultura aquel hombre perfecto que nos dio el Humanismo, el Renacimiento o incluso la Edad Media, como expresiones individuales y aisladas del saber humano. Se aspira al hombre culto dentro del pueblo culto.

Sustenta Hegel que la cultura es el mundo objetivo de las creaciones humanas —nada mejor se ha dicho—; el mundo objetivo dado por el arte, por la ciencia, por la filosofía y la religión, dentro del cual se mueve el hombre, y él captará todos esos elementos dados por la tradición y por los siglos, penetrará esa cultura, la asimilará, la transmutará y a su vez la legará a las generaciones que le sucedan.

Ese es el sentido social que comienza a adquirir en nuestro siglo la palabra cultura, y todas las escuelas pedagógicas y todos los ensayos didácticos tienden a que por sobre todas las cosas, por sobre un verbalismo formal, por sobre un profesionalismo rígido e inoperante, por sobre un hombre versado con una profunda ilustración libresa, surja el otro, el hombre *sage*, como diría Montaigne, el hombre culto, formado, con capacidad de adaptación para los nuevos problemas de la vida; el hombre que sabe que no está sometido a la causalidad porque tiene una voluntad creadora, que ha de formar su carácter, cuño personal que ha de ser en definitiva el que le abra los rumbos de la cultura y del perfeccionamiento humano.

Entonces, frente a la anarquía aparente de las distintas escuelas pedagógicas que caracterizan al siglo XX, hay un común denominador: el ansia desesperada de combatir el monismo materialista que caracterizó al otro siglo y levantar por sobre todas las cosas el valor de la conciencia humana y el sentido de la libertad.

Nuestra universidad y toda la cultura argentina sufrieron los embates de la filosofía positivista. Si quieremos un ejemplo, lo tenemos en la escuela secundaria. Planes extensísimos, enseñanza verbalista y formal, profusión de elementos que no ayudan a pensar, sino que informan simplemente; conocimientos que se adquieren, que se olvidan, y que en definitiva no tienen ningún valor pedagógico para el perfeccionamiento del hombre.

Dentro de la universidad, la filosofía positivista se evidencia a través del exceso de profesionalismo. Nuestras universidades no formaron, sino que informaron para las distintas profesiones. Y aparte de eso, todavía unida a los cánones coloniales, nuestra universidad no pudo dar los frutos a los que naturalmente aspiramos los hombres y mujeres que hemos asimilado estas nuevas corrientes pedagógicas y que sentimos que el hombre no debe vivir para una profesión, sino para darse a la sociedad con el perfeccionamiento íntimo de su propio saber.

La reforma, sin embargo, trató de quebrar todo esto; lo logró en parte, pero sabemos bien que fue frustrada. No obstante, surge este movimiento de renovación dentro de nuestro país como una experiencia valiosa no vivida en otras tradicionales universidades europeas y americanas.

Urge, pues, dar la ley que la consolide.

Después de haber hecho este planteo, vamos a analizar cuál es la misión y cuáles son los fines de la universidad. Las ideas que vertiré están fundadas en un estudio que he hecho del informe presentado por el «Bureau International des Universités», con sede en París, trabajo que se publicó durante este año y para el que participaron eminentes especialistas, pedagogos, y

hombres de gran cultura inquietos por el porvenir universitario.

En el caso que se debate es importante que nos pongamos previamente de acuerdo acerca de cuál es la misión de la universidad, para saber luego a qué institución vamos a llamar universitaria. La misión de la universidad es la de conservar, transmitir y desarrollar los conocimientos. Ninguno de estos tres elementos puede ser separado, porque están todos unidos y ligados entre sí de manera orgánica.

Ha sido repudiada totalmente por el mundo universitario la tesis de Ortega y Gasset, quien sostenía que la investigación debe confiarse a organismos extrauniversitarios. La investigación debe ser el elemento substancial de la vida universitaria, porque la universidad no puede en ningún sentido renunciar a construir libremente una síntesis de todas las disciplinas científicas, que sólo obedecen al espíritu y a los intereses del conocimiento considerado como unidad. La teoría gnoseológica moderna considera al conocimiento como una unidad; a los efectos didácticos, podrá hacerse una parcialización del saber, porque sería imposible para el ser humano una captación integral del conocimiento, pero la universidad debe construir libremente esa síntesis que sólo responde a esa unidad del conocimiento, considerando como uno e indivisible.

La esfera de acción de la universidad es la ciencia, pura y exclusivamente. Aunque ella forme también hombres para las distintas profesiones, no debe perder de vista las relaciones superiores de esas profesiones con el conjunto de las ciencias, del cual la universidad es la única depositaria. La responsabilidad de la universidad, es pues, ante todo, consigo misma, como custodia de una cultura que deberá enriquecer a través de los siglos. Analizada la misión, pasemos al otro aspecto.

¿Cuáles son los fines de la universidad? En primer lugar, como fin eminentemente científico la universidad debe cumplir con las investigaciones básicas. Naturalmente, puede realizar investigaciones por pedido del Estado o de entidades privadas, pero nunca renunciar al fin teórico que debe guiarla.

En segundo término, la universidad tiene una función docente, que consiste en la formación completa de la personalidad del hombre. Si la especialización se impone por la enorme extensión de los conocimientos, la enseñanza universitaria no deberá nunca dejar de integrarlos en la realidad superior, que es uno e indivisible. La cultura general comprendida en su nivel universitario debe darle, pues, al hombre, la capacidad de adaptación para los cambios profundos y vertiginosos a los cuales hoy más que nunca debemos asistir. Y por otra parte debe

darle una ruta, un sentido de orientación en medio de la extrema complejidad de los conocimientos.

La tercera función, que naturalmente no tenían las universidades de los siglos que pasaron es la función social, por la que nosotros clamamos con verdadera angustia argentina. Estoy cierta de que ningún diputado ni ningún senador de la República es insensible a este reclamo de que la universidad cumpla auténticamente su función social. Son los fines de la reforma; son los principios que nos llevaron a luchar para materializarla.

¿Cuál es esa función social que debe cumplir la universidad? En primer término, integrar los cuadros superiores de la Nación; y para hacerlo, debe recurrir a las capas más profundas de la sociedad. Allí está, señor diputado Uzal, una coincidencia con su tesis: recurrir a las capas más profundas de la sociedad. Hasta allí debe llegar la universidad en su obra de redención espiritual y cultural. Mientras la universidad no llegue a los últimos estratos sociales, no cumplirá los fines que exige la sociedad contemporánea.

Sr. Uzal. — ¿Me permite una interrupción la señora diputada, ya que he sido aludido?

Sra. Baigorria. — Con mucho gusto.

Sr. Uzal. — Coincido en su mayor parte, con los conceptos que acaba de expresar la señora diputada, y en la síntesis de los fines de la universidad transcritos en el informe del «Bureau International des Universités», y que ha aludido; pero decía que su finalidad era la ciencia y un poco de manera excluyente la formación científica. Eso sí es discutible.

Días pasados ponía de manifiesto que en los hechos ésa ha sido, en muchos aspectos, la actividad de nuestras universidades. En la práctica, no ha podido hacerse la formación completa a que han aspirado muchos hombres en la lucha universitaria. La verdad es que cada día, por la complejidad de nuestra vida, ese objetivo se hace más difícil.

Estamos de acuerdo en que la función social debe ser el norte de la universidad, en todos los aspectos de la lucha y de la vida del hombre, desde su nacimiento hasta su muerte; pero en cierta manera, la formación cultural —es decir, la identificación de cada individuo con el medio social colectivo al que pertenece— quizás supere el meramente universitario docente y le corresponda mejor, a la propia sociedad, incluso con la orientación del Estado que, de todos modos, puede ser un coordinador del periodismo, del libro, del ensayo, de la radiodifusión y ahora la televisión, de los grandes conciertos, del teatro, de la cinematografía. Eso concierne a la cultura humana, a medida que avanzamos cada vez más en nuestro desenvolvimiento, superando a las instituciones educacionales y docentes.

Sra. Baigorria. — Eso forma de educación de tipo popular a que acaba de aludir el señor diputado por la Capital, tendrá que ser también muy tenida en cuenta en nuestro país si no queremos quedar a la zaga de otros pueblos más adelantados en materia científica, cultural y económica. Sabemos bien que en Inglaterra, en Estados Unidos, esos métodos se emplean desde hace mucho tiempo. Nosotros, por carecer de los medios necesarios, aun no lo hemos podido hacer; pero su utilización es complementaria de la función básica que debe cumplir la universidad para ayudar e inspirar a la comunidad en la solución de sus problemas, especialmente en cuanto atañe a la producción y a la organización sociales, que responden actualmente a una orientación vivamente científica.

No se puede delegar en manos de empíricos la solución de estos problemas, sino que es menester la colaboración, la inspiración y la ayuda de los cuadros superiores de la universidad, ya que por su carácter científico requieren una preparación básica.

Pero por sobre todas las cosas, la universidad nacional debe servir a la solución de los problemas nacionales, no solamente en el plano concreto de las realizaciones educacionales, sino también en el plano superior de la filosofía de la educación. Esa debe ser la función rectora de la universidad desde el punto de vista social. Tanto es así que esa intervención indirecta en cuanto al estudio de los problemas, debe tener una concreción directa, participando la universidad en la configuración de la política educacional del país.

Sr. Uzal. — Esa puede ser una función, pero habría que discutirlo un poco. Sólo con reservas aceptaría una atribución semejante.

Sra. Baigorria. — He dicho que mis ideas no son originales; de manera, entonces, que no estoy exponiendo una creación. Son ideas a las que adhiero, pero a través de una información profusa y de una experiencia que he vivido a raíz de mi profesión.

Naturalmente que podemos discutir ese aspecto, pero la experiencia de todos los organismos mundiales en materia universitaria, así como la de los técnicos especializados y grandes pedagogos que se han dado cita en París y han constituido la Oficina Internacional de Universidades, en la que también está representado nuestro país, indica que uno de los aportes fundamentales en el roden social es ayudar a configurar la política educacional de los distintos países, precisamente porque puede manejarse en el plano superior de la filosofía de la educación y dejar de lado improvisaciones y especulaciones políticas para dar fundamento científico a la solución de los problemas educativos.

Sr. Uzal. — La señora diputada no tenía por qué contestarme que no son ideas suyas, porque para mí valen tanto las suyas como las de otros autorizados pedagogos.

Sra. Baigorria. — No, señor diputado, porque querer presentar una idea semejante en la Cámara de Diputados dándole carácter original, sin haber hecho una compulsa de opiniones, sería muy petulante, y yo no me atrevería jamás, por el respeto profundo que me inspira la formación del hombre, a traer aquí un afán innovador o revolucionario sin bases sólidas.

Sr. Uzal. — Nunca una idea es original aunque quien la exprese la haya creado, porque siempre alguien tiene que haberla pensado con anterioridad.

Sr. Pozzio. — Señor presidente: que se haga extensivo para toda la Cámara este diálogo platónico, porque nos interesa sobremedida. El diálogo platónico es una forma de pedagogía.

Sra. Baigorria. — Pero no ha dado mayor resultado. El señor diputado dice que es una forma de la pedagogía, y yo señalo que la mayéutica tuvo que ser superada porque de acuerdo con los grandes pedagogos no permitía llegar a la verdad cierta, dado que se basaba casi en la duda metódica.

Sr. Pozzio. — Pero siempre es uno de los métodos de la pedagogía.

Sr. Uzal. — Vamos al monólogo, que es lo que corresponde.

Sra. Baigorria. — Para dar término a este diálogo, quiero hacer notar al señor diputado Uzal que el ilustre profesor desaparecido Henríquez Ureña, de la Facultad de Filosofía y Letras, nos dio una hermosa lección acerca de cuándo el conocimiento es propio. Frente a la mesa examinadora un alumno le dijo con sinceridad que la pregunta que le había formulado sobre un tema muy complejo, no la sabía y que sí la había aprendido ahí cuando se la planteó a otro alumno momentos antes. Entonces Henríquez Ureña le contestó: «No se preocupe, señor, porque desde el momento que usted ha incorporado ese conocimiento, ya es suyo.»

Señor presidente: teniendo en cuenta lo que he manifestado sobre los fines de la universidad, quiero agregar que dentro de la universidad moderna se han incorporado no solamente las disciplinas científicas puras, sino también las ciencias aplicadas y además el estudio de las humanidades. Pero no ya el sentido de la preparación humanística como lo sostenían otras escuelas pedagógicas: el estudio de las lenguas clásicas, latín y griego, precisamente para que aquel que alcanzaba el dominio de esas lenguas se deleitara estéticamente con la lectura y conocimiento de los clásicos. El sentido moderno de preparación humanística tiene eso que podemos calificar de una capacidad de adaptación para los problemas del futuro. Es decir, dentro de la complejidad de todos esos conocimientos, dar al hombre un sentido de orientación para adaptarse a las nuevas necesidades vita-

les que el cambio de la época pueda imponer. Es decir, ponderación y juicio claro.

Con respecto al equilibrio entre ciencias y humanidades, voy a citar la tesis sustentada por el asesor en ciencias y tecnología del presidente Eisenhower, profesor Jaime Killian. Dice que los estudios literarios no pueden ser realmente tales si no incluyen también a las ciencias. Y es cierto; la literatura actual tiene características científicas. «También entiendo —continúa— que el humanismo es aliado indispensable de la ciencia cuando se quiere alcanzar una educación integral.»

Por lo tanto, para lograr la formación completa del futuro dirigente de nuestra sociedad tecnológica, se torna indispensable una formación paralelamente humanística y científica. Las nuevas necesidades y descubrimientos pueden, de un día para otro, tornar inoperantes técnicas que hoy resultan valiosas, razón por la cual el técnico tiene que estar preparado para adaptarse a los nuevos descubrimientos, a las nuevas necesidades, sin perder su sentido de orientación. Eso lo conseguiremos no circunscribiéndonos al aprendizaje amplio de una técnica, sino a través de una adaptación profunda, de un trabajo intelectual serio, de un rigor metodológico que enseñe, por sobre todo, a pensar.

—Ocupa la Presidencia el señor presidente de la Comisión de Comunicaciones doctor José I. García Flores.

Sra. Baigorria. — Por esa misma causa, y como síntesis, la universidad moderna debe ser unida y completa; y una circulación libre y continua entre sus distintas facultades debe tender a una interpretación fecunda y recíproca entre las humanidades y las ciencias. Y aquí hemos definido, entonces, el sentido de universidad en cuanto a lo que es la universalidad del conocimiento logrado a través de las distintas facultades como concreción de esa unidad, que es el conocimiento en sí, y que sólo puede parcializarse a los efectos didácticos.

Señor presidente, ésta es mi posición: que la universidad corone el esfuerzo intelectual de toda una vida, y que se pueda cumplir bien lo que dijo cuando se reunió en Buenos Aires hace apenas un mes la III Asamblea de la Unión de Universidades de América Latina, el presidente de la Asociación Internacional de Universidades, profesor Jean Bagniet. Consideró el estudio como una pirámide, en cuya base se da la escuela primaria, sus caras son los cursos secundarios, y en cuya cúspide aparecen los estudios universitarios, coronación de un esfuerzo intelectual. Así, todas las disciplinas científicas y filosóficas se integran en esa cúspide como síntesis de la posibilidad del conocimiento humano.

Desde ese punto de vista, esa finalidad no podrá cumplirla la Universidad Tecnológica,

porque podrá sí integrar una cantidad de ciencias que no escapan nunca al orden de la técnica...

Sr. Uzal. — ¿Me permite una interrupción, la señorita diputada?

Sra. Baigorria. — Sí, señor diputado.

Sr. Uzal. — En la sesión del viernes expresé que la Universidad Tecnológica Nacional no pretendía ser una universidad a secas, es decir, una universidad que abarque la universalidad de conocimientos, sino que modestamente se limitaba a la técnica; pero, sin embargo, en sus planes de estudio dedica horas a la extensión cultural. Tengo aquí, en varias carpetas, esos planes, que señalan esa preocupación.

Agregué que esa inquietud intelectual no se traducía anteriormente; y al solo efecto comparativo leí el plan de estudios de algunas facultades como la de medicina, la de odontología, la de agronomía y veterinaria de la Universidad de Buenos Aires, que no dedican ni una hora a la extensión cultural, que la tiene, en cambio, el programa actual vigente de la Universidad Obrera, a la que, con este proyecto, queremos dar autarquía y llamarla Universidad Tecnológica.

Sr. Pozzio. — Incluso el propio articulado de la ley establece entre los fines específicos, la obligatoriedad de la vinculación y relación con todas las disciplinas humanistas. Es decir, que está dando una concepción de tipo integral dentro de la universidad.

Sr. Uzal. — A ese punto se refirieron el señor diputado Blanco y el señor senador Dávila.

Sra. Baigorria. — Esos conceptos afirman mi tesis. Estoy de acuerdo con las manifestaciones de los señores diputados. Por más perfectos que sean los planes de estudios y por más disciplinas humanísticas que contengan, esa universidad estará circunscripta a un número de disciplinas específicas y nunca podrá darse en ella —recordarán los señores diputados que hemos debatido hasta la cuestión del nombre— el cumplimiento de los fines de la integralidad.

Es una posición de orden personal compartida en 1949 por los diputados de la UCR. Yo llamaré siempre universidad a aquella que cumple con la síntesis total de los conocimientos humanos: una universidad que abarque facultades de medicina, de derecho, de filosofía y letras, y no a la que comprenda facultades de química, o de otras disciplinas específicas que puedan interesar sólo a la técnica.

Tal es mi definición. Por esas razones considero que esta entidad no puede llamarse universidad.

Sr. Uzal. — En esta universidad, lo formativo sería seguir los cursos de todas las facultades de la universidad. Una facultad que no sea de las específicamente culturales, como Filosofía y Letras, Derecho o Arquitectura, por ejemplo, es una parcialidad específica, técnico-científica o científico-técnica.

Sra. Baigorria. — Hay fines que no se han cumplido. Tenemos que hacer que la universidad los cumpla.

Sr. Presidente (García Flores). — Sirvanse no dialogar los señores diputados.

Sr. Uzal. — Es un diálogo platónico, señor presidente.

No se han cumplido los fines ni es posible que se cumplan. Ha reconocido la señora diputada que en la actualidad es imposible que exista un Leonardo da Vinci, un hombre que pueda seguir todas las carreras de la universidad. De manera que en ese plano, lo formativo es teórico. Estamos en el mero devaneo pedagógico a que se refería Gabriel del Mazo, con ausencia de pueblo y de verdad.

Sr. Solanas. — ¿Me permite una interrupción la señorita diputada?

Sra. Baigorria. — Sí, señor diputado.

Sr. Solanas. — En los conceptos que acaba de expresar, la señorita diputada Baigorria señala la diferencia que considera existe entre la universidad clásica, estatal o privada, y la universidad cuya creación estamos tratando. El señor diputado Uzal acaba de expresar lo que a mí vez quería manifestar.

Se piensa que en la universidad clásica el concepto de universalidad está comprendido en la amplitud de los conocimientos que en ella se adquieren. No hay que olvidar que dicha universidad está dividida en carreras y, como bien ha dicho el señor diputado Uzal, el estudiante de ingeniería que cursa estudios en la facultad respectiva, lo hace dentro de su especialidad, al igual que el que cursa medicina. Hay, pues, parcialidades de estudios. Si bien la universidad puede ser definida como tal, por el conjunto de conocimientos que imparte, debemos ser leales y reconocer que los egresados universitarios sólo han hecho estudios parciales.

¿Qué relación han tenido, por ejemplo, el médico o el ingeniero con las facultades de humanidades? Soy egresado de la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires, y durante los estudios jamás tuvimos contacto alguno con las materias dictadas en la Facultad de Filosofía y Letras. Hemos permanecido ajenos a ellas, totalmente. Para nosotros hubiera sido exactamente lo mismo que la Facultad de Filosofía, en lugar de tener su sede en Buenos Aires, estuviera radicada en Córdoba, en Misiones o en el Chaco, o no existiera. Los conocimientos pues, no se pueden adquirir por ósmosis de una casa de estudios a otra.

Si la Universidad Tecnológica —como lo han dicho los señores diputados Uzal y Blanco y lo ha recordado el señor diputado Pozzio al hablar del artículo 2º en sus consideraciones sobre los planes de estudio que deben dictarse—, incorpora en sus tres primeros años del ciclo dos horas semanales para temas culturales, está

haciendo mucho más por la formación integral y por el equilibrio mental y sociológico de sus egresados, que lo que hacen habitualmente la Facultad de Ingeniería o la de Medicina.

Es necesario que hagamos hincapié en este aspecto.

Ha sido definido aquí el concepto de cultura. Hay un aspecto que nosotros debemos destacar: la cultura así incorporada al conocimiento técnico, no disgrega al hombre, de la comunidad, sino que lo vincula más, porque es un vínculo de unidad social, un vínculo de relación humana.

No vamos a sacar de la Universidad Tecnológica técnicos fríos, unilateralizados, sino ciudadanos que se sientan solidarios con el destino de este gran país y solidarios con todo el acontecer nacional.

Esa es la gran tarea que ha de cumplir la Universidad Tecnológica y que, desgraciadamente, no cumple la pomposamente llamada «universidad».

Nosotros cursamos estudios en facultades y no en una universidad. Me refiero específicamente a las carreras que he mencionado, en especial, medicina. Lo ha dicho el señor diputado Uzal al ocuparse del programa de estudios de Medicina, Veterinaria y Odontología, que son carreras tecnológicas unilateralizadas bajo ese aspecto. Si algo puede ser suplido, será únicamente por el quehacer personal del educando que curse esas carreras, que lo habrá recibido en los estudios del ciclo secundario, en los cuales se contribuye a la formación humanística.

Posiblemente la facultad no presta especial atención porque da por conocidos o por incorporadas al acervo intelectual de los estudiantes las disciplinas humanísticas que han aprendido en los colegios secundarios. En cambio, los que ingresan en la Universidad Tecnológica provienen de escuelas-fábricas y de escuelas industriales de la Nación y no poseen ese caudal de conocimientos universales que lleva consigo la formación del estudiantado enciclopédico secundario.

Sr. Presidente (García Flores). — La Presidencia se ve precisada a hacer presente, con todo respeto, al señor diputado que está en uso de una interrupción.

Sr. Solanas. — No conozco la disposición reglamentaria que fije el límite de las interrupciones, salvo la voluntad del diputado que concede la interrupción.

Sr. Presidente (García Flores). — Es una amable advertencia que hacía al señor diputado por Santa Fe.

Sr. Solanas. — De acuerdo, señor presidente; pero si yo no me explico y no doy los motivos de mi interrupción, no se podrá entender el sentido de ella. No es mi propósito injertar un discurso en otro, sino únicamente aclarar. Sin

embargo, he de recoger la insinuación de la Presidencia: en pocas palabras más daré término a mi interrupción.

Decía que la Universidad Tecnológica da a sus educandos formación humanística. Hay facultades de la universidad nacional que no cumplen la misma tarea. En consecuencia, no podemos hablar pomposamente de estudios universitarios, sino de estudios cursados en una facultad de una universidad.

Sr. Presidente (García Flores). — Continúa en el uso de la palabra la señora diputada por la Capital.

Sra. Baigorria. — Se la cedo al señor diputado por Córdoba.

Sr. Hernández amírez. — Deseo solamente dejar a salvo el plan de estudios de la Universidad Nacional de Córdoba, en su escuela de Medicina: en ésta existe realmente una formación humanística.

Sr. Solanas. — Comprenderá la historia de la medicina, únicamente.

Sr. Hernández Ramírez. — No, señor diputado; comprende otras materias.

Sr. Junín. — ¿Me permite una interrupción la señora diputada, con la anuencia de la Presidencia?

Sra. Baigorria. — Sí, señor diputado.

Sr. Junín. — Considero que estamos circundando el problema sin ir a su verdadero fondo.

La crisis que vive nuestro mundo contemporáneo es crisis de transformación y obedece a distintas causas; entre ellas podemos destacar fundamentalmente la falta de igualdad en el desarrollo, desde un punto de vista comparativo, entre las ciencias de la materia y las ciencias del espíritu. Mientras las ciencias biológicas y las ciencias físicas, en este último siglo, han avanzado en forma sorprendente, las disciplinas filosóficas y la sociología lo hicieron con lentitud desesperante. Las dos *Éticas* y la *Política* de Aristóteles aún hacen reflexionar a los economistas, a los políticos y a los sociólogos; sin embargo, la *Física*, de Aristóteles desde ningún punto de vista resulta ya útil a los físicos de hoy.

Sr. Presidente (García Flores). — Continúa en el uso de la palabra la señora diputada por la Capital.

Sra. Baigorria. — No entiendo con mucha claridad el sentido de la interrupción del señor diputado Junín. Aristóteles fue un gran filósofo cuyo pensamiento mantiene trascendencia, precisamente porque tuvo el genio de sentir la humanidad y de ver el mundo.

Sr. Uzal. — La humanida (parecería haber tomado el camino de Aristóteles para la clasificación de las ciencias. Estamos frente a lo fragmentario.

Sra. Baigorria. — La clasificación de las ciencias de Aristóteles procuró los fundamentos filosóficos particulares sobre los cuales después

se movió toda la Edad Media, por intermedio de la escolástica. Pero su fuerte no fue la gnosología sino la ontología. En el pensamiento de Aristóteles, de acuerdo con esa clasificación, señores diputados, la política es parte de la ética, y estaba muy bien ubicada al colocarla después de la religión. Todo esto tiene vigencia actual. Me complace que lo recuerden.

Sr. Junín. — Sólo desde el punto de vista filosófico.

Sra. Baigorria. — De acuerdo, para algunos, pero no olvide el señor diputado la influencia que han tenido las inquietudes vinculadas con el ser humano y que agitaron a todos los filósofos de la historia. El ser humano fue siempre el mismo, con iguales anhelos de liberación y con iguales afanes. En cambio, la ciencia, la técnica, necesitaron el paso de los siglos para su perfeccionamiento; para servirlos el hombre tuvo que escudriñar el mundo, vencer sus misterios, dominar la materia, descubrir leyes y valerse de medios nuevos para llegar a las conclusiones actuales de dominio del espacio. Considero que la diferencia es muy fácil de advertir.

Sr. Uzal. — Yo diría que para volver a la espiritualidad de Platón y al sentido ontológico del hombre, de Sócrates, no tenemos por qué oponernos a la Universidad Tecnológica.

Sr. Belnicoff. — Esto parece un curso de filosofía.

Sr. Marini. — Hay que volver al Parlamento. Estamos dictando una ley.

Sra. Baigorria. — Por mi parte en momento alguno quise dar a este debate el sentido de una clase de filosofía. Pero sin fundamentos de este tipo, ligeras serán las soluciones.

Me propuse señalar claramente qué es para mí la universidad, cuál es su misión y cuáles son sus fines. Desde el primer momento sostuve que la Universidad Obrera debía transformarse en un instituto superior de tecnología, como los hay tantos en el mundo, el estupendo instituto de Massachusetts o el de Milán, entre otros. Sostuve que debía ser un estrato superior ubicado entre la enseñanza técnica, que se imparte en las escuelas industriales o en las de orientación profesional, y la universidad de modo que todos los caminos quedasen expeditos para que los graduados en ese instituto superior de tecnología pudieran ingresar en la universidad a los efectos de completar su formación científica y llegar a la investigación y al análisis meteorológico que requiere la culminación de todo proceso intelectual.

Esa ha sido mi posición. Saben bien los alumnos y los profesores de la Universidad Tecnológica que una de mis primeras inquietudes como diputada de la Nación fue precisamente el problema que a ellos preocupa. Saben bien que fui al establecimiento de la calle Medrano para

interesarme cómo se desarrollaban las actividades, cuáles eran los planes de estudio y cuáles los fines que cumplía esa universidad.

Por otra parte, entiendo que no habiendo diferencias entre la universidad clásica —por ejemplo, la Facultad de Ingeniería— y la Universidad Tecnológica, ambas superpondrán así sus presupuestos. Saben bien que los elementos didácticos con que cuenta una universidad son precarios. Los que cuenta la otra también lo son, y más precarios aún seguirán siéndolo por mucho tiempo. Para la investigación y el estudio de la técnica son necesarios elementos valiosísimos, que será imposible adquirir con los magros presupuestos con que cuenta una universidad y la otra.

Por ejemplo, un aparato de investigación atómica actualmente en construcción en Manchester cuesta cinco millones de libras esterlinas, es decir, más de 1.000 millones de pesos, y una máquina electrónica computadora cuesta un millón de dólares. Resulta por lo tanto evidente que será imposible que cada una de esas universidades tenga cualquiera de estos aparatos para la investigación; de modo, entonces, que cada una de ellas no actuará con la debida eficacia, lo que irá en desmedro de la formación del estudiante y la posterior idoneidad del graduado.

Por otra parte, quiero manifestar que yo desecho, por demagógicas, las pesadas expresiones que tratan de levantar permanentemente el concepto de que de las universidades nacionales egresa una «élite» intelectual que se pone de espaldas a la vida argentina. En todos los órdenes de la vida habrá sectarismo y habrá egresados con criterio clasista; pero puedo decir que si males hubo en la universidad argentina, y aún los hay, no son propios de ella, sino que son comunes a todas las universidades de América y también a todas las universidades del mundo. Nosotros tenemos, en cambio, el privilegio de haber iniciado en su momento un movimiento de renovación, y no por el hecho de que no se haya cumplido la reforma vamos a desistir de realizarla. Si bien es cierto que la universidad no pudo cumplir sus fines, es nuestra obligación de legisladores dictar una ley universitaria que permita satisfacer ese anhelo. Esa es nuestra obligación y ése es un llamado que hay que hacer desde aquí a todos los que tengan inquietudes intelectuales.

Por otra parte, como graduada que soy de una universidad argentina y de una facultad precisamente no la más frecuentada por la utilidad de su título, puedo decir que hemos visto estrellarse en el fracaso más absoluto a personas de mucho lustro social, porque en definitiva lo que legitimaba nuestro avance eran los exámenes. Con muchos compañeros de promoción

hemos egresado sin dificultades de ningún tipo y sin que nuestro apellido ostentara tampoco ningún blasón ni ningún privilegio. Por eso me duele que se diga que desde aquí saldrá la nueva clase de técnicos que cumplirá con las funciones que reclama el país, mientras los otros constituyen la intelectualidad enquistada con títulos pomposos que sigue actuando nocivamente para la vida de la República. Les pido a los jóvenes de la Universidad Tecnológica que luchen, y si estiman que esto es justo, lo reclamen aunque yo discrepe con ellos, pero que no lo hagan con sentido clasista, porque si seguimos abriendo abismos y aguzando nuestras discrepancias, caeremos todos irremisiblemente vencidos por esta vocación de fracaso que parece ser el signo de la vida argentina.

Sr. Uzal. — Si me permite...

Quería decir que esta ley está despojada del sentido clasista que tuvo la sanción de 1948. Pero lo que el radicalismo dijo siempre cuando habló de la oligarquía en nuestro país, fue referido a las oligarquías económicas, principalmente agropecuarias, pero también a las oligarquías intelectuales, a las oligarquías de los doctores de nuestro país, que siempre fueron antirradicales. Esta es una referencia que hemos hecho todos los radicales a lo largo de la historia, desde Yrigoyen.

Sr. Solanas. — ¿Me permite una interrupción, la señora diputada?

Sra. Baigorria. — Sí, señor diputado.

Sr. Solanas. — Deseo aclararle que la creación de esta Universidad Tecnológica no obedece —como se puede deducir de las palabras de la señora diputada— a una antítesis o a una reprobación de la universidad clásica. Entiendo que la Universidad Tecnológica simplemente cumple una finalidad necesaria, que surge de su propia ley de creación.

En ella se brindarán condiciones que no puede ofrecer la universidad clásica: horarios vespertinos, condición laboral ineludible para sus alumnos, clases con número limitado de alumnos, formación en seminarios, es decir, teoría y práctica combinadas, más asistencia obligatoria. Todas estas condiciones son las que deben darse al técnico que trabaja, que vive de su esfuerzo y que no podría, en manera alguna, completar sus cursos en la universidad que conocemos, porque sólo en clases prácticas tienen fijados horarios diarios que le impedirían totalmente su concurrencia a la actividad laboral.

En consecuencia, aquí se trata únicamente de brindar condiciones favorables a los técnicos para que se superen y adquieran conocimientos a medida que trabajan, de donde se obtiene el doble provecho de no restar a la actividad laboral elementos útiles, subvencionar su propio estudio y ganar en capacidad técnica, condi-

ciones éstas que no pueden darse en la universidad clásica.

Finalmente, deseo decir que con esta creación se llena una necesidad. No se crea una universidad para suplantar a otra.

Sr. Presidente (García Flores). — Continúa en el uso de la palabra la señora diputada por la Capital.

Sra. Baigorria. — La manifestación que formulé la hice precisamente porque en el debate pasado, y a raíz de una fervorizada intervención del señor diputado Solanas, éste manifestó que saldría una nueva clase de técnicos frente al otro núcleo que se había quedado rezagado con respecto a las necesidades del país.

Esa es la razón por la cual, y con un sentido docente, quiero expresar estas palabras frente a la juventud que asiste a la Universidad Tecnológica. Dejemos de ser adversarios y unamos nuestros esfuerzos para los fines comunes; no enfrentemos al sector que egresa de la Universidad Tecnológica con el de la universidad tradicional.

Sr. Solanas. — Acabo de manifestar que no hay tal antítesis. Han sido mal interpretadas mis palabras.

Los conceptos que yo pronuncié respecto a esa *élite* reaccionaria que había frustrado el desarrollo nacional no eran míos, sino de Juan Bautista Alberdi. De manera que lo único que hice fue traer una cita.

Sostengo —y agradezco a la señora diputada que me permita hacer esta aclaración—, que no se está creando una universidad para oponerla a otra, sino que se está facilitando el acceso a una clase importante del país, como son los técnicos, para su superación técnica, que permita con su capacidad económica adquirir los conocimientos que el país necesita, para que no sean postergados y reemplazados por una clase extranjera en los puestos que corresponden a nuestra muchachada.

Sra. Baigorria. — Estoy totalmente de acuerdo; ha sido muy valiosa la aclaración del señor diputado. Tenemos que superar todos los enfrentamientos.

Por otra parte, todos estamos de acuerdo en lo que han sido —para seguir con el término—, las oligarquías enquistadas en la universidad, sobre todo las oligarquías dirigentes, no de egresados, porque los graduados de las facultades que estamos aquí sentados, sabemos que en ningún momento hemos pertenecido a esas élites, sino que por el contrario hemos luchado para darle a la universidad un sentido democrático.

Con respecto a lo expresado por el señor diputado Blanco en la reunión anterior, estoy también totalmente de acuerdo. Este es un caso que tuvimos que solucionar, sobre todo, teniendo en cuenta el problema humano, ya que hay una gran cantidad de graduados de esta universidad que tienen que ganarse la vida, y nosotros,

legisladores, debemos brindarles el instrumental para que se abran un camino. Como situación de emergencia y precaria, acepto esta solución.

Saben los representantes de la Universidad Tecnológica que están escuchando este debate, cómo hemos estudiado el problema, cómo lo hemos debatido, cómo nos hemos agitado todos los miembros de la comisión ante las distintas opiniones, muchas de las cuales tenían bastante peso. Pero yo no declino mi posición. Cuando se haga el estudio de la ley universitaria, se compulsen todas las opiniones y se dicte de una vez por todas esa ley que el país exige, yo estimaré entonces, como siempre, una disparidad que aparezcan una Universidad Tecnológica y una Universidad Nacional. Dentro de esa ley contemplaremos los problemas comunes para darles una solución integral.

Por otra parte, para que no quede ninguna duda acerca de mi posición, quiero expresar también a los estudiantes de la Universidad Tecnológica que valoro profundamente su noble esfuerzo y su espíritu de sacrificio para lograr su perfeccionamiento. He sido profesora de un establecimiento nocturno, y conozco bien esas fatigas, los ojos que el sueño vence, el deseo muchas veces poderoso de hacer cualquier otra cosa y no encerrarse en las aulas bajo la tiranía de la luz artificial, y, a pesar de todo, he visto a los alumnos concurrir todas las noches, aun con los rigores del invierno, respondiendo a su afán de perfeccionarse. También sé cuántos esfuerzos tiene que hacer el profesor para captar la atención de esos alumnos y cumplir los fines de la clase.

Entiendo que el país necesita emanciparse económicamente, pero para lograrlo nada mejor que sean las manos de nobles técnicos argentinos las que realicen la obra redentora. Esos técnicos saldrán de esa universidad, y con todos los técnicos del país, y los que emigran, emprenderán en forma eficaz la obra de la liberación de la riqueza.

Con este sentido acepto, pues, la solución que la cámara ha dado, pero con la declaración expresa de que no claudicaré en la posición de que la universidad debe ser una para cumplir los fines que la Nación exige.

He de referirme ahora al segundo proyecto de ley, sobre enseñanza técnica. Al comienzo de mi exposición señalé la necesidad impostergable de un planeamiento general de la educación, del que no puede quedar excluida de ninguna manera la enseñanza secundaria, la cual, frente a los otros dos estratos, la enseñanza primaria y la universitaria, aparece como la más inorgánica, inconexa e inoperante.

Muchos de los fracasos que se registran cuando los alumnos de las promociones secundarias

ingresan en la universidad, se deben, precisamente, a esa formación ruinosa que les ha dado la escuela secundaria. Y si de grandes fallas adolece la enseñanza técnica, no son menos graves las fallas que se registran en las carreras del magisterio, en la del bachillerato y en el orden de la enseñanza artística. Hay viejos planes, viejos métodos y falta absoluta de una reforma pedagógica integral, todo ello agravado por un clima de indolencia e irresponsabilidad que, so pretexto de modernizar la enseñanza y de liberar a los alumnos de la tiranía de los textos, se impuso con más rigor y a sabiendas, desde 1943 en adelante, a los efectos de quebrar la voluntad de trabajo, el sentido de la disciplina, y el respeto por la jerarquía.

La escuela secundaria está postrada y su reactivación la piden a gritos todas las personas interesadas por estos problemas: como así todas las entidades docentes. De acuerdo con mi criterio, que se ha formado a través de la experiencia, de la cátedra y del intercambio de ideas con todas las instituciones pedagógicas del país, no pueden parcializarse estos problemas de la enseñanza secundaria ni darse preeminencia a unos sobre otros, porque correríamos el riesgo de aislarlos y hacer imposible mañana, una solución que armonice todas las escuelas, tanto la técnica como la artística, como la enseñanza media, propiamente dicha.

Hemos dicho que necesitamos emanciparnos económicamente. Necesitamos impulsar el desarrollo y para ello se requieren técnicos. Eso lo hemos dicho todos, y yo adhiero a ese concepto, porque demuestra un sano criterio.

Sr. Bernasconi. — Si me permite, señorita diputada...

También necesitamos obreros. De seguir en la forma actual, en que no hay aprendizaje para el artesano, para el trabajador manual, vamos a tener que «importar» albañiles, carpinteros, herreros, etcétera, porque cada día es menor el número de hombres que se dedican a estos oficios. Quizá tengamos que prestar atención a esto para facilitar a los niños que salen de sexto grado el aprendizaje de un oficio. Esto podrá lograrse con la aprobación del proyecto del cual me considero autor —por prioridad—, porque cualquier otro legislador pudo haberlo presentado.

Podemos contar con gente técnica encargada de la dirección de ciertos trabajos, pero se nota la escasez de obreros especialmente capaces, con una disciplina muscular adecuada, los que se conocen por obreros especializados y calificados, con conocimientos de dibujo, de cálculo, y que sepan hacer las cosas que se planean. Hay trabajos que todavía no puede realizar la máquina y que requieren en gran parte mano de obra disciplinada. Por ejemplo, para levantar una pared, preparar los cimientos de un edificio,

armar un encofrado o un esqueleto de hormigón armado se necesita del músculo, del esfuerzo y de la capacidad del hombre. Por eso debemos pensar también en capacitar a la juventud en el trabajo manual, en una gran cantidad de actividades, para poder preparar los futuros artesanos del país.

No debemos irnos al otro lado totalmente; es decir, debemos buscar una compensación, porque por muchos ingenieros, arquitectos, técnicos, constructores y calculistas que tengamos, si carecemos de obreros que pongan en ejecución las concepciones de aquéllos, no se podrá acometer ni dar fin a ninguna obra.

Sr. Presidente (García Flores). — Continúa en el uso de la palabra la señorita diputada por la Capital.

Sra. Baigorria. — El Consejo de Enseñanza Técnica que habrá de crearse podrá solucionar —en ese aspecto limitado— el problema que preocupa al señor diputado Bernasconi, desde el momento que no se refiere solamente a los cursos superiores, sino que parte de la base del niño a su egreso del sexto grado, para su preparación técnica y especial en una escuela industrial.

Hemos dicho que el país tiene que emanciparse económicamente. Todos estamos de acuerdo con ello, pero no se ha dicho aquí que el país necesita antes que nada emanciparse espiritualmente. Tenemos que romper de una vez por todas los halagos de la demagogia, los engaños de la baja política que han inducido al pueblo al hábito del menor esfuerzo. Y por sobre todas las cosas, tenemos que quebrar de una vez por todas el complejo de inferioridad que desde hace mucho tiempo se pretende inculcar en el pueblo, a los efectos de hacer mucho más fácil su vasallaje espiritual.

Para destruir todas estas formas viciosas que nos encadenan, y para emancipar espiritualmente al pueblo, es necesario dotar a los maestros y también a los bachilleres que luego habrán de perfeccionarse en estudios universitarios, de cierto instrumental anímico que les permita liberarse y a su vez verterlo en las generaciones que ellos mismos habrán de formar.

Por lo tanto, es tan imprescindible la renovación en el campo de la técnica como lo es en el terreno del magisterio y del bachillerato. Hay maestros que egresan de las escuelas normales de nuestro país y tienen dificultades para redactar una escuela. Lo digo con amplio conocimiento de causa, porque he sido profesora de literatura de un quinto año en una escuela normal de Buenos Aires, y he visto con profundo dolor cómo esas alumnas no se podían desenvolver en el análisis de un texto para hacer resúmenes de diez renglones.

Se ha quebrado la línea educativa en nuestro país. Por esa misma causa entiendo que este

plan debe hacerse equiparando la preocupación por la técnica con el magisterio y con los problemas del bachillerato. No podemos dar preeminencia a la técnica sobre los otros dos aspectos que también integran la enseñanza secundaria. Necesitamos buenos técnicos, pero también necesitamos, insisto, buenos maestros, emancipados espiritualmente y materialmente.

Sr. Uzal. — ¿Me permite una interrupción, la señora diputada?

Sra. Baigorria. — Sí, señor diputado.

Sr. Uzal. — La verdad es que coincido con los conceptos que acaba de enunciar la señora diputada. Tanto es así que durante este período parlamentario he presentado un proyecto de ley, que la Comisión de Educación no ha tenido tiempo de considerar, por el que se modifica la estructura de las escuelas normales, cuyos estudios comprenderían un ciclo de siete años.

Al tercer año, concluido el ciclo básico, los alumnos rendirían un examen integral, a manera de verdadera selección, para que quienes lo aprueben ingresen al ciclo docente, que abarcaría los años cuarto, quinto y sexto. El séptimo año sería de seminario y de práctica diaria de la enseñanza.

De esta manera, en vez de recibirse más de veinte mil maestros, egresarían solamente los diez mil que el país absorbe y necesita. A esos diez mil maestros se les daría su título y nombramiento con el sueldo correspondiente, de la misma manera que a los cadetes de las escuelas militares se les entrega el sable de oficial. Incluso, pienso en el ideal de hacerlo en un acto solemne que coincida con una fecha patria.

Es claro que la técnica también es importante, porque no sólo de pan vive el hombre. El refrán «prima vivere, dopo filosofare», nos enseña que primero es lo imprescindible y luego la filosofía.

Sr. Blanco. — ¿Me permite una interrupción, señorita diputada?

Sra. Baigorria. — Sí, señor diputado.

Sr. Blanco. — Es evidente que el planteo agudo que está haciendo la señora diputada acerca de nuestra situación educacional no debe situarse sólo en el ámbito físico de nuestro país.

Es real la crisis de la enseñanza media. Numerosos autores han abordado en profundidad el problema de los programas y de una definición de la política educacional. Pero la verdad es que se trata de un problema mundial. La crisis de los aspectos educacionales está en discusión en todos los países. La mala formación de la enseñanza media se siente con intensidad en Estados Unidos. En el diario «La Nación» se publicó una serie de artículos del sociólogo Francisco Ayala sobre problemas de la educación y de la sociedad de masas. En uno de ellos abordó el problema de la universidad y la sociedad de masas, apasionante tema de la educación actual.

En un informe del decano de la Facultad de Leyes de la Universidad de Columbia, se puntualiza que a esos claustros llegan estudiantes secundarios que no saben leer ni escribir. Y esto ocurre en Estados Unidos, que se toma como ejemplo en materia educacional. ¿En qué situación estaremos entonces nosotros, que hemos puntualizado una serie de defectos de nuestra enseñanza primaria, secundaria y universitaria?

Este problema debe ser abordado con gran seriedad, y coincido con la señorita diputada en que tal vez el problema más fundamental del país es el de la reestructuración de nuestra enseñanza.

Sr. Presidente (García Flores). — Continúa en el uso de la palabra la señora diputada por la Capital.

Sra. Baigorria. — Estoy completamente de acuerdo con el señor diputado, que tanto se preocupa por estos problemas.

El año pasado el diario «La Prensa» publicó dos cartas de Stevenson después de su viaje por Rusia, en las que criticó los métodos educativos de los Estados Unidos y clamó por la necesidad de una reforma; tal su perplejidad ante la revelación de los Soviets. Incluso trató de despertar el interés de todos los círculos pedagógicos norteamericanos para conseguir una renovación en la enseñanza, que a su juicio tanto necesitaba ese país, porque si no, reconocía Stevenson, iba a quedar en un retraso pavoroso ante lo que era el avance soviético desde el punto de vista científico y de la investigación.

Cuando se cumplió la proeza de poner al Lunik III en órbita, el vicepresidente norteamericano Nixon dio una declaración recomendando al pueblo que no se dejara dominar por la neurosis, y que la experiencia soviética debía hacer volver los ojos hacia el problema educativo, porque era preciso enseñarle al pueblo a pensar. El fracaso de formación humana por exceso de técnica es una evidencia dolorosa en el país del Norte.

La educación está en crisis en todo el mundo, y por esta misma causa he consultado para este debate la opinión de organizaciones mundiales especializadas, a las que no puede llamarse secundarias, porque a ella concurren los países más representativos y donde también está representada Argentina. La experiencia ajena siempre es valiosa.

Volviendo al tema de que no podemos señalar la preeminencia de la técnica sobre las demás ramas, quiero manifestar que se dice en muchos círculos que es imperioso tomar esta determinación, por cuanto el Ministerio de Educación arrastra pesados organismos que no cumplen con sus fines, razón por la cual se torna preciso emancipar la técnica, mediante un consejo, a efectos de poder lograr rápidamente las promociones tecnológicas que necesita el país.

Yo digo que si en el Ministerio de Educación continúan esos pesados organismos a causa de la burocracia y del sectarismo ancestral que siempre lo ha caracterizado —debemos señalarlo desde aquí con valentía—, si constituimos verdaderamente un gobierno revolucionario, tenemos que romper esos viejos moldes para reorganizarlo y ponerlo a tono con las exigencias del país.

Sr. Uzal. — Lo que pasa es que la técnica ha sido la cenicienta en la enseñanza del país.

Sr. Solanas. — ¿Me permite una interrupción la señorita diputada?

Sra. Baigorria. — Sí, señor diputado.

Sr. Solanas. — Lo que acaba de expresar la señorita diputada, sobre la angustia del vicepresidente norteamericano pidiendo a su pueblo que no entrara en sicosis frente al éxito de los rusos, no es un problema actual de ese país. Esa preocupación existía con anterioridad, planteada en términos más o menos similares a los actuales.

El diputado nacional Gabriel del Mazo en 1948, cuando se trató en esta Cámara la creación de la Universidad Obrera, hizo referencia precisamente al Instituto Tecnológico de Massachusetts, en el cual existen dos decanos: el de la sección técnica y el de la sección cultural.

Cuando, terminada la guerra, volvieron los estudiantes al instituto, se realizó una encuesta. Se les preguntó qué experiencia traían, después de la guerra, para ser aplicada a los planes de estudios. El ochenta o noventa por ciento de ellos, dice del Mazo, contestó en forma imperativa: menos técnica, más conocimientos generales.

Sr. Uzal. — Lo que ocurre es que en los Estados Unidos se consagraron casi completamente, como lo recordó el diputado Blanco, a los estudios tecnológicos. Aquí hemos hecho a la inversa.

Sr. Solanas. — No se anticipe a mis conclusiones el señor diputado. Tenga paciencia. Después, con mayor fundamento, podrá acotar lo que crea conveniente.

Ya en 1945 Estados Unidos vivió angustiada por el candente problema de la no incorporación de los instrumentos de cultura general a la formación mental de los educandos. Hoy están recogiendo el producto de esa distorsión educativa.

Ha hecho bien el señor diputado Uzal en aclarar el punto, que es precisamente al que iba yo. Nosotros estamos tratando de evitar que se plante ese problema en la hermosa universidad que estamos creando, que es hermosa por su sentido de practicidad y por la necesidad que llenará. Estamos haciendo una congruencia educativa, estamos contribuyendo a formar hombres equilibrados, estamos adaptándonos al momento actual de la humanidad.

Sra. Baigorria. — Lo escuchado refrenda mi opinión. Temo mucho que abusemos demasiado de lo que significa el problema de la técnica y

dejemos a un lado los otros dos aspectos que deben contemplarse simultáneamente. El problema de la técnica no puede aislarse, como un ínsula, de las soluciones que se den para el problema pedagógico del magisterio o del bachillerato; por ejemplo, mi preocupación se fundamenta en un temor de origen netamente docente. No es animadversión insólita por la orientación que pueda darse. Pienso que todos estamos inspirados en los mismos elevados fines patrióticos, aunque cada uno tenga su punto de vista frente al problema.

Sin embargo, fatalmente se produce el enfrentamiento de los dos criterios. Todas las entidades docentes y los especialistas en pedagogía sostuvieron la necesidad de crear un consejo único de enseñanza, del cual dependieran los organismos encargados de la rama técnica, artística y media; propiamente dicha, a fin de que fuera una sola la orientación de la enseñanza, porque hay que educar a la juventud en forma integral. De otra manera se corre el riesgo de que las diferencias de especialidad se transformen en diferencias de orientación. Debe hacerse una conexión previa de finalidades en la educación.

Sr. Uzal. — Si me permite...

Mientras el ministro de Educación sea el titular de la política educacional, así como el presidente de la Nación y el Parlamento son los titulares de la política general del país, mientras ese consejo o los consejos que se crean guarden relación de dependencia con el ministro de Educación en cuanto a los planes y programas de estudio, no habrá ningún peligro, porque ahí van a estar dirigidos los aspectos cardinales, sustantivos y la orientación de la enseñanza, que es lo que preocupa a los señores diputados. Entonces, cada rama de la enseñanza estará dirigida directamente por los especializados, por los que entienden la materia; y la orientación general, unificadora y coordinadora, estará a cargo del ministro, que es el que dirigirá la política educacional del país.

Sra. Baigorria. — Con ese criterio sería lo mismo crear un consejo único con organismos que dependieran de él. Se evitaría así el aumento de la burocracia.

Sr. Uzal. — Y la técnica sería siempre la cenicienta.

Sra. Baigorria. — A eso iba, señor diputado. Usted defiende la tesis de los técnicos.

Si es el ministro de Educación el que ha de trazar la política educacional y será el supervisor de esos tres organismos y del consejo que se creare para coordinarlos, no habría favoritismos. Quiero expresar cuál es la oposición que los representantes de la enseñanza técnica y los técnicos sostienen con respecto a la forma de integración del consejo único. Dicen que iría en en desmedro de la enseñanza técnica, porque se

retacearía el presupuesto, y los profesores diplomados lograrían en el cuerpo una representación mayor que los técnicos; en cambio los especialistas en pedagogía contraponen el concepto siguiente: no es posible la conducción de la enseñanza en manos de los técnicos por cuanto se desvirtuarían los fines integrales de la educación.

Estamos permanentemente en esa puja.

Sr. Uzal. — Si la señora diputada me permite, referiré una anécdota de ambiente universitario que se la he escuchado a don Fernán Félix de Amador —Domingo Fernández Beschtek—, que fue director de la Escuela de Bellas Artes de La Plata, establecimiento que depende de la Universidad Nacional de esa ciudad.

En una oportunidad don Fernán Félix de Amador presentó en nombre de la escuela un pedido urgente al Consejo Universitario; no fue escuchado. Tuvo igual resultado después de una segunda y tercera presentación. Un día pidió la palabra y narró el hermoso cuento «El sátiro sordo» de que es autor Rubén Darío y que no he de repetir porque sin duda los señores diputados lo conocen. Al finalizar su relato, el señor Amador dijo: «Creo que el señor rector de la universidad y los señores decanos de las distintas facultades no querrán ser como el sátiro sordo y querrán escuchar a esta benicuenta del Consejo Universitario: a la Escuela de Bellas Artes de La Plata.»

Pienso que en un consejo común, en el cual numéricamente tengan más importancia los colegios nacionales, los normales y los liceos —es decir, los establecimientos en que se siguen estudios secundarios—, los artísticos y los técnicos serán siempre predicadores en el desierto; los demás serán «sátiros sordos» para atender sus pedidos.

Sra. Baigorria. — No comparto en ningún sentido las opiniones del señor diputado Uzal. Creo que si se constituyera un consejo único de enseñanza secundaria a cargo de expertos, de especialistas —no de sectarios que fueran a sacar su botín—, con una representación paritaria de los profesionales de la técnica, del arte y de la enseñanza media, no habría esa puja y no podría existir ningún antagonismo. Redundaría en beneficio de los fines últimos que debe perseguir la educación en el sentido democrático de trabajar armoniosamente para que todos los estudiantes cumplieran o pudieran cumplir los objetivos que se persiguen en materia educativa.

Quiero señalar que nosotros no debemos precipitarnos ni improvisar, porque cualquier paso que demos tendrá repercusión insospechada.

Se ha hablado de los Estados Unidos. Quiero traer el recuerdo de otro país de educación ancestral como Inglaterra. En esa nación se ha discutido durante meses un problema que nosotros quizá podríamos considerar baladí: la supresión del latín como lengua obligatoria para ingresar en las universidades de Oxford y de

Cambridge. Durante meses consecutivos, por radio, por cinematógrafo, por televisión, se hablaba al pueblo; y los dos diarios más importantes de Londres, «The Times» y el «Manchester», publicaron páginas enteras para informar a la opinión pública acerca de cómo marchaba ese debate y cuál era el curso de las opiniones; en esa polémica intervino todo el pueblo inglés, y luego de haber escuchado las opiniones expuestas, por escaso margen de votos el Consejo resolvió eliminar del ingreso el latín, introduciendo en su reemplazo el ruso y el alemán.

Por esa misma causa yo creo que esté debate no lo hemos agotado en forma suficiente. Considero que ni siquiera él se inició con profundidad nunca. Parcializamos el asunto técnico, y a su turno algo se agitó el ambiente, dejando de lado el aspecto de la enseñanza media. Esta es la primera objeción de carácter pedagógico que formulo. La otra se refiere exclusivamente a la política educativa.

Para mí el proyecto continúa la quiebra de la línea que en esta materia ha caracterizado a la legislación argentina, que sigue las inspiraciones pedagógicas de Sarmiento. Nuestra honrosa tradición educativa nos puso a la cabeza de Latinoamérica, pero comienza a desvirtuarse a partir de 1930, sufriendo golpes y copamientos sucesivos. Los señores diputados saben que me estoy ciñendo estrictamente a la verdad.

Desde el punto de vista de la política educativa, ya se insinúa en el país una nueva línea. Yo encuentro mucha congruencia entre la sanción de este proyecto y la reglamentación del artículo 28. No pienso que los señores diputados votaron la derogación del artículo 28 por una razón exclusivamente confesional. Se sostuvo en el recinto que se votaba contra la ingerencia que determinadas fuerzas económicas ejercerían en las universidades privadas, las que lograrían con toda facilidad deformar la mentalidad nacional del pueblo argentino.

Bien; por el artículo 1º del proyecto que consideramos se forma un consejo educativo integrado por cuatro docentes técnicos —cuando entremos al debate en particular pediré alguna aclaración al respecto—, por cuatro representantes de la industria privada, y uno de la central obrera reconocida. El presidente será designado por el Poder Ejecutivo, y tendrá doble voto.

¿No han pensado los señores diputados que si el presidente del consejo designado por el Poder Ejecutivo fuera uno de los empresarios, la industria tendría siempre mayor representación que la docencia técnica? ¿Han pensado los señores diputados qué influencia podrían ejercer cuatro señores empresarios, enrolados, por ejemplo, en la concepción de la libre empresa, con respecto a la orientación de la enseñanza técnica? ¿Con el mismo criterio, en el caso de que se descara espiritualizar rápidamente la

educación, echando mano de las fuerzas espirituales permanentes, las religiosas, por ejemplo, y se organizara un consejo integrado para cumplir esos fines por cuatro docentes y cuatro sacerdotes, los señores diputados aceptarían esa solución? Si aceptan lo primero y no lo segundo, caen en sectarismo.

Yo reitero las razones que me llevaron a votar en contra de la reglamentación del artículo 28, que no fueron razones exclusivamente confesionales, sino también de tipo económico, para evitar la ingerencia de ciertas poderosas fuerzas económicas en la conducción y en la orientación de la enseñanza, y para evitar la desvirtuación del sentimiento auténticamente nacionalista y democrático argentino.

¿No piensan los señores diputados en el peligro de esa nueva orientación que puede dar este consejo de la enseñanza técnica? Porque si bien es cierto que el señor diputado Uzal dice que la política educativa está en manos del señor ministro y que él es, en síntesis, quien le impondrá el rumbo, entiendo que el señor ministro de Educación no podrá absorber todo el problema, y que si se crea por ley este consejo, será para respetar sus conclusiones, desde el momento que se le da toda la autoridad como órgano ejecutivo.

Yo hubiera querido que este consejo estuviera integrado por expertos, por especialistas en educación, por técnicos, por docentes, y que se formara como anexo un cuerpo consultivo integrado por los representantes del comercio, de la industria, de las actividades agrarias y de las organizaciones sindicales.

Esto que digo es también resultado de una experiencia mundial. En la última conferencia de la UNESCO realizada en Ginebra, cuando se aludió a la enseñanza técnica, los especialistas de todo el mundo —nuestro país mandó dos representantes, el profesor Salonia y el doctor De Lorenzo— llegaron a la conclusión de que esos consejos deben estar en manos de organismos ministeriales integrados por técnicos y especialistas, y paralelamente formar un órgano consultivo con participación de fuerzas de la industria, del comercio y de entidades agrarias gremiales. Allí podrán debatirse perfectamente todos los problemas.

Quiero decir también a los señores diputados que desde el punto de vista pedagógico me opongo terminantemente a que sean legos quienes integran un cuerpo que habrá de orientar la enseñanza técnica de nuestro país. Seguimos todavía, según parece, no obstante el Estatuto del Docente, arrastrados por aquellos principios, que tanto daño han hecho a la educación argentina, de que cualquiera es profesor, de que cualquiera es pedagogo por estar frente a una clase o por entender algo de educación, o cuan-

do por azar las circunstancias lo llevan a vincularse con el mundo educativo.

De ninguna manera se improvisa el educador; éste necesita fundamentos filosóficos profundos; conocer pedagogía, sociología, psicología, historia y ciencia de la educación. Sin el conocimiento de estas materias, que enseñan a penetrar el mundo del niño y del adolescente, y a buscar soluciones científicas, no puede haber educador.

El educador orientará la enseñanza hacia los fines de la formación del carácter, porque formar el carácter es, por sobre todas las cosas, formar al hombre, y hará que en el educando prevalezcan los valores de orden ético, los cuales informarán su espíritu, y los revelará a través de la conducta.

En cambio, el empresario perseguirá, sobre todo, un fin pragmático, utilitario. Y en el supuesto más optimista de que ese empresario algo se haya movido en el mundo de la filosofía, tratará de despertar en el educando los valores de tipo económico, que de ninguna manera pueden ser el fin de la educación.

Así, pues, desde el punto de vista educativo mi oposición es terminante, clara y absoluta. Como maestra argentina no puedo admitir una solución de este tipo. Por más que se me den como razones que los industriales harán aportes —mayores los hará el Estado—, yo entiendo que podrán tener amplia cabida en un cuerpo consultivo, pero jamás en un cuerpo ejecutivo.

Sr. Bernasconi. — ¿Me permite una interrupción la señorita diputada?

Sra. Baigorria. — Sí, señor diputado.

Sr. Presidente (García Flores). — Tiene la palabra el señor diputado por la Capital.

Sr. Bernasconi. — Recordará la señorita diputada que cuando el señor diputado Blanco informó el proyecto en nombre de nuestro bloque aludió, precisamente, a esa facultad, que él creía no ser del todo conveniente, o que, quizá, no resultara del todo eficiente en su aplicación por el consejo, en la forma que figura en el proyecto de ley. Por eso hizo la advertencia de que cuando esta Honorable Cámara lo trate en particular hará notar esa circunstancia. La señorita diputada recordará que el señor diputado Blanco dijo que sería conveniente que los cuatro representantes de la industria privada fueran docentes en alguna de las materias, lo que significaría que esos representantes de la industria privada tendrían por lo menos la condición de ser docentes para poder pertenecer al consejo.

Sr. Solari. — Lo mismo puede ocurrir con respecto a representantes obreros.

Sra. Baigorria. — Es claro.

Sr. Bernasconi. — La compensación es una cosa necesaria para que anden estas iniciativas.

Hace poco, la señorita diputada hablaba de

la educación universitaria en las disciplinas espirituales frente a la educación tecnológica. Yo creo que es necesario compensar lo esencialmente superior, la técnica y el trabajo manual y personal, propiamente dicho.

Todo debe ser compensado. De lo contrario, no podría ponerse en movimiento con cierta perfección todo el engranaje referente a la educación del hombre argentino.

En cuanto a la composición del congreso a que se refiere este proyecto de ley, considero que podría darse mayor representación a los estudiantes para compensar la posible presión que pudiera haber por el número de representantes de la industria privada. Cuando entremos a la discusión en particular, encararé este problema. El diputado Blanco ya ha hecho la objeción pertinente.

Sra. Baigorria. — Quiero decir, finalmente, que no dudo que por más decente que sea el empresario privado, perseguirá fines utilitarios.

Sr. Blanco. — ¿Me permite una interrupción, señorita diputada?

Sra. Baigorria. — Siempre que sea muy breve, sí, señor diputado.

Sr. Blanco. — Creo que en el cargo que formula la señorita diputada hay cierto prejuizgamiento.

La verdad es que en países donde ha habido más adelanto en materia de enseñanza técnica, ésta es manejada exclusivamente por los industriales. Con ello no quiero decir que este procedimiento sea el mejor para nuestra República, ya que cada país puede tener un perfil distinto. Nuestro vecino Brasil tiene un servicio nacional de aprendizaje industrial en el que la enseñanza es dirigida exclusivamente por los industriales. La entidad que se creó, dependiente de la Confederación General de la Industria, es de derecho privado, que tiene sus recursos propios. Los industriales los recaudan, y no existe el problema de la evasión en la recaudación de los impuestos, como en nuestro país.

De manera que no se puede generalizar. Hay industriales buenos y malos, como hay políticos buenos y malos, y también docentes buenos y malos. Hay industriales que tienen un gran sentido nacional, que pueden ser auténticos propulsores de la industria con un sentido patriótico, aparte de sus intereses legítimos, como los tienen todos los demás sectores.

De manera que el concepto esbozado por la señorita diputada es muy generalizado y encierra un prejuizgamiento.

Sr. Solanas. — ¿Me permite una breve interrupción, señorita diputada?

Sra. Baigorria. — Si es breve, sí, señor diputado.

Sr. Solanas. — Lo que acaba de mencionar el señor diputado Blanco quiero referirlo a mi país y expresar que en 1894 los industriales fundaron el Instituto Politécnico Norberto Piñero.

Por otra parte, deseo preguntar a la señorita diputada Baigorria si ella hace algún reparo desde el punto de vista personal, lógico y justo, con respecto a los industriales que van a abordar temas de orientación de la enseñanza. ¿Cómo es posible que educadores puedan crear orientación técnica y planes de instrucción técnica sin la colaboración industrial? Quiere decir que necesitamos la colaboración del industrial para poder formalizar los planes de estudios de determinada especialidad.

Sra. Baigorria. — Los educadores están capacitados para dar una orientación técnica. Los industriales, en cambio, en órganos consultivos podrían señalar las necesidades de orden práctico. ¿Cuál es el fin: educar?

Sr. Uzal. — Hay que educar y gobernar al país.

Sra. Baigorria. — La función del maestro es educar. Repito: ¿El fin es educar?

Sr. Solanas. — Voy a contestar a la señorita diputada citando el caso de los estudiantes norteamericanos que al volver de la guerra pidieron que se diera más cultura general y menos tecnicismo; ellos concretaban su demanda en esta breve frase: menos instrucción y más comprensión. Esta es la base de la cultura. Nosotros, en las escuelas técnicas, como ya lo hemos dicho, vamos a hacer una simbiosis de la cultura general y las necesidades de la técnica.

Como ha dicho la señorita diputada, con el progreso de la mecanización, de la racionalización y de la automatización, cuyos albores estamos ya viviendo en el país, cuando es necesario cambiar de sistemas de producción, el técnico se encuentra desplazado si no tiene un índice de cultura general que le permita absorber inmediatamente el cambio de situación. De manera que, por su propia defensa, además de la necesidad nacional, debemos hacer un hombre íntegramente preparado para que pueda vivir los acontecimientos cambiantes de la evolución que está viviendo el mundo.

Sra. Baigorria. — ¿Quiere decir, entonces, que el fin es educar? Educar es formar integralmente al hombre, acostumbrarlo a pensar, acostumbrarlo al cambio y a la mutación, de acuerdo con las necesidades también mudables y vertiginosas de la época.

¿En qué puede ser útil ese muchacho con vocación técnica? ¿Cuáles son las necesidades primarias de la industria? Naturalmente, eso lo dirán los industriales, pero nucleados en un cuerpo asesor; nunca en un organismo de orientación.

Tampoco me encerraré en el sectarismo de pensar que cualquier docente está facultado para dictar planes de estudio y para dar la orientación de la enseñanza. Para eso se necesita una profundización, una especialización de tipo pedagógico. De manera que no es docente todo el que enseña, porque, por ejemplo, llamamos do-

centes técnicos a los ingenieros, y sabemos bien que egresan de la Facultad de Ingeniería sin ninguna preparación de tipo pedagógico. Las necesidades de la vida social, empíricamente, los han hecho desempeñarse como docentes, porque no contamos con profesores para las distintas especialidades de tipo técnico. Por eso, cuando sancionamos el Estatuto del Docente, incluimos la exigencia del título docente nacional cuando existía, y sólo por carencia se admiten hoy los habilitantes o suplitorios. Quiere decir, entonces, que si no aceptamos esto para el desempeño de la cátedra, menos aún debemos aceptarlo para la orientación rectora de la enseñanza.

En manos de ese consejo quedará la juventud con vocación técnica, precisamente en un momento del mundo en que —como se ha dicho aquí en forma muy insistente— todos los ojos se vuelven hacia la educación como la última esperanza para la salvación de la humanidad. Hemos citado el caso de los Estados Unidos, donde se ha dejado de lado esa especialización técnica que los llevó a hacer, en lugar de pensar, y así ocurre en todas partes del mundo. Nosotros, en cambio, como si fuera revolucionario, adoptamos lo que allá fracasó. Parece que estamos dando lugar preminente a la técnica, y para peor, confiamos a gente lega la orientación de este tipo de enseñanza, mientras en otros países se busca con angustia a los expertos. En lugar de enseñar a pensar, y de educar para el cambio, se les impondrá aprender rápido y mecánicamente, porque así lo exigen los fines de la industria, cuyos intereses defenderán esos empresarios.

Mi exposición no ha sido amplia, porque la circunscribí a algunas preguntas. Desde el punto de vista político, entiendo, sí, señor diputado Blanco, que hay industriales con una amplia vocación de patria, y reconozco sus méritos y valores; pero nuestro temor no está inspirado por esos empresarios patriotas, sino por los pulpos voraces que tratan permanentemente de desvirtuar la mentalidad nacional del pueblo. Pero desde el punto de vista pedagógico, tanto frente a uno como a otro tipo de industrial, yo no acepto su concurso para la conducción de la enseñanza: lo aceptaría de muy buen grado en un organismo consultivo.

Para concluir, quiero señalar que este consejo formulará planes, proyectará presupuestos, reglamentará condiciones de ingreso, estudiará y aprobará los libros de texto, etcétera. Quiere decir que todo esto dependerá de cuatro docentes técnicos, cuatro empresarios y un representante obrero que considero también adecuado en un organismo consultivo, pero no en un consejo de esta categoría. No necesito más razones para fundar mi voto negativo a este proyecto.

Por otra parte, en el debate en particular haré todas las objeciones que estime pertinentes. Y quiero declarar, para concluir mi exposición,

que consecuente con una línea en política educativa sigo la tesis pedagógica de Sarmiento de que solamente la escuela pública argentina será capaz de lograr la unidad espiritual del pueblo y la consolidación de nuestro ser nacional.

Cabe destacar que cuando Sarmiento enunció esta doctrina pedagógica del Estado enseñante, ya se había embanderado en las corrientes individualistas inglesas, lo destacó, porque los que estamos en esta posición por el afán de defender un substratum étnico, que deberá formarse y un sentimiento nacional, que no se halla plasmado aún en el pueblo argentino, somos tildados de totalitarios y de marxistas, con una nueva terminología que, realmente, me produce mucha gracia. Ello es totalmente inexacto, porque tengo una posición netamente espiritual y cristiana frente a la vida, y mis antecedentes de ninguna manera justificarían esa imputación.

Sarmiento tampoco era marxista. Participaba de las teorías individualistas inglesas, que él consideraba como el gran estímulo para el perfeccionamiento y el triunfo humanos. Sin embargo, para lograr ese nucleamiento de fuerzas espirituales en el país y para que ese substratum étnico pudiera irse formando, Sarmiento confiaba totalmente al Estado democrático la conducción de la enseñanza. Yo sigo adicta a esa teoría sarmientina y a esa doctrina pedagógica porque a pesar de sus ochenta años no se muestra caduca sino, por el contrario, lozana y acendradamente argentina para el bien del país. (¡Muy bien! ¡Muy bien!)

Sr. Uzal. — Pido la palabra para una aclaración.

Sr. Presidente (García Flores). — Tiene la palabra el señor diputado por la Capital.

Sr. Uzal. — Como se ha sostenido a través de todos los oradores, la orientación de nuestra docencia ha sido universalista y abstracta. Entiendo que una cosa es el Estado, el gobierno; otra, el pueblo y otra el territorio; pero hay también otra cosa, que es todo eso junto y algo más, un valor imponderable: es el alma, es la Nación. ¿Qué somos nosotros, si nos comparamos, no ya con los viejos países europeos y Estados Unidos —que tienen un espíritu definido, un vigoroso sello nacional característico—, sino con los países hermanos de nuestra América? Las expresiones espirituales de esos países, así sea en la poética, la novelística, el arte abstracto musical o el arte plástico, les confieren, sin duda, categoría de individualidades con personería propia en el consenso universal.

¿Ha llegado Argentina a eso? Todavía no, a pesar de que hemos tenido una educación, una docencia universalista y abstracta. Esto debe hacernos meditar. No sé qué pensaría Sarmiento, por no decir mejor que sé perfectamente qué pensarían Sarmiento y Alberdi. Sin embargo, no creo, no obstante sus extraordinarios méritos, que hayan sido perfectos los grandes prohombres de nuestra historia. En muchos aspectos,

las generaciones sucesivas pueden enmendarles la plana, sin irreverencia de su parte, justamente, porque fueron hombres —como dijimos el otro día— y por ello tuvieron virtudes y defectos. No son intangibles. Precisamente, Sarmiento estaba contra la presunción doctoral universitaria: por eso quería traer al país, pues no se podían formar en él, hombres de sentido práctico para que lo hicieran progresar. Alberdi también.

Sé que este proyecto y muchas otras cosas que se podrán traer a la Cámara en estos próximos períodos tendrán que enfrentarse con muchos anacronismos, siempre las cosas nuevas tienen que luchar con prejuicios.

En Brasil, como ha recordado el señor diputado Blanco, existe una organización llamada SENAI, Servicio Nacional de Aprendizaje Industrial, que se financia con fondos provenientes de un elevado impuesto y cuya dirección y orientación se ha dejado en manos de los industriales. Coincido con el señor diputado Blanco en que no me parece la solución ideal; puede serlo para Brasil, pero no para la Argentina. La verdad es que desde 1942 a la fecha, Brasil pegó un salto en su progreso material, al que siguió paralelamente una consolidación integral de la nación brasileña.

Si concurrimos a una exposición internacional de artes plásticas y visitamos el salón de pintura brasileño —por ejemplo—, lo identificamos inmediatamente a través de las distintas escuelas y autores, porque no se ha perdido ni desvirtuado el sello de la nación brasileña. En cambio, si entramos al salón argentino, veremos grandes maestros —individualmente hablando— pero falta el sello nacional: es un mosaico, una anarquía. Posiblemente, con el desarrollo integral del país, con su expansión económica, que corra parejas con el desarrollo cultural —porque no son conceptos antagónicos—, logremos ese sello nacional y seremos lo que debemos ser. La orientación verbalista, informativa y difusa, no lo logró.

Me voy a permitir leer algunas palabras del señor ministro de Educación pronunciadas en Córdoba, en oportunidad de celebrarse —hace poco tiempo—, una reunión de enseñanza técnica. Dijo entonces el doctor Mac Kay: «En la evolución del proceso industrial es incuestionable la preponderante importancia de la mano de obra, como de la dirección técnica. El escalafón industrial requiere así aprendices, obreros calificados y especializados, técnicos, capataces y profesionales del nivel universitario. Igualmente todo eso es necesario según la importancia de la labor a cumplir.

»Al gobierno escolar le incumbe gran parte de lo inherente a la formación de la mano de obra y del personal técnico, responsabilidad que debe ser compartida por la propia industria para poder cubrir eficazmente las nuevas etapas que se avecinan.

»La educación técnica, cuya gravitación en el desarrollo industrial argentino debe ser motivo de preocupación nacional, propende a la integración del hombre en los aspectos físico, intelectual y moral, conforme con los objetivos fundamentales de todo plan equitativo.

»Hemos mencionado antes que la responsabilidad de la educación técnica debe ser compartida por la propia industria, con lo que se podrían alcanzar resultados que en el estado en que está planteada la cuestión actualmente no es posible superar. Nos basamos para hacer esta afirmación en la experiencia existente en otros países, en los que se han obtenido fecundos resultados. Tal es el caso de Brasil: en los tres últimos lustros, gracias al Servicio Nacional de Aprendizaje Industrial —organización conocida comúnmente con el nombre de SENAI, dependiente de la Confederación de la Industria, en la que se prepara personal calificado en más de ochenta oficios diferentes y técnicos para diversas industrias—, la pujanza industrial del país hermano ha sido tan desplegada. La acción de la referida institución está reglada por los propios industriales.

»Colombia, que en los últimos años ha emprendido una acción intensa, acaba de organizar el desarrollo industrial siguiendo los lineamientos de Brasil. Nadie puede negar que la solidaridad de intereses es el nervio motor que impulsa las acciones del hombre, y por ello, considerando que el objetivo básico de la enseñanza técnica es preparar personal para las industrias, es que debe existir entre dicha enseñanza y los dirigentes de ella, una íntima vinculación que permitirá alcanzar fecundos resultados para bien del país.

»Es hora de concentrar esfuerzos en lugar de estar en compartimientos estancos indiferentes a la acción de otros campos del trabajo, sobre todo cuando se trata de actividades que como las mencionadas constituyen aspectos de un mismo problema.»

Además, insisto, señor presidente, en que la orientación, es decir, la posibilidad de rectificar los planes de estudios que dé ese consejo, estará en manos del ministro, es decir, en manos del gobierno, que designará a los miembros de dicho organismo.

Sra. Baigorria. — Pido la palabra.

Sr. Presidente (García Flores). — Tiene la palabra la señora diputada por la Capital.

Sra. Baigorria. — Voy a contestar al señor diputado porque entiendo que he sido aludida a través de sus palabras cuando dijo que Sarmiento no es intangible y que tampoco podemos vivir unidos a ciertos anacronismos.

Creo que en este caso mi posición, que sigue la de Sarmiento, no es anacrónica, por cuanto está refrendada por la recomendación número 49 hecha a los Estados miembros y redactada por la UNESCO en su XXII Conferencia Internacional de Instrucción Pública, con participación

de todos los países del mundo, reunida en Ginebra del 6 al 16 de julio de 1959. Con respecto a la enseñanza técnica, después de aludir a que será el ministerio, a través de un órgano integrado por especialistas, el que se haga cargo de su conducción y orientación, dice en el artículo 10 que es sumamente deseable que estos organismos especializados — es decir, formados por docentes y por especialistas en pedagogía — se beneficien con la cooperación de organismos consultivos representativos de la enseñanza de la ciencia, de la técnica, de la industria, de la agricultura y del mundo del trabajo.

Si esto es anacronismo, tendríamos que tratar por todos los medios de llegar a la UNESCO con nuestra voz renovadora y desvirtuar los principios pedagógicos que sustentan todos los que se han reunido en esa asamblea mundial, y a las que adhirieran los representantes de nuestro país, el subsecretario de Educación, profesor Salonia y el doctor De Lorenzo.

Por otra parte, frente a la experiencia del Brasil — experiencia parcial — contrapongo la experiencia universal que se expide de esta forma y el clamoroso fracaso de la educación norteamericana.

Sr. Uzal. — Frente a una recomedación de una entidad como la UNESCO, a la que todos respetamos, que dice del beneficio del asesoramiento de organismos consultivos, está el hecho contundente de Brasil y de Estados Unidos, con su formación educativa. Y junto a estos dos países ubico a los más adelantados del mundo.

Sra. Baigorria. — ¡Así lo ha ido a Estados Unidos en el terreno educativo!

Sr. Presidente (García Flores). — Está en el uso de la palabra el señor diputado por la Capital.

Sr. Mercado. — Los señores diputados preopinantes han expuesto con amplitud y profundidad los antecedentes necesarios que aconsejan la sanción del proyecto que consideramos.

La señorita diputada Baigorria ha tratado este importante tema desde diferentes ángulos, acentuando su preocupación en los aspectos pedagógico y docente. Ello me exige de repetir conceptos que puedan prolongar este debate, por lo que me limitaré a formular algunas consideraciones acerca de los beneficios y de los peligros en potencia del progreso técnico. Analizaré una serie de factores y circunstancias favorables a la creación de la Universidad Tecnológica Nacional. También me referiré a su ámbito de acción, que debe establecerse de manera que contemple debidamente las exigencias del desarrollo geográfico de la economía argentina, procurando su debido equilibrio.

Finalmente, me ocuparé de los peligros de las desviaciones en la orientación de la cultura en esta etapa de la vida nacional.

Cuando Chaplín hizo su película «Tiempos modernos» ilustró el moderno dilema industrial:

«cómo integrar a los seres humanos en el conjunto inhumano de la industria moderna». Se inspiró para ello en los hechos producidos a raíz de la primera parte de la revolución industrial que consistieron en la gran concentración de capitales y del poder político, la masificación y proletarización de los trabajadores con la formación de grandes conglomerados humanos en ciudades gigantescas.

Tal situación produjo la ruptura del equilibrio social, creando e incrementando la inhumana lucha entre el capital y el trabajo.

Actualmente estamos viviendo la segunda parte de la revolución industrial. La ciencia, con sus espectaculares descubrimientos en el campo de la electrónica, ha perfeccionado los principios que guiarán el mencionado proceso revolucionario, basándose en las máquinas que corrigen sus propios errores y son capaces de repetir trabajos y pruebas con tanta habilidad y precisión como el ser humano.

Esta nueva etapa tecnológica y sus trascendentes consecuencias económicas y sociales, producto de la era electrónica, es el punto de partida de un nuevo equilibrio en orden a la producción, coste de productos, empleo y nivel de vida.

Pero la era del maquinismo ha engendrado el desprecio por todos los valores humanos y tradicionales que no concuerdan directamente a la eficacia económica o política. En lugar del hombre, se ha considerado, en primer lugar, al ciudadano, luego al proletario y después al soldado, aplicándose a cada uno soluciones sumarias que se considera valen exactamente para todos, cuando en realidad no valen más que para una abstracción del hombre.

En virtud de esto, lograr que el progreso técnico esté siempre al servicio del hombre y para hacerlo más humano si cabe, constituye una seria y fundamental preocupación de carácter mundial. Se han ocupado del tema escritores, economistas, sociólogos, filósofos y estadistas de todo el mundo.

Norberto Weimer, uno de los más conocidos estudiosos de la cibernética y de la técnica, dice en su obra *Utilización humana de los seres humanos*: «Resulta degradante para un ser humano que se lo encadene a un trabajo y utilizarlo como una fuente de energía, pero constituye una degradación casi igual asignarle tareas de mera repetición, como ocurre con la cadena de montaje, que requiere menos de una milonésima de su capacidad intelectual. Pero es más sencillo organizar una factoría utilizando una ínfima parte del valor del ser humano, que proporcionarle un mundo en el que pueda desplegar plenamente su personalidad.»

Pero si bien es cierto que hasta el primer cuarto de este siglo todos los efectos del maquinismo parecían tender a la destrucción de la indi-

vidualidad humana, después han aparecido síntomas opuestos. En los últimos tiempos, los hechos registran un indudable cambio de tendencia, a tal punto que a pesar de lo que acabamos de decir el maquinismo bien orientado parece hoy favorecer a largo plazo las tendencias individualistas del hombre evolucionarlo. Hoy, modernizar una fábrica es instituir en ella un nuevo método de trabajo, basado antes que nada en los métodos y facultades del hombre. A menudo, la modernización se hará sin aportación de nuevas máquinas, por una simple modificación de plantas industriales, circuitos de piezas y tareas asignadas; pero el factor humano siempre se considera como elemento preponderante.

Nosotros anhelamos fervorosamente que el adelanto técnico se desarrolle siempre en la medida del hombre, y creemos que la automatización permitirá la construcción de máquinas que realicen el trabajo de repetición en la industria para que sea una realidad el pensamiento de Eugene Staley, expresado en su obra *Tecnología y valores humanos*: «La automatización significará que el trabajo humano en las sociedades tecnológicamente avanzadas se utilizará cada vez menos en funciones rutinarias o de repetición, encaminándolas a alimentar mecanismos y lograr productos acabados. El elemento laboral ascenderá en categoría cada vez más, hasta situarse a la altura de los ingenieros, proyectistas, planificadores, operarios especializados, organizadores y directores. Las actividades que comportan relaciones humanas serán más importantes que las mecánicas; dispondremos de más tiempo para pensar acerca de las finalidades humanas, en vez de absorbernos en los problemas diarios para procurar mantener el alma y el cuerpo juntos.»

Lo dicho hasta aquí nos convence aún más de que la verdadera eficiencia de nuestra civilización y nuestra cultura debe comenzar por la utilización de todo el hombre, y que los esfuerzos por acrecentar el adelanto mecánico deben cesar cuando esté amenazado el equilibrio del ser humano en su totalidad.

El objeto del progreso técnico es ayudar al hombre en la búsqueda de su autonomía y de la plenitud de su ser; liberando a la humanidad de los trabajos que las materias inanimadas pueden ejecutar por él. La máquina debe conducir al hombre a las tareas que sólo él puede cumplir entre los seres creados: la de la cultura intelectual y la del perfeccionamiento moral.

Diversos factores y circunstancias ponen en evidencia la necesidad de promover el progreso técnico en nuestro país. Muchos de ellos han sido citados por los señores informantes del despacho. El impulso que queremos dar a la producción nacional y agropecuaria lleva implícita la necesidad del reequipamiento industrial y la mecanización del agro. Necesitamos más equi-

pos y máquinas que deben ser atendidas por técnicos.

En el ámbito agropecuario, debemos pasar del método de la producción extensiva, que es el usado casi exclusivamente hasta hoy, al método de producción intensiva. Esto surge como una necesidad impostergable de los hechos, revelados por las estadísticas oficiales.

Tengo sobre mi banca una estadística del Ministerio de Agricultura y Ganadería de la Nación donde se reseña un período de 23 años de producción agrícola. Ella nos revela que en el lapso 1954/35 en el país se sembraron 27.638.033 hectáreas, y que 23 años después, solamente, se llega a sembrar 28.101.111 hectáreas. Vale decir, que ya va quedando poco campo utilizable. Por consiguiente, si queremos aumentar nuestra producción agrícola, debemos utilizar todos los medios técnicos que la ciencia pone a nuestra disposición para intensificar la producción.

Lo mismo ocurre con la producción ganadera, en la que se ha operado una disminución, entre los años 1936 y 1957, de 2.736.855 cabezas de vacunos.

Para alcanzar aquel propósito, necesitamos el concurso de muchos y buenos técnicos. Necesitamos producir y ahorrar divisas para equilibrar nuestro balance de pagos, que lo conseguiremos, si logramos aumentar la exportación de productos agropecuarios manufacturados.

De la forma cómo la mayor producción de nuestra industria permite ahorrar divisas, es prueba elocuente lo revelado en una conferencia pronunciada el año pasado en la Unión Industrial Argentina. Según los datos suministrados en ella, en el curso de un año nuestra producción industrial permitió ahorrar 1.390 millones de dólares. Todos sabemos que se está gestando la formación efectiva del mercado común interamericano, que nos ofrece una gran oportunidad para la colocación de nuestros productos manufacturados. En consecuencia, debemos estar en condiciones de competir, ventajosamente, con los productos similares de otros países.

La difusión de la enseñanza técnica en escuelas de tipo popular tiende a democratizar la cultura, al permitir el acceso a la juventud que trabaja. Ello contribuirá también a producir la necesaria transformación de la mentalidad de los hombres del gobierno, y de muchos empresarios, con respecto al mérito de los técnicos argentinos, que, hasta ahora, ha sido subestimado.

Por otra parte, necesitamos conjurar el peligro de que el creciente progreso técnico y especialmente la automatización enriquezcan aún más a los países que ya son ricos y, simultáneamente, empobrezcan más a los países poco desarrollados, aumentando, de este modo, la ya enorme diferencia que existe entre las naciones industrializadas y las de escaso desarrollo, tal como se ha hecho notar, recientemente, en el

debate general de la XL Conferencia Internacional del Trabajo.

Al planificar la acción del organismo que se crea, deberá tenerse en cuenta el desarrollo geográfico de la economía argentina. Es evidente, que venimos sufriendo un gran desequilibrio. Nos ilustrarán al respecto algunas estadísticas especiales elaboradas por estudiosos argentinos.

El doctor Carlos Moyano Llerena ha elaborado un trabajo acerca de la producción argentina distribuida por regiones. Me referiré, solamente, a algunos datos, para no prolongar este debate. Divide al país en cuatro regiones: Litoral, Subtropical, Centro Oeste y Patagonia. Los datos son del año 1937. Naturalmente, las cifras ahora serán otras; pero las situaciones han variado muy poco y siempre resultan un elemento de juicio de gran valor.

En agricultura el Litoral produjo 1.918 millones; la región Subtropical, 174 millones; la del Centro Oeste, 115 millones; la Patagonia, 17 millones.

Ganadería: la región del Litoral, 646 millones; la Subtropical, 208 millones; la Centro Oeste, 70 millones; la Patagonia, 138 millones.

Industrias: la región del Litoral, 2.271 millones; la Subtropical, 189 millones; la Centro Oeste, 153 millones; la Patagonia, 43 millones.

Los tres rubros en conjunto aparecen distribuidos así: Litoral, 4.835 millones; Subtropical, 571 millones; Centro Oeste, 338 millones; Patagonia, 198 millones.

Porcentajes de producción y de población en cada una de esas regiones. Producción: Litoral, 81,3 por ciento; Subtropical, 9,6 por ciento; Centro Oeste, 5,7 por ciento; Patagonia, 3,4 por ciento.

Población: Litoral, 65,8 por ciento; Subtropical, 19,3 por ciento; Centro Oeste, 12,7 por ciento; Patagonia, 2,2 por ciento.

Estas cifras son bastante elocuentes para ilustrarnos acerca del desequilibrio económico a que me vengo refiriendo.

Lo mismo ocurre si consideramos otra estadística, también especial, confeccionada por el Instituto Bunge, que nos da los índices de la capacidad económica por habitante en las distintas provincias del país. Esta estadística no está confeccionada por regiones. Su base es: «Gran Buenos Aires» = 1.000.

Tomando el conjunto del país, la capacidad económica por habitante es de 731,2 por mil. Particularmente, tenemos, tomando, repito, como índice el Gran Buenos Aires igual a 1.000: Capital Federal 1.052,1 por mil; Buenos Aires 906,9 por mil; Catamarca 94,6 por mil —aparece como la más pobre de las provincias argentinas—; Córdoba, 680,2; Corrientes, 214,2; Entre Ríos, 446,6; Jujuy, 441,1; La Rioja, 121; Mendoza, 615; Salta, 397,1; San Juan, 323,8;

San Luis, 180,1; Santa Fe, 745,1; Santiago del Estero, 96,8; y Tucumán, 399,7.

Pero por sobre todas las cosas, señor presidente, debemos precavernos con respecto a las posibles desviaciones de la orientación cultural.

No podemos aceptar de ninguna manera el axioma de que la técnica domine al mundo. El técnico dirige, pero el político orienta y eso debe permanecer invariable.

La preocupación de una posible desviación en la orientación cultural del país tiene fundamentos históricos, políticos, sociales y culturales que vienen de lejos.

Todos sabemos que en nuestro país, después de la organización nacional y a partir de Caseros, se posesionó del poder político un sector de hombres que por su condición económica se ha dado en llamar la oligarquía vacuna y latifundista. Ellos siguen manteniendo fuertemente el poder político sin mayores preocupaciones hasta el año 1910. En ese entonces surge la agricultura en el país, adquiere potencia y es una nueva fuerza económica y social que empieza a preocupar a aquellos gobernantes. Luego, en 1915, a raíz de la primera guerra mundial, surge una pujante industria en la República. Es otra fuerza económica y social que ocasiona a la oligarquía ganadera y terrateniente gran preocupación porque ella quería tener poca gente a sus órdenes, que no motivaran preocupación a los patrones. Prefirieron muchos, quizás gran parte de ellos, pasar la mayor parte del tiempo andando por los países del mundo esperando que les llegara la noticia de una parición feliz. Por eso, se mostraron siempre contrarios a toda idea de progreso.

Cuando en 1916 llegó al país el primer gobierno popular, la oligarquía se concentró en sí misma y elaboró una estrategia, un método de acción defensiva. La primera arma que utilizó y sigue utilizando con gran éxito es la penetración ideológica: contaron en todos los gobiernos con puestos claves en la administración pública, en las universidades, en los tribunales, en las academias, en los centros sociales y culturales en general. Así lograron crear para los argentinos, mediante su método de enseñanza y de penetración, un complejo de inferioridad mental, que hoy creíamos superado. Pero la realidad nos dice otra cosa: hoy podemos afirmar con verdad que una oligarquía se ha posesionado y dirige la política económica de nuestro país.

No es la oligarquía vacuna y latifundista, que ha quedado rezagada, y cuyos personeros están en los llamados partidos del centro, que también tiran piedras contra la conducción de este gobierno. Es la otra oligarquía, surgida con motivo del incremento industrial en nuestro país, la que se ha posesionado de los resortes de la política económica, del brazo, desde luego

—como siempre lo ha hecho— del gran capital internacional.

Eso obliga a adoptar actitudes defensivas a quienes queremos que se mantenga la integridad de lo argentino. Tenemos que velar por que no se creen instrumentos...

Sr. Solanas. — ¿Me permite, señor diputado?

Sr. Mercado. — Sí, señor diputado.

Sr. Solanas. — Quisiera que el señor diputado Mercado ratificara la afirmación que acaba de realizar, por si no lo he interpretado bien.

Ha dicho el señor diputado que actualmente los resortes de la dirección económica del país están en manos de una oligarquía con representantes internos de intereses extranjeros.

Sr. Mercado. — Sí, señor diputado.

Sr. Solanas. — Creo entonces que debemos volver al planteo que se hizo en esta Cámara en ocasión del debate económico.

Es necesario decirlo de una vez por todas con claridad. Cuando este gobierno asumió la responsabilidad de la conducción política, se encontró con un país empobrecido, con las arcas del Estado vacías y con una deuda del orden de los mil millones de dólares. Había dos caminos por seguir. Uno de ellos no era en realidad un camino: era detenerse, volver al pasado, reducir el consumo, conformarse con lo que se producía y volver a alinearse ya en forma definitiva en el grupo de los países productores de materias primas. Es decir, que con nuestros arados de mancera, con nuestros medios productivos, debíamos seguir produciendo cereales y carne y perder toda posibilidad de desarrollo nacional.

El mundo —ya lo hemos dicho— no ha terminado su desarrollo industrial. Recién ahora está asomándose a él; los países están luchando por su ubicación dentro de ese orden industrial. Si Argentina no daba el paso adelante, iba a quedar condenada a la condición de país subdesarrollado. Nuestro gobierno quiso colocarlo dentro del concierto de los pueblos industrializados para poder así elevar el standard de vida de su población. Pero había que resolver la angustia económica en que se desenvolvía, y para ello había un solo camino: desarrollar todas las posibilidades nacionales, energéticas e industriales. Para lograrlo requeríamos aporte de capitales. El capital, por si mismo, no es ni bueno ni malo; busca su provecho, aquí y en todas partes del mundo. En la medida en que es acogido crea un clima determinado y es nocivo o beneficioso a la causa nacional. Los capitales en nuestro país sirvieron siempre para cimentar la condición colonialista en que el país vivía. Inglaterra nos tuvo sujetos siempre para abastecer a la metrópoli de materia prima y, a su vez, para proveernos de materia elaborada.

Sr. Bernasconi. — El señor diputado está reivindicando a Alsogaray.

Sr. Solanas. — Si Alsogaray es digno de reivindicación, lo he de reivindicar porque no ten-

go prejuicios de ninguna naturaleza. Soy práctico y efectivo y con «slogans» no me van a hacer apartar de mi convicción política. Ya estoy cansado de los «slogans». Quiero ser positivista y realista; soy argentino y quiero buscar el verdadero camino. En esa tarea estoy.

Ya el primer ministro Cushing, al hacer el planteo originario, dijo: «América será la granja del imperio y la gran Inglaterra será su taller.» Allí empezó el desarrollo y ubicación de nuestra economía. Nosotros producíamos materias primas, carnes y cereales, que transportábamos por las redes ferroviarias extendidas en abanico por nuestro país, por empresas inglesas, que luego, desde los puertos, eran conducidos en barcos ingleses, protegidos por seguros ingleses y arribaban a puertos ingleses donde se comercializaban en mercados británicos.

Sr. Bernasconi. — Eso lo hemos criticado todos.

Sr. Solanas. — Yo no digo que usted no lo haya dicho.

Sr. Bernasconi. — Está haciendo el debate económico.

Sr. Solanas. — No se impaciente, señor diputado; usted tiene la inquietud de la juventud todavía. Lo felicito.

Decía, señor presidente, que nuestras materias primas llegaban a la metrópoli, cada vez pagadas en menos, y de la metrópoli venía la materia elaborada, cada vez pagada en más. Ese era el cuadro de nuestra economía: cada vez más exportaciones, para pagar cada vez menos importaciones. Todo esto se traducía en miseria y necesidad. Este gobierno se encontró con ese problema, porque no había sido resuelto y había que solucionarlo. Entonces, aquí no se ha llamado a la oligarquía empresaria, imperialista y esclavista, sino que acá se está ubicando un capital para el gran desarrollo nacional. Gracias a ello hemos desarrollado nuestras fuentes energéticas, hecho que no puede ser negado. Gracias a ese planteo, vamos a autoabastecernos de acero; surcarán estas inmensas tierras camiones nacionales; han de construirse para el 19 de enero de 1960, quince mil tractores por año para cubrir el déficit de 50 mil tractores que nuestro agro necesita en un plazo de tres años; nos independizaremos económicamente; podremos aportar a la universidad tecnológica las máquinas que la señorita diputada Baigorria, con justa razón, decía que el Estado no está en condiciones de proporcionarle; el desarrollo de la industria...

Sr. Presidente (García Flores). — El señor diputado Mercado reclama por la extensión de su interrupción.

Sr. Solanas. — El señor diputado por la Capital me ha concedido una interrupción para formular una aclaración y estoy formulándola, señor presidente. Ahora, si el señor diputado quiere condicionar mi aclaración en términos de tiempo...

Sr. Mercado. — De ninguna manera, señor diputado.

Sr. Solanas. — Muchas gracias.

Estoy levantando el cargo que ha hecho el señor diputado, cuando dijo que este gobierno, en su condición política, ha puesto la economía al servicio de una oligarquía. Sostengo que nosotros buscamos la independencia económica que nos va a dar la soberanía política y nos va a permitir la justicia social, con bases firmes, con realidades y no con simples enunciaciones teóricas, como los slogans a que me había referido cuando dialogaba con el señor diputado Bernasconi.

¿Cómo no vamos a hablar de realizaciones cuando tenemos la satisfacción de ver concretado un gasoducto que llegará el mes que viene a Buenos Aires, y de un oleoducto que ya golpea las puertas de la fábrica de San Lorenzo? ¿Cómo no van a ser realizaciones, cuando podemos hablar de la próxima hornada del primer acero argentino, producido en San Nicolás?

No podemos, entonces, aceptar en silencio la afirmación de que la conducción económica ha sido puesta al servicio de una oligarquía. Aquí se menciona a Alsogaray como una mala palabra. El señor Alsogaray es un ciudadano más en esta Argentina que requiere el trabajo constructivo y positivo de todos sus hijos, que no les pregunta de dónde vienen, sino qué han de hacer.

—Varios señores diputados hablan a la vez, y suena la campana.

Sr. Solanas. — Es un ciudadano más en esta Argentina que quiere aprovechar, en el ámbito de su capacidad y buena fe, el esfuerzo creador de todos los argentinos sin excepción.

Estamos, señor presidente, en una realidad positiva. Estamos hermanados en una creación nacional. Por eso digo que no nos guiamos por slogans sino por el positivismo de los hechos.

Sr. Giordano Echegoyen. — Quiero aclarar al señor diputado que el oleoducto de Campo Durán y Madrejones a San Lorenzo, fue incluido en la licitación 5.100, efectuada por el gobierno de la Revolución Libertadora, y no por el actual gobierno.

Sr. Solanas. — De acuerdo, señor diputado; pero, ¿quién lo ha construido? La Revolución Libertadora dejó una deuda de mil millones de dólares.

Sr. Marini. — Ahora debemos 2.806 millones de dólares.

Sr. Solanas. — No me interesa lo que debemos, porque ahora empezamos a pagar.

Sr. Presidente (García Flores). — Continúa en el uso de la palabra el señor diputado por la Capital.

Sr. Mercado. — Lo que acaba de expresar el señor diputado Solanas pone una vez más en evidencia la contradicción de una prédica, antes y después de llegar al gobierno. Pero además hay algunos hechos elocuentes que contradicen sus afirmaciones. El aumento de la producción petrolífera del país. ¿proviene de las empresas extranjeras o de YPF?

Sr. Solanas. — De YPF con el apoyo de las empresas extranjeras en un 30 por ciento.

Sr. Mercado. — Fundamentalmente por el esfuerzo de YPF.

—Hablan varios señores diputados a la vez.

Sr. Mercado. — Señor presidente: yo no he tenido la intención de reabrir el debate económico. He querido circunscribirme al ámbito de la política cultural del país. En ese sentido debo manifestar cómo se está trabajando en el país para desviarlo del sentimiento y de la idea que siempre ha predominado entre los argentinos.

Al decir esto también recojo la manifestación hecha por el señor diputado Solanas de que nosotros nos hemos quedado parados muchos años atrás. Esa es una afirmación carente en absoluto de todo fundamento.

Observemos lo que ocurre en el país, cómo se está tratando de transformar, de orientar, de crear una mentalidad económica y social en nuestro pueblo. Se utilizan para ello los grandes recursos de que disponen los sectores interesados en desviarlo del recto camino de la argentinidad.

Ayer no más han desfilado por las aulas universitarias, academias e institutos industriales del país, grandes personalidades como Louis Baudin, Ludwig von Mises, Leonardo Read y otros, quienes con su prédica sirven los intereses del sector que está tratando precisamente de llevar adelante su penetración ideológica, arma que siempre utilizaron las oligarquías del país.

Por eso quiero concretar esta preocupación. Estamos en favor de la creación de la Universidad Tecnológica, sin retaceos, porque es una necesidad nacional, pero consideramos sumamente peligrosa la integración del organismo máximo que se crea, de ese Consejo Nacional de Educación Técnica, y necesariamente negaremos nuestro voto si no se modifica su composición.

Sr. Blanco. — ¿Me permite el señor diputado una interrupción?

Sr. Mercado. — Sí, señor diputado.

Sr. Blanco. — Ante la afirmación que hace el señor diputado Mercado, debo señalar que el proyecto de creación del Consejo Nacional de Enseñanza Técnica ha sido aprobado por unanimidad de los miembros presentes de la comisión, pero en este recinto he afirmado que

apoyamos en general la iniciativa, quedando reservado a la libertad de los miembros de nuestro bloque el proponer modificaciones en particular.

No escapan a mi criterio de miembro de la comisión, las distintas interpretaciones que existen en cuanto al número e integración del Consejo Nacional de Enseñanza Técnica. De modo que la posición del señor diputado Mercado no importa una contradicción con la firma que he puesto al pie del despacho; pues reitero que la iniciativa fue aprobada por unanimidad, y que para firmar el despacho he requerido previamente la autorización de mi bloque, que fue favorable.

Sr. Mercado. — Efectivamente, lo que dice el señor diputado Blanco es absoluta verdad.

Nosotros entendemos que es necesaria la representación empresarial en este organismo, porque es ella la que posiblemente puede hacer el aporte económico más ponderable. Pero de ninguna manera deberá dársele preponderancia en ese organismo orientador. Debe reducirse el número de los miembros representantes de ese sector. Fuera de esta objeción, como he dicho, no tenemos nada más que desear el mayor éxito en sus funciones a la nueva universidad que se crea, y entendemos que su éxito depende del aporte conjunto del gobierno, de los empresarios, de los técnicos y del pueblo en general. (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*)

En el tratamiento en particular propondremos la modificación que a nuestro juicio corresponde hacer a este proyecto.

Sr. Presidente (García Flores). — Tiene la palabra del señor diputado por Buenos Aires.

Sr. Pitto. — Solamente por razones de disciplina partidaria votaré afirmativamente el proyecto en discusión. El bloque a que pertenezco ha decidido prestarle aprobación, y como disciplinado soldado de la fuerza política a la que con fervor y entusiasmo adhiero, acato esa decisión. Pienso que cuando un ciudadano ingresa a un partido político renuncia en parte a su albedrío y acepta conducir su vida pública sobre la base de normas superiores dictadas por el organismo del que forma parte, que deben ser lógicamente producto del pensar de todos sus integrantes. Quien desee mantener intacta su autonomía de determinación no debe enrolarse en ningún partido político.

Formulo estas consideraciones porque personalmente estoy en desacuerdo con el proyecto de ley en discusión.

Mi posición frente a este problema quedó documentada cuando el 10 de septiembre de 1958 presenté un proyecto de ley por el cual se creaban en las universidades nacionales facultades de tecnología sobre la base de las actuales facultades regionales de la llamada Universidad Obrera.

En los fundamentos de ese proyecto hacía referencia a la técnica como rama del conocimiento humano de fundamental y creciente

gravitación de los procesos históricos, científicos, sociales y económicos que tan hondamente están transformando a la humanidad. Decía que la enseñanza de la técnica debe preocupar tanto como la enseñanza de las artes y las ciencias, expresando que la enseñanza técnica superior es perfectamente equiparable a la enseñanza de cualquier otra disciplina clásica que imparta del derecho, de la medicina, de la economía o la universidad tradicional.

Afirmaba que nada justifica entonces que para impartir la enseñanza técnica superior se exijan remedos de universidades que en la práctica sólo con el mantenimiento de inaceptables y desdenosos prejuicios hacia este tipo de estudio.

Sostenía que la Universidad debía abrir sus puertas a la enseñanza técnica y, con ella, a la magnífica juventud que en su estudio prepara firmemente para el país un futuro de grandezas.

Señalaba que cuando los obreros concurrían a nuestras universidades se habría ligrado una rotunda conquista democrática, ya que se habrían superado definitivamente los crueles resabios de una irritante injusticia social. Por eso, y en cumplimiento de un aspecto fundamental de la plataforma del radicalismo proponía la creación de facultades de tecnología entendiendo que en esa forma se hacía lugar a la justa aspiración de los alumnos de la actual Universidad Obrera, de obtener su total autonomía y plena jerarquía universitaria, se cumplimentaba debidamente la necesidad de dar a la enseñanza técnica superior la importancia que realmente tiene y se concretaba un sentido y añejo postulado partidario.

De los tres objetivos que terminé de enunciar, sólo me ocuparé brevemente del último de ellos, ya que acerca de los dos primeros comparto plenamente los conceptos vertidos en sus brillantes exposiciones por los miembros de la Comisión de Educación, diputados Uzal y Blanco. Mi disenso radica exclusivamente en el hecho de que se crea una universidad aparte, para la enseñanza técnica superior, en lugar de introducir resueltamente ese tipo de enseñanza en la universidad tradicional, y fundamento esta discrepancia en la posición partidaria, que comparto plenamente. En efecto, la plataforma electoral de nuestro partido, en su punto 5º, habla de cultura libre al servicio de la emancipación espiritual y la capacitación técnica del hombre. Las «Bases de acción política», en su apartado III, «Democratización de la cultura», propugnan una reforma educacional que integre un sistema que garantice a las nuevas generaciones, en igualdad de condiciones y oportunidades, idénticas posibilidades de pleno y libre desarrollo de la personalidad física, moral y cultural para el cumplimiento de la responsabilidad nacional y humana.

En mi modesto entender, de esos dos enunciados se desprende un criterio general programático orientado hacia la unicidad de la enseñanza en el doble sentido pedagógico y social, es decir, hacia una enseñanza universalista que atienda a la formación técnica profesional y a la formación humanista en lo pedagógico, dada sin diferenciaciones ni discriminaciones en lo social.

Y me fortalezo en esta creencia al revisar la interpretación que de esos dos enunciados partidarios han hecho los diputados de nuestro partido en 1947 al discutir la ley universitaria 13.031, y en 1948, al debatirse la creación de la llamada Universidad Obrera.

En la primera oportunidad, Alfredo Calcagno, Gabriel del Mazo, Luis Dellepiane, Antonio Sobral, Nerio Rojas y Sidney Rubino, entre otros, expresaron elocuentemente la vocación humanista del radicalismo y la necesidad de tener una universidad universalista y de puertas abiertas; en la segunda ocasión, y específicamente referido al tema ahora en debate, Luis Dellepiane, Antonio Sobral, Gabriel del Mazo, Federico Monjardín y otros interpretaron inequívocamente que la creación de una universidad del tipo de la llamada obrera estaba en absoluta oposición a los principios partidarios.

Dellepiane, en la sesión del 21 de julio de 1948, decía que estábamos con la idea general de promover y jerarquizar la enseñanza técnica, pero afirmando que «sólo puede existir una universidad, y no este tipo de universidad a crearse, que es un tipo de universidad de clase que la Unión Cívica Radical no puede aceptar». Seguidamente, fustigaba la intención demagógica que guiaba al peronismo, diciendo que aquéllos primeramente afirmaban «que era necesario abolir en la universidad todos los privilegios, que era necesario abrirla a los obreros, y ahora resulta que como no lo han conseguido hay que crear también una «universidad obrera». Poco más adelante, y tocando el fondo del asunto, decía: «Yo les pregunto a los trabajadores argentinos qué les va a resultar más conveniente cuando quieran en realidad capacitarse en la totalidad de una técnica, si seguir los cursos de esta universidad o apoyar un plan que consiente su ingreso en la verdadera universidad con el propósito de capacitarse a la vez en técnica y en cultura.» Finalmente decía: «Sostenemos que la universidad debe ser única, como fuente inspiradora de todos los valores humanos y espirituales del hombre. Queremos que la universidad esté abierta para los obreros.»

En la misma sesión, Antonio Sobral decía: «Entendemos que este proyecto de ley pone al hombre en esclavitud y lo perfecciona en ella dentro de la ley.

»Nosotros queremos la capacitación del obrero, y queremos ver en él, antes que al obrero, al hombre como personalidad humana, pleno

de dignidad y cargado de sentido ético. Para él pedimos todo el respeto que merece. No podemos aceptar obreros y no obreros, trabajadores y ociosos. Deben tener acceso a la cultura, en el más puro concepto de la palabra, todos los hombres, sea cual fuere su condición económica y social.»

En la sesión del 22 de julio de 1948, Gabriel del Mazo, nuestro gran maestro, analizando el aspecto pedagógico del proyecto, decía: «Se insiste con el proyecto en formas educativas superadas, es decir, la enseñanza que se propone importa una educación sin cultura general suficiente, y trae ello insuficiencia de la propia técnica que pretende emplear, porque sin las corrientes circulatorias del espíritu, la educación de los hombres queda desnutrida y cortadas las líneas de alimentación de los propios fines económicos. Debemos anotar además que la cultura general une a los hombres y que la especialización profesional, cuando es estrecha, tiende a separarlos. Una sólida cultura general para todas las especialidades es una clave para la unidad de la Nación, además de núcleo de defensa, de equilibrio para el educando, futuro ciudadano, a lo largo del aprendizaje, a lo largo de la vida profesional.»

Más adelante, comentando su aspecto social, decía: «En el país, en lugar de corregirse, se agrava la aberración social de tener dos tipos de vida educativa: una de cultura general, para unos, y otra de cultura insuficiente o nula para los demás. Esta diferenciación será ahora acentuada por medio de dos universidades: una para pudientes y otra para obreros; aquella, con una educación, la más amplia a que el país ha podido llegar, y ésta, con una educación estrecha, impropia del significado revolucionario que se reivindica.»

Finalmente, aludiendo al sonsonete demagógico del peronismo, de que a la universidad no llegaban los humildes, afirmaba: «Pero este problema no se resuelve creando una universidad que no lo es, destinada a esas clases humildes, sino transformando con extraordinaria amplitud todo el sistema de la educación nacional, para que ningún hijo del pueblo deje de llegar a la universidad de la Nación, si es capaz mentalmente.»

Por último, y como última cita de este debate, quiero recordar palabras del diputado Federico Monjardín, pronunciadas en la sesión del 19 de agosto de 1948: «Si nuestra enseñanza padece de exceso de intelectualismo, esta pretendida universidad, que no es sino escuela técnica de oficios, sufre de falta de suficiente intelectualismo. Tenemos que aspirar a que haya en el país una sola universidad, con las puertas no entornadas para unos y abiertas para otros, sino amplia e igualmente abiertas para todos.»

Por todo ello creo firmemente que mi proyecto de ley se ajusta estrictamente a la doc-

trina y al programa del partido, así como que importa la mejor solución para este candente problema. Pero ya he dicho que disciplinadamente votaré el proyecto que la Honorable Cámara ha de convertir en ley dentro de pocos minutos.

Ante esta emergencia, sabedor de que esta solución es la deseada por los millares de alumnos de dicha universidad, los saludo con emoción argentina y los exhorto a estudiar y trabajar incansablemente para coadyuvar eficazmente a la trascendente obra común de propulsar el desarrollo nacional.

Finalmente, quiero dejar expresado mi profundo deseo de que esta ley que ahora aprobamos sea un idóneo instrumento para labrar el progreso de la República y la felicidad del pueblo.

Señor presidente: considero que en este episodio parlamentario he sido leal con la República, he sido leal con el partido y he sido leal conmigo mismo. Mantendré siempre inalterable esa conducta de lealtad, en sus tres términos, persuadido de que así sirvo mejor a la patria.

Sr. Presidente (García Flores). — Tiene la palabra el señor diputado por Santa Fe.

Sr. Solanas. — Señor presidente: he de pronunciar una breve exposición para fundar mi voto favorable al proyecto de ley en revisión que la Honorable Cámara considera.

Es evidente que el siglo actual, que gracias al desarrollo de la técnica ha llevado al mercado de consumo más y más productos, pudiendo ser designado como el siglo de la industria, lo ha realizado merced al aporte indispensable de ingenieros, técnicos y obreros especializados. De aquí que la misión esencial de la enseñanza técnica sea proporcionar a la industria el personal requerido, con los conocimientos humanos y técnicos que le permitan producir racionalmente más productos para mayores sectores de población, gracias al desarrollo, cada vez más acusado de ella, de modernos sistemas de producción.

En el siglo pasado, los productos manufacturados eran importados, existiendo pequeña cantidad de distintos talleres de artesanía. En el año 1883 los salesianos crean la primera escuela de artes y oficios. Posteriormente esas escuelas habrían de multiplicarse. Más tarde los industriales constituyen el Politécnico Norberto Piñero. En 1894 se funda la primera escuela industrial de la Nación, la prestigiosa escuela Otto Krause.

Debido a las penurias ocasionadas por las dos guerras mundiales y gracias a los egresados de las escuelas industriales y escuelas fábricas existentes, cobró importancia el movimiento industrial argentino, frenado en su pleno desarrollo por todos los factores que conocemos.

Pero es evidente que asistimos en la actualidad al reordenamiento de nuestras industrias, orientadas hacia la racionalización y el afin-

camiento de importantes plantas industriales de origen extranjero. Frente a ello, debemos preparar la suficiente cantidad de técnicos, con plena capacidad intelectual y laboral, que serán requeridos para ocupar sus puestos, pues de lo contrario, o no se producirá el anhelado desarrollo, o esas plazas serán cubiertas por personal extranjero. Cada día la evolución industrial requiere personal más capacitado, y es necesario que nuestros muchachos sean los que se desempeñen en esa tarea, que ha de brindarles una retribución económica acorde con un elevado nivel de vida.

La Universidad Tecnológica, al recibir la autarquía que le permite formular sus planes de estudio, la designación de sus profesores y ejercer la administración de su patrimonio, estará en perfectas condiciones para el cumplimiento cabal de la misión encomendada: la formación de técnicos con suficiente capacidad teórica y práctica y amplia formación cultural, para satisfacer la demanda de personal plenamente capacitado que la era industrial actual ha de requerir en el cumplimiento de una elevada función social y la inmediata adecuación a las cambiantes exigencias laborales.

En diversas oportunidades se ha hecho en la Cámara el enfrentamiento entre la universidad clásica y la universidad tecnológica. Evidentemente, nuestra universidad padece de males que el estatuto universitario habrá de corregir; y uno de los aspectos más importantes es el que puso de manifiesto el señor diputado Uzal al citar los planes de estudio de las facultades de Medicina, de Veterinaria, de Odontología, de Química, etcétera: la falta de enseñanza cultural humanística en la formulación de los planes. Este aspecto es agravado por la extraordinaria cantidad de aspirantes y la limitada capacidad de las aulas. Diversos decanos de la Facultad de Medicina han puesto de manifiesto la plétora extraordinaria de estudiantes, que hace ineficaz, por falta de medios, la enseñanza que allí se imparte.

Un extranjero que ha visitado Buenos Aires la semana pasada, el doctor Seymour Gray, profesor de la universidad de Harvard, fue consultado por el diario «Clarín» acerca de la enseñanza de la medicina en nuestro país. Al preguntársele qué opinión tenía de los estudios médicos en la Argentina, contestó: «No puedo dar una opinión favorable.» «¿Por qué?», se le preguntó. «Mire usted —dijo el doctor Gray poniendo énfasis en sus palabras—, en las mejores facultades de Estados Unidos no se admite más de 150 estudiantes, que ingresan luego de exámenes rigurosos que fijan la selección de los más capaces. Y he visto aquí que en el ámbito donde deben estudiar 150, ingresan tres millares. No puede ser. Esa admisión exagerada y sin control es anticientífica. Atribuyo tal aberración a la influencia política que domina en

la universidad argentina. Y puedo afirmar que la universidad a cuyo cargo está la formación de técnicos y científicos no puede estar sometida a la influencia política.» «Le advierto, doctor, que vamos a publicar estas declaraciones suyas», le dice el cronista. «Para eso las he dicho», contesta.»

Lo que ocurre, señor presidente, es que nosotros que arreglar, desgraciadamente, con lo poco que tenemos, frente a la presión de los muchachos que quieren estudiar, que quieren formarse una capacidad laboral. La facultad no tiene más remedio que admitirlos, distorsionando en toda forma el resultado educativo.

Quiere decir que la solución está, entonces, en arbitrar los medios necesarios para dar los elementos de estudio que se requieren, y en segundo término y fundamentalmente, en la reorganización de nuestra economía.

Ha pasado la época en que las familias argentinas tenían como desiderátum y como obligación paternal dar a sus hijos un doctorado. Esa era la única manera en que el padre consideraba haber cumplido con su deber de tal; había que hacer al hijo ingeniero, médico o abogado, porque la carrera liberal era el único porvenir para la juventud estudiosa; para las mujeres, lo era el magisterio. La Argentina está hoy, a Dios gracias, acompañándose con el desarrollo de la técnica mundial. Nuevas exigencias y nuevos planteos nos llevan a eso; y nosotros, como órganos de gobierno, tenemos que permanecer atentos a esa evolución en nuestra tarea legislativa. Si no adecuamos nuestra organización educativa a las exigencias de la hora, en alguna medida seremos culpables de un retroceso o de una falta de desarrollo.

La Universidad Obrera Argentina cumplió una misión importante; pero le faltaba —diría yo— la agilidad adecuada, y lo que es más importante, darle el espaldarazo de su propia responsabilidad y prestigio. Al crear la Universidad Tecnológica Nacional aumentamos su prestigio, primer y fundamental factor psicológico que va a obrar sobre las masas.

En segundo lugar, al darle la autarquía universitaria, le otorgaremos la agilidad legal necesaria para poder adecuarse siempre frente a las exigencias del medio y del desarrollo de la técnica moderna.

Sr. Blanco. — ¿Me permite una interrupción, señor diputado?

Sr. Solanas. — Sí, señor diputado.

Sr. Blanco. — Deseo señalar que esta ley no crea ninguna universidad. La Universidad Obrera Nacional, dependiente de la Comisión Nacional de Aprendizaje y Orientación Profesional, fue creada en el año 1948 e inició sus cursos en 1953. Este proyecto que consideramos le cambia la estructura funcional, otorgándole —como bien señaló el señor diputado Solanas—

el régimen de la autarquía, y le cambia la denominación. No creamos una nueva entidad; ésta ya existe, con su cuerpo de profesores y demás organización.

Sr. Solanas. — Me voy a permitir disentir fundamentalmente con la opinión del señor diputado Blanco, que reconozco valiosa, meritoria y llena de antecedentes por sus estudios especializados y su dedicación en la Comisión de Educación de la Honorable Cámara.

Sostengo, señor presidente, que estamos creando una nueva universidad, y voy a dar las razones que avalan esta afirmación.

El 18 de agosto de 1949 se sancionó en esta Honorable Cámara la ley que creaba la Universidad Obrera Argentina. Desde la bancada radical se hicieron fundamentales objeciones a la misma. Se demostró, a través de la palabra autorizada, vehemente y patriota de Gabriel del Mazo, de Luis Dellepiane, de Sobral, de Pérez Martín y de otros diputados que intervinieron en el debate, que esa universidad que se creaba iba a ser anunciada pomposamente por el micrófono de oro del señor presidente, pero se iba a hacer una desvirtuación de su esencialidad, se la iba a unilateralizar, se estaba creando una división en la Argentina separando una universidad para las clases pudientes y una universidad para las clases pobres; se estaba estableciendo una valla infranqueable dentro de la ciudadanía argentina. Sostuvo del Mazo en ese debate que era necesario más conocimiento y menos información; es decir, que era necesario que la cultura equilibrara al hombre. Allí dijeron los diputados radicales que no se oponían a la creación de una universidad obrera —que era un bello sueño—, pero que se oponían a esa sistematización dentro de la sociedad argentina que creaba sectores absolutamente separados del resto de la ciudadanía.

Hoy, cuando modificamos su nombre y en vez de obrera, la llamamos tecnológica; hoy cuando a través del artículo 2º de este proyecto, le damos hegemonía a ese aspecto de la integración cultural, y cuando le damos una autarquía que no tenía la Universidad Obrera con el alcance que ahora le asignamos, estamos haciendo conceptualmente otra cosa, que es lo que quiero recalcar en este debate. No estamos rectificando una decisión tomada por un gobierno autoritario con un sentido de limitación política; estamos en algo más serio y trascendente; estamos creando y desarrollando la razón de ser de esa universidad. Por eso digo que no es una universidad creada en oposición a otra; estamos cumpliendo con una necesidad sentida.

En ese debate del año 1948 el diputado Pérez Martín decía que lo angustiaba el que las leyes fracasaran, porque si es malo el desgano y la desilusión en un hombre, peor es la desilusión

de un pueblo. Decía que leyes que se sancionan para no ser cumplidas son, siguiendo el ejemplo bíblico, como casas edificadas sobre arena; él quería que se construyeran leyes asentadas sobre rocas, que es lo que da permanencia. Estaba con el espíritu de Montesquieu, en el sentido de que las leyes deben obedecer a una necesidad sentida y no deben querer encauzar la sociedad, sino que deben salir de los usos y costumbres de esa sociedad. Por eso entiendo que ésta es una nueva universidad.

Esta universidad va a crear un hombre equilibrado; esta universidad está atendiendo a una necesidad de la época; esta universidad evita una desvirtuación en la educación; esta universidad es por sí misma un contenido y una finalidad; esta universidad es una piedra más en la construcción de este gran edificio que es nuestro país en proyección de futuro.

Por eso insisto, señor presidente, en que hemos tomado una organización existente, y le hemos incorporado las previsiones que la práctica aconseja y que la sociedad requiere, dándole los elementos para hacer firme y seguro su éxito. Al darle autarquía, al permitirle la designación de sus profesores y empleados, al otorgarle la disponibilidad de su patrimonio dentro de los límites de la ley, al facilitarle la programación de sus estudios, estamos haciendo una cosa nueva y benéfica. Por eso es que con entusiasmo doy mi voto favorable a esta iniciativa.

Debemos prestar especial atención al aspecto humano de la enseñanza y de la técnica contemporánea. Hemos entrado en la era atómica y estamos ya en nuestro país alboreando la automatización, y es lógico que nos preguntemos si estos sistemas van a deshumanizar al hombre, si han de transformarlo en una rueda más de sus máquinas. Es plantear la pregunta y provocar el imperativo de su respuesta. Sin consideramos que la automatización necesita para su realización al elemento humano con jerarquía intelectual y amplia capacidad manual de excelente calidad, vemos que debemos preparar al técnico para la exigencia que aquella plantea. La automatización ha de proporcionar al trabajador más horas de descanso y como éste ha de ser más capacitado mentalmente, será más culto, esas horas que le dejará libre su trabajo, no cabe duda que serán en gran parte dedicadas a actividades provechosas para sí y para la humanidad, seguridad que nace de la integración formada en las disciplinas universitarias cursadas, donde a la par de la técnica, habrá adquirido el grado de cultura necesario que al desarrollar su voluntad orientará en el sentido expresado su tiempo de ocio.

Hemos dicho que el automatismo exige personal altamente especializado, de lo que dedu-

cimos que el Estado debe preparar las necesarias promociones de técnicos para poder así satisfacer la exigencia del acuerdo entre automatismo y personal humano plenamente capacitado.

Ahora bien: si nosotros damos esta autarquía a la Universidad Tecnológica Nacional, que le permita adecuar sus planes de estudio a las exigencias de la época, y ellos tienen la suficiente ponderación para neutralizar, como hemos dicho, los riesgos inherentes a la absorbente especialización, que al deformar el equilibrio mental unilateraliza y deshumaniza, separando al individuo del conjunto, entonces tendremos la seguridad de haber acertado en la creación que esta ley determina, satisfaciendo una evidente necesidad social, y cumpliendo una importante misión de incalculable proyección futura. (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*)

Sr. Presidente (García Flores). — Tiene la palabra el señor diputado por Buenos Aires.

Sr. Giordano Echegoyen. — Señor presidente: quiero pronunciar algunas palabras para adherir en forma entusiasta al proyecto de creación de la Universidad Tecnológica Nacional y del Consejo Nacional de Educación Técnica.

Soy un profundo convencido de que el futuro del mundo es de la técnica. Los conocimientos superficiales sobre cualquier disciplina no podrán afectar la acción en cuanto al desarrollo de cualquiera de esas actividades, ya sea desde el punto de vista industrial o económico. Si ello es aceptable desde el punto de vista individual, menos lo es desde el punto de vista colectivo, para todas las naciones del mundo.

Sentada esta premisa, es necesario comprender que para nuestro país, en formación y en desarrollo, es mucho más importante aún la necesidad de disponer de un plantel de técnicos que pueda significar un verdadero progreso para la explotación de nuestras riquezas potenciales.

Hubo un momento en que la Argentina quizá pudo disponer del plantel de técnicos necesario para lograr el progreso anhelado. Me refiero al momento de la terminación de la primera guerra mundial, en que el mundo estaba desangrado, amargado, empobrecido y abatido en todos los aspectos relacionados con las esperanzas de la vida. En ese momento pudo disponer de los técnicos que había producido la cultura europea. Ellos estaban a disposición de todos los que quisieran atraerlos al país, y nosotros perdimos la oportunidad. Teníamos dinero suficiente para poder resarcir la posibilidad económica de los técnicos europeos, aclimatándolos al país y ofreciéndoles un futuro cierto. Podíamos brindarles el sosiego y la tranquilidad a que ellos aspiraban. Ese fue el momento que desaprovechamos, y no pudimos obtener enton-

ces el desarrollo tecnológico, por lo que ahora nos lamentamos.

El mundo es de la técnica. Estamos asistiendo a este despertar de dos grandes potencias mundiales en la conquista de los espacios siderales. En ella, posiblemente ha habido quizá un poco de despreocupación de parte de los Estados Unidos, olvidando a aquellos técnicos europeos, sobre todo a los alemanes, que ya habían comenzado a realizar estudios con la bomba V-2. Muchos de ellos se dirigieron hacia Oriente, y de ello dependió el adelanto que en cuestiones astronáuticas ostenta Rusia con relación a los Estados Unidos de América.

Queda perfectamente demostrado que la técnica es un factor de incomparable progreso para los países del mundo. Por eso, me halaga que la Honorable Cámara se haya abocado a un proyecto absolutamente constructivo, como es el de la creación de la Universidad Tecnológica Nacional.

He analizado los programas de las escuelas de la Universidad Tecnológica Nacional, algunos de los cuales tienen un porvenir de indudable gravitación. Ellos son, entre otros, las de instalaciones eléctricas, de máquinas eléctricas, de mecánica ferroviaria, construcción de edificios, construcción aeronáutica, metalurgia, automotores, industrias químicas, construcciones navales, construcciones mecánicas, industrias textiles y de comunicaciones. Sin embargo, es posible que a esta larga nómina falten algunas de las cosas necesarias para el desarrollo potencial de nuestro país.

En nuestro territorio tenemos un gran potencial que aún no ha sido explotado adecuada y suficientemente. Me refiero a la riqueza ictícola, a la industria pesquera, que cada vez está adquiriendo en nuestro país una importancia mayor. Apenas hemos hecho de esta industria una parte del mínimo necesario para aprovechar las posibilidades que brinda éste debate, a fin de que se incluya en los planes de estudio las escuelas de piscicultura, pesca y caza marítima.

De más está decir la importancia que esta industria tiene por la riqueza contenida en estado potencial en nuestra gran plataforma submarina, de casi un millón de kilómetros cuadrados. En ese aspecto estamos en estado de inferioridad con relación a los países más adelantados del mundo, y aun con los latinoamericanos.

Estamos en atraso en cuanto se refiere a los métodos de captura. Disponemos de una flota pesquera que podría decirse que es de la Edad Media. Estamos atrasados en cuanto se refiere a la transformación del producto fresco y aun a su industrialización, distribución y comercialización.

En otras oportunidades hemos dicho en el recinto lo que significaría poder distribuir en todo el país la riqueza potencial que encierra

el mar argentino, llevando hasta los últimos rincones el producto fresco que reemplazaría, en cierto modo, a las proteínas de la carne. En esa forma podríamos reemplazar a esta última, lográndose, al enviarla al exterior, una fuente apreciable de divisas.

La transformación de la industria pesquera y el desarrollo de la industria conservera, constituirá otra fuente de divisas directa al permitir la exportación del producto. Esta industria ha alcanzado singular jerarquía en nuestro medio. Tanto es así que en el centro pesquero de Mar del Plata existen cerca de noventa fábricas de transformación de productos ictícolas, muchas de las cuales han comenzado a exportar sus productos. No hablo de lo que significaría la industrialización para el aceite y la harina de pescado, que constituye otra fuente de divisas cuyo desarrollo está postergado. La industrialización y comercialización del atún recién comienza a hacerse en nuestro medio.

Por todas estas razones, ligeramente expuestas, creo que es necesario que la Universidad Tecnológica Nacional incluya una escuela de piscicultura y caza marítima. En Mar del Plata existe una escuela que está bajo la jurisdicción de la Facultad de Ciencias Veterinarias de la Universidad Nacional de La Plata. Es una escuela que se desenvuelve con un presupuesto de 200.000 pesos anuales, a cuyo frente se encuentra un esforzado luchador de nuestro medio, el profesor Enrique Orlandini, con ocho profesores más, con los que se imparte la enseñanza especializada.

En el primer año de estudios se dan a conocer conocimientos de nomenclatura marinera, pesca y caza marítima, piscicultura y pesca interior, hidrozoología, hidrología, navegación (primer curso), geografía aplicada; en el segundo año, oceanografía y meteorología, nociones de física y de química, industrias derivadas de la fauna acuática (primer curso), reglamentación marítima y nociones de derecho marítimo, navegación (segundo curso) y contabilidad; y en el tercer año, arte de pesca, motores y máquinas, industrias derivadas de la fauna acuática, legislación y reglamentación pesquera, navegación y maniobras, y economía pesquera.

Entiendo que habría que ampliar estas materias, aunque no lleguemos con ello, desde luego, a la altura de los países más adelantados en esta materia, como el Japón, que tiene universidades de pesca donde los egresados no son solamente técnicos, sino personas capacitadas para formar técnicos. Tanto es así que tuvieron que llegar a nuestras costas barcos tripulados por personas egresadas de esa universidad de Japón para internarse a 300 millas de nuestro litoral y realizar la pesca del atún, que nosotros desconocíamos.

En la medida de mis fuerzas quiero contribuir para que este anhelo que he expuesto se concrete y se formen así los técnicos que la Argen-

tina necesita para la industria pesquera. Tengo para mí la seguridad de que estos técnicos han de tener un provechoso horizonte cuando se coordinen perfectamente los esfuerzos individuales con la acción del Estado. De este modo no serán personas que al terminar sus estudios ingresarán en la burocracia, sino que —si el Estado contribuye con créditos a largo plazo y bajo interés— podrán ejercer una acción directa en lo relativo a su especialidad. Habremos realizado así una obra práctica y de alto rendimiento para nuestro país, pues se contribuirá a la formación, no sólo en nuestra ciudad, sino en todo el litoral atlántico, de fábricas que transformen el producto de la pesca, que podrá distribuirse por todo el país.

Con estas palabras dejo sentada mi inquietud respecto de una fase de la tecnología que tiene para mí singular importancia.

Sr. Presidente (García Flores). — Tiene la palabra el señor diputado por la Capital.

Sr. Breyer. — Señor presidente: ha hecho bien la Honorable Cámara en abarcar, en un único debate, la consideración de los proyectos modificatorios de la Universidad Obrera y de creación del Consejo Nacional de Educación Técnica, porque forman parte integrante de un solo problema, que es el de la educación argentina en el aspecto denominado técnico, pero que —dentro de la materia que tratamos— sería más correcto llamarlo tecnológico, ya que este último término se refiere, concretamente, a lo relacionado con los oficios mecánicos o artes industriales, mientras que el primero, de índole más universal, comprende a los procedimientos de que se sirven todas las artes y las ciencias. Siendo uno solo el problema, entiendo que el planteamiento debe iniciarse desde la base y encarar, ante todo, conceptos y normas generales relativas a dicha disciplina, para llegar a lo particular y orgánico, en cada una de las etapas que debe comprender.

Es necesario, sin embargo, un planteo previo. No hace falta ser pedagogo para atreverse a afirmar que mal se hace en debatir aisladamente una parcialidad dentro del panorama educativo argentino, dejando pasar por alto, en esta circunstancia, que toda nuestra instrucción pública se encuentra en evidente atraso con respecto al desarrollo nacional y que, viceversa, mucho factor negativo que frena este último podría ubicarse de inmediato, señalándolo admonitoriamente, en facetas anacrónicas de nuestra educación común.

Grande y grave es la responsabilidad de gobernantes y educadores en la hora actual en que, dentro de la plena vigencia de las instituciones republicanas, no hay nada que les pueda impedir encarar, con toda libertad, las grandes reformas imprescindibles que adecuen la instrucción primaria, secundaria y superior a la realidad del mundo y a la realidad argentina.

Sistemas, programas, métodos, que en la época de Sarmiento eran aptos y oportunos, resultan anticuados e inapropiados en esta segunda mitad del siglo XX.

Debemos dar por terminada la etapa de la simple alfabetización y la simple acumulación de conocimientos en las mentes infantiles. No se pueden ignorar las profundas modificaciones ambientales que han traído consecuentemente cambios substanciales en el material humano que llega a la escuela. No han pasado, por supuesto, en vano, sin dejar huellas, las últimas guerras mundiales ni el desarrollo de la energía eléctrica, ni la conquista del espacio por el hombre. Asombráronse nuestros abuelos de la luz eléctrica; pasmáronse nuestros padres por los aviones; nos maravillamos nosotros con la radiofonía y nos desconcertamos ante la desintegración del átomo; nuestros hijos se admiraron con la televisión. Ya los hombres de 1960 han perdido su capacidad de asombro, y las noticias sobre los viajes espaciales se destacan apenas de la información cotidiana sobre el valor de las divisas.

Y en este mundo nuevo el entendimiento de los niños también ha evolucionado. Lo que no ha variado en forma fundamental es la atención que se les ha prestado, por lo menos en nuestro país, a su educación y al desenvolvimiento de su personalidad que hace a su futuro desempeño en la lucha por la vida y al papel que deben llenar dentro de la sociedad.

Con estas consideraciones quiero significar y concretar mi pensamiento de que toda modificación, en un aspecto parcial de nuestro problema educacional, sobre todo cuando está encauzada hacia el vértice, sin la previa fortificación de la base sustentadora, implica seguir un camino irracional, ilógico, de falla funcional, que puede perturbar o demorar la plena solución de todo el conjunto de problemas que comprende la instrucción pública argentina. Hoy dejamos, por ejemplo completamente de lado la faz de la instrucción primaria; entramos a considerar la etapa secundaria de la educación, y solamente en su parcialidad tecnológica, olvidándonos de que para iniciarla y penetrar en ella tenemos que previamente haber preparado a nuestros niños, en su primera infancia, en las condiciones óptimas, de poder recibir, captar lo que en este segundo recorrido de su vida, los va a llevar a su madurez, hacerlos más aptos como hombres y como ciudadanos.

Hasta para quienes sus preocupaciones específicas los tienen al margen o alejados de los problemas educativos, no hay secreto alguno en que la instrucción primaria y sobre todo la secundaria adolecen de fallas fundamentales, impropias del tiempo en que vivimos. Estoy plenamente convencido de que en estos momentos nuestros niños y nuestros jóvenes, de todos los estratos sociales, están capacitados para

recoger en las aulas un mayor caudal de conocimientos y de ideas que el que los actuales programas y sistemas les ofrecen. Pero si éstos se encuentran atascados, poco pueden llegar a valer las reformas evolutivas que se pretenda introducir en la cumbre, si el material que a ella asciende no está preparado para el esfuerzo que se aspira a exigirle.

Se ha dicho, por ejemplo, que estamos en retardo con respecto a la sanción de la ley universitaria. Entiendo que el retardo comprende a todos y a cada uno de los tramos de la instrucción y en su orden.

Si nos tocara debatir, así también parcialmente, la legislación sobre nuestras universidades, uno de los primeros tópicos a encarar sería el de la aptitud a requerir de los aspirantes a ingresar en ellas, y el viejo tema sobre la selección o no selección nos llevaría en seguida a juzgar sobre si la escuela secundaria es o no eficiente, es o no culpable de las condiciones, generalmente precarias, en que los jóvenes se presentan a las puertas de las altas casas de estudios. Es indiscutible, repito, que reformas probablemente sustanciales deben concretarse, para conseguir remediar todos los males de que adolece nuestra enseñanza, desde el comienzo hasta la cúspide. Pero si esas reformas no comprendieran el todo, no resultaren el producto y el fiel reflejo de sereno y exhaustivo estudio en base de polémicas, democráticamente abiertas, entre expertos e interesados en la materia, teniendo ante sí la visión completa de todos los aspectos de nuestra enseñanza, correremos el peligro de seguir como tanteando en la oscuridad en busca del verdadero rumbo que deseamos encontrar para emprender el camino de nuestro destino nacional.

Expreso, por lo tanto, que este Parlamento tiene el deber ineludible de encarar en profundidad todo el problema educativo argentino en su conjunto pleno. Por otra parte, esta Honorable Cámara así lo ha entendido, al aprobar en su sesión del 10 de junio pasado la iniciativa del diputado Gutiérrez de crear una comisión especial bicameral encargada de organizar un congreso nacional parlamentario de educación, iniciativa que fuera, asimismo, aprobada por el Honorable Senado en su sesión del 17 del mismo mes. Cabe recordar las primeras palabras con las que el señor diputado por el Chaco fundamentara su proyecto de resolución: «Frente a lo estipulado por el artículo 67, inciso 16 de la Constitución Nacional, a cuyo cumplimiento se refiere precisamente esta iniciativa, y ante las medidas y gestiones realizadas por diversos organismos del Estado, conducentes a establecer reformas de planes de estudio, cabe al Poder Legislativo retomar, en uso de las atribuciones constitucionales enunciadas, la iniciativa y la conducción de la educación popular, para afir-

mar y actualizar principios rectores que atañen a la prosperidad del país, al adelanto y bienestar de todas las provincias, y al progreso de la ilustración, dictando planes de instrucción general y universitaria.»

No está de más repetir dos párrafos de las palabras pronunciadas en la otra Cámara por el senador Dávila al apoyar el proyecto. Dijo así: «Es un hecho notorio el despertar de la conciencia educativa del país. Desde distintos puntos, esferas y sectores se nota una preocupación creciente por cohesionar un plan educativo que ponga al país en el plano cultural y a la altura que corresponde a su enorme desarrollo en otros aspectos. Iniciativas particulares, congresos de profesionales, reuniones de carácter nacional, provincial y regional; medidas del Poder Ejecutivo, decretos, resoluciones, proyectos de ley sancionados por una o ambas Cámaras del Congreso de la Nación, dan la impresión concreta de una preocupación que compartimos todos, sin distinción de colores políticos, para jerarquizar la educación argentina.

»Este interés es loable; es un sentimiento magnífico de vitalidad espiritual de la República, pero ofrece el riesgo de la falta de organicidad de las concreciones a que se llegue. La iniciativa cuya aprobación solicito a mis colegas tiende a remediar y a solucionar ese posible peligro. Es evidente que dando participación a los legisladores nacionales y provinciales en un congreso nacional que procure actualizar, cohesionar y organizar todas las iniciativas tendientes a una vasta reforma educativa del país, se dará organicidad a esta tarea y al mismo tiempo se respetará el sentido federalista que la Constitución manda para la educación de alguno de sus aspectos.»

Esta comisión bicameral ya se ha constituido y no tardará mucho tiempo, seguramente, la convocatoria del mencionado congreso nacional parlamentario de educación. Debemos estar desde ahora convencidos de que sus deliberaciones constituirán el bagaje más positivo con que podrá contar la Comisión de Educación de esta Honorable Cámara para encarar en forma definitiva la legislación de la República espera.

No podemos ignorar en este planteo, que ya es público, que el Consejo Nacional de Educación, en lo que respecta a la enseñanza primaria, como el Ministerio de Educación y Justicia, en lo que atañe a la secundaria, se encuentran en este momento en plena tarea de estudio en la modificación de sus planes y programas de enseñanza, que están siendo consultados los docentes y las entidades gremiales, y que los ya realizados seminarios escolares, como los seminarios regionales citados para dentro de diez días y el seminario nacional anunciado para fines del corriente año, serán fuentes auténticas para el ansiado proceso de transformación, cuyos alcances en

beneficio de la instrucción popular y, por ende, del desarrollo material y cultural de la Nación no pueden ponerse en duda.

Tampoco podemos ignorar el pensamiento del Poder Ejecutivo sobre esta materia, y resulta interesante reproducir en este recinto las palabras del señor subsecretario de Educación, profesor Salonia, quien hace poco expresó: «La multiplicidad de problemas, dificultades y deficiencias puede resumirse en la falta de una política educacional coherente para todos los ciclos y categorías de la enseñanza. El país hasta hoy ha definido aspectos parciales de su política en materia de educación y no ha articulado sistemáticamente, en función de principios rectores, el quehacer completo de la escuela en todos sus niveles, para que la responsabilidad educativa cultural conjugue con los ideales de la nacionalidad y viva acorde con las líneas de desarrollo argentino.

»Nos encontramos con que la legislación es incompleta, ya que rige únicamente en lo que respecta a la enseñanza primaria. Ni el ciclo secundario ni la universidad —estatal y privada— cuentan con una ley equivalente a la 1.420 de educación común, y se ha visto así cómo, aunque la Constitución Nacional manifiesta expresamente que es atribución del Congreso dictar leyes de instrucción general y universitaria, de hecho tal actividad ha sido ejercida por el Poder Ejecutivo a través de decretos. Razón tenía, pues, Sarmiento cuando se lamentaba de la consecuencia de tal aberración diciendo que la política educacional en el nivel secundario había estado siempre atada al cinturón de todos los ministros de Educación, cinturón bastante efímero, agregaríamos nosotros.

»Esta indeterminación de orden legal gravita igualmente en lo que toca a las jurisdicciones en que es impartida la enseñanza. La Nación y las provincias viven absolutamente divorciadas, y aunque hayan traducido parcialmente resultados positivos, nunca coordinaron su acción dentro de un planeamiento racional e integrador que ubicara a todos en el mismo rumbo y economizará energías y medios, atendiendo las necesidades de un progreso armónico y fecundo. A veces, en lugar de una inteligente complementación, Nación y provincias han vivido en ilógica competencia bien marcada; por ejemplo, en materia de creación de institutos culturales y educativos. No es desconocido el hecho de que la Nación crea una escuela industrial en cualquier paraje del país, y la provincia le crea otra en la esquina de enfrente o viceversa, sin desconocer, por otra parte, que en muchos casos la creación no obedece siempre a una necesidad real del ámbito social, económico y cultural de la ciudad o región.

»Esta falta de coordinación se ve muy clara también en las muchas dificultades que suelen

presentarse con respecto a la equiparación o equivalencia de títulos. No se entiende muchas veces por qué motivos un profesor puede explicar el teorema de Pitágoras en Tucumán y no puede hacerlo en la Capital Federal, o por qué el egresado de un instituto porteño puede enseñar en cualquier parte del país, a veces con desconocimiento de la vida regional, con más derecho que el profesor de provincia. Estas deficiencias debieran ser encaradas de inmediato, y el año 1960 puede ser el gran año de la legislación escolar argentina para resolver, entre otros, los siguientes problemas: primero, ley orgánica de la enseñanza media argentina; segundo, ley orgánica de la enseñanza universitaria, integrando en el mismo cuerpo legal los problemas de la universidad estatal y privada; tercero, creación de un consejo federal de educación con carácter de asesor para todos los niveles y todas las especialidades que permitan la coordinación de objetivos y planes de desarrollo de la Nación y provincias; cuarto, creación de una dirección de planeamiento integral de la educación; y quinto, ley nacional de edificación escolar. Y en el campo de la educación tecnológica, el Poder Ejecutivo ya ha dado los primeros pasos del análisis del problema y de sus posibles soluciones. Los decretos 10.591 y 11.224, del 27 de noviembre y 12 de diciembre de 1958, al crear el Consejo Federal de Enseñanza Técnica, dan prueba cabal de ello.»

Dicho nuevo organismo no es solamente fruto de la preocupación del Poder Ejecutivo nacional, sino también de los gobiernos provinciales, a través de la conferencia nacional de ministros de Educación, realizada hace un año, que emitió la siguiente declaración de principios: «Que la formación de técnicos y obreros capacitados debe tener características de educación integral, ya que el objeto de la enseñanza técnica no es solamente brindar la más alta capacitación tecnológica posible, sino crear la conciencia de la función de la técnica como posible instrumento de liberación espiritual, individual y social. La educación técnica debe proporcionar una comprensión global del universo económico, social y cultural, y de las estructuras y dinámismos que lo integran. No puede estar orientada a restringir las posibilidades humanas del obrero y del técnico, reduciéndolos a la condición de instrumentos pasivos para la explotación económica de los recursos naturales, sino que debe despertar y consolidar en ellos la conciencia de su situación dentro de las actuales estructuras económico-sociales, de su derecho a intervenir activamente en la conducción del proceso económico y político, y a participar de un modo creciente en el producto del trabajo común. La educación técnica, por último, debe propender a afianzar y desarrollar la conciencia de la nacionalidad y del destino nacional.»

Las deliberaciones de dicha conferencia, concretadas en diez resoluciones generales y diecisiete resoluciones especiales, dan la base de un temario, reflejo del visible interés de los hombres de gobierno del país entero por encontrar soluciones concretas para el desarrollo de la educación tecnológica.

Es interesante hacer presente que el Consejo Federal, que tiene hoy asiento en la ciudad de Córdoba, bajo la presidencia del doctor Félix Martín, ministro de Gobierno e Instrucción Pública de la provincia de Córdoba, ha recomendado al Poder Ejecutivo nacional que los decretos que le dieran origen se transformen en ley de la Nación, para darle la fuerza necesaria que le permita cumplir plenamente con sus objetivos: el principal de ellos, evitar la superposición del gobierno federal y de los de las provincias dentro de un mismo territorio y, lo que es más grave, sin que haya entre uno y otro la más mínima coordinación de esfuerzos ni se haya unificado una orientación. Ello provoca, además de inversiones inútiles y un exceso de burocracia, una falta de conducción orgánica que el gobierno nacional debe remediar, sin menoscabo de las autonomías provinciales.

Vemos, pues, que está en marcha otro intento en la materia que estamos tratando; y si a ello agregamos la plena vigencia del decreto ley 6.300, del 29 de abril de 1958, que no sólo crea un nuevo ente titulado Consejo Nacional de Enseñanza Secundaria, sino que señala una reforma de toda la organización de la enseñanza secundaria, normal, especial y técnica, nos debemos dar cuenta de que existen profundas divergencias de opinión al respecto, que gravitan para adoptar una actitud serena, fuera de todo apresuramiento, a fin de poder llegar a dictaminar sobre la legislación que más convenga a los intereses de la República.

Dicho decreto ley, que este Parlamento ha convalidado oportunamente por la ley 14.467, reforma profundamente el sistema general de formación profesional industrial, determinando, por ejemplo, la división de las escuelas de la Comisión Nacional de Aprendizaje y Orientación Profesional entre el nuevo consejo creado y el Consejo Nacional de Educación. Ciertamente que el Poder Ejecutivo ha considerado prudente, al no reglamentarla, no poner en marcha dicha disposición legal hasta tanto se profundicen los estudios que determinen su aplicación o un reexamen que lleve a modificarla o derogarla.

Entiendo, pues, que agregar nuevas sanciones legislativas no haría nada más que agregar nuevos factores de perturbación a un problema complejo que, reitero una vez más, sólo podrá ser bien encarado enfrentándose a su conjunto, y no a aspectos parciales del mismo.

Sr. Uzal. — ¿Me permite una interrupción?

Sr. Breyter. — Sí, señor diputado.

Sr. Uzal. — Con ese criterio, como ya expresé anteriormente, habría que dictar una ley única y definitiva para arreglar también definitivamente los problemas de la República. Y mientras no se logre esa ley categórica y completa, no tendríamos que hacer nada, porque todo lo que hagamos sería parcial.

Sr. Breyter. — No me parece muy feliz el ejemplo, pero allá cada uno con sus argumentaciones.

Evidente fuerza de argumentación para colocarse en mi postura es el informe provisional elevado al gobierno argentino por la Oficina Internacional del Trabajo, por medio de su misión de expertos para el estudio de la formación profesional de mano de obra calificada para la industria, que inició sus actividades en el país en octubre de 1956.

En el capítulo denominado «Estudio de la organización del sistema general de formación profesional industrial», hace mención de las iniciativas que sobre la coordinación de los servicios que prestan por un lado la Dirección General de Enseñanza Técnica y por otro lado la Comisión Nacional de Aprendizaje y Orientación Profesional, se han presentado desde hace unos años, algunas coincidentes con los proyectos que estamos tratando. He aquí las consideraciones que sobre el problema constan en el informe de la OIT: «Dada la compleja situación de hecho que resulta de la existencia de dos grandes instituciones de carácter nacional, la Dirección General de Enseñanza Técnica y la Comisión Nacional de Aprendizaje y Orientación Profesional, y de un cierto número de escuelas industriales dependientes de reparticiones provinciales y municipales, sin contar los centros de aprendizaje de las empresas de propiedad pública, y de la falta de un plan ordenado que fije límites a los campos de actividad de esos servicios, salta a la vista la necesidad de adoptar medidas encaminadas a definir una política general en materia de formación profesional industrial y a establecer una coordinación que haga más eficaz el funcionamiento de todos los medios de formación disponibles.»

«Pero si bien una mayor coordinación es necesario y deseable, ¿habrá que aceptar sin más examen que la fórmula de la unificación contenida en los textos examinados sea la única o la mejor? Existen varias razones que inducen a responder que no. Considerando primero a la Comisión Nacional de Aprendizaje y Orientación Profesional, no se puede dejar de observar que la formación profesional industrial es sólo una parte de las funciones que dicha institución tiene que cumplir y, por ende, que en caso de reformarla habrá que determinar en qué medida son afectadas sus otras funciones relacio-

das con las condiciones de trabajo de los menores.

»Además, corresponde prestar atención al hecho de que la comisión es una institución que constituye una innovación en el campo de la formación de la mano de obra industrial, cuyas características principales son muy apropiadas para contribuir a la solución de los problemas que se plantean en un país como la Argentina, donde la mano de obra es relativamente joven y donde se dan las condiciones de una rápida expansión industrial. Esas características —reglamentación del empleo y de las condiciones de trabajo— tienden a asegurar a los menores los beneficios de la formación profesional para los menores que trabajan (aprendizaje) hasta el nivel de obrero calificado; vinculación con los establecimientos industriales; financiamiento mediante una tasa de aprendizaje; autarquía y dirección colegiada con participación del Estado, de los empleadores y de los trabajadores; esas características, decíamos, son tenidas por tan adecuadas para atacar el problema del desarrollo económico y la situación social de la mano de obra juvenil, que varios países que se encuentran en la misma etapa de desarrollo que la Argentina han creado instituciones con similares atribuciones y objetivos.

»Es cierto, como fue admitido en el apartado anterior, que en cierta medida esas virtualidades de la Comisión Nacional de Aprendizaje y Orientación Profesional no se tradujeron en realidades, puesto que subestimando su genio propio, la Comisión Nacional de Aprendizaje y Orientación Profesional descuidó sus objetivos específicos y se dejó ir por la pendiente fácil de reproducir el mismo género de enseñanza que desde hacía muchos años venía dispensando la Dirección General de Enseñanza Técnica. No obstante, antes de suprimir de raíz un organismo un tanto desnaturalizado, lo que significaría una grave pérdida, parece más prudente intentar una solución más económica que consiste en disponer que continúe funcionando, pero en su cante propio, para que así, recuperada su naturaleza original, pueda ser juzgado por sus características intrínsecas. Sólo procediendo a experimentarlo a fondo de esta manera, se podrán llegar a extraer conclusiones valederas.

»Las consideraciones que preceden son abonadas, además, por una consideración de carácter general aplicable a este caso. A menudo se observa que las instituciones públicas de servicios sociales son objeto de reformas repetidas que se suceden, precisamente, porque ninguna satisface plenamente. Varias son las causas que explican este hecho, pero una de ellas reside en el hecho mismo de la repetición de las reformas en lapsos cortos, pues a ninguna de ellas se la deja subsistir el tiempo suficiente para que se la pueda juzgar acertadamente. En el campo social, la experimentación necesita prolongarse durante

años para adquirir todo su sentido. La corta vida de la comisión no autorizaría, pues, a emitir sobre ella un juicio definitiva. Por otra parte, puede suponerse que la Argentina tendría que darse en un futuro más o menos cercano una ley general de formación profesional. La elaboración de esa ley requiere, naturalmente, un trabajo preparatorio minucioso y prolongado. No sería, pues, éste el mejor momento para reformar considerablemente y por poco tiempo los organismos existente. Antes bien, convendría sobremanera estudiar cuidadosamente su organización y funcionamiento para extraer datos y conclusiones de la realidad argentina, que son insustituibles como materia de elaboración de una ley general. A este efecto, incluso el reencauzamiento de la Comisión Nacional de Aprendizaje y Orientación Profesional, tendría consecuencias ventajosas, pues, eliminaría del estudio mencionado errores de apreciación, según se expresó más arriba.»

De entre las recomendaciones sugeridas por el citado informe de la OIT, extracto las siguientes que hacen a este debate: «En cuanto a la organización del sistema general de formación profesional industrial, recomienda: 1º Mantener la suspensión de la aplicación de las disposiciones del decreto ley 6.300/58 relativas a la organización de la formación profesional industrial, hasta tanto se proceda a un estudio profundo y minucioso de las necesidades de mano de obra calificada, los medios de formación existentes y la manera más adecuada de organizarlos sobre bases duraderas, con la participación de todos los círculos interesados, incluidos los empleadores y trabajadores industriales organizados. 2º Estudiar cuáles serían las medidas más adecuadas para coordinar las actividades desarrolladas actualmente por la Dirección General de Enseñanza Técnica y por la Comisión Nacional de Aprendizaje y Orientación Profesional. 3º Examinar la fórmula transitoria de coordinación sugerida en la parte primera del informe, que consiste en constituir una comisión mixta permanente «enseñanza técnica-aprendizaje», cuya labor serviría para preparar la convocatoria de una o más conferencias técnicas donde serían debatidos, con la participación de todos los sectores interesados, los problemas de la organización del sistema general de formación profesional industrial.

Y más adelante agrega: «7º Estudiar la conveniencia de tender a organizar únicamente medios de formación profesional hasta el nivel del obrero calificado o especializado, mediante los sistemas de aprendizaje de menores o de formación acelerada de adultos, dejando a la Dirección General de Enseñanza Técnica todo lo que se relaciona con la formación del técnico.»

Sr. Blanco. — ¿Me permite una interrupción, señor diputado, con la anuencia de la Presidencia?

Sr. Breyter. — Sí, señor diputado.

Sr. Presidente (García Flores). — Tiene la palabra el señor diputado por Buenos Aires.

Sr. Blanco. — La actual estructura de la enseñanza técnica, dividida en la Dirección General de Enseñanza Técnica y la Comisión Nacional de Aprendizaje y Orientación Profesional, es profundamente perniciosa para su auténtico desarrollo y unificación.

En la sesión del viernes pasado me he referido a los antecedentes doctrinarios y a los estudios de distintos especialistas recordando especialmente la opinión de ingeniero Davie y del profesor Alpern. Las estadísticas revelan que esto no puede seguir, porque son dos organismos que están en una competencia que me atrevo a calificar de ruinosa. Tengo a mi vista una estadística que no sé por qué misterioso poder ha obtenido el señor diputado Domingorena. No he tenido igual suerte en todos los pedidos de estadística que he formulado en el Ministerio de Educación y creo que aun otros diputados oficialistas se han encontrado en la misma situación. En su libro sobre el artículo 28, el señor diputado Domingorena incluye una estadística relacionada con los aspectos generales de la enseñanza media y, en particular, de la enseñanza técnica. Me voy a permitir leerla, porque son los datos más recientes conocidos en el país, ya que los anteriores debemos leerlos en inglés en el anuario mundial de la UNESCO. Según esta estadística, la Dirección General de Enseñanza Técnica tiene en total 339 escuelas, con 55.444 alumnos. Integran esa dirección las escuelas industriales de la Nación, las escuelas industriales regionales mixtas de la Nación, las escuelas nacionales profesionales de mujeres, las misiones monotécnicas y de extensión cultural, las misiones de cultura rural y doméstica, los institutos adscritos a escuelas industriales y los institutos adscritos a escuelas profesionales.

Sr. Uzal. — Y los cursos nocturnos de perfeccionamiento.

Sr. Blanco. — Según la misma estadística, la Comisión Nacional de Aprendizaje y Orientación Profesional comprende las escuelas fábricas de la Nación, las escuelas de capacitación obrera de la Nación, las escuelas de capacitación profesional de mujeres de la Nación, los institutos del ciclo técnico de la Nación y las escuelas privadas de fábricas. Entre ellas está una de Catita y otra de Siam, lo que suma un total de 136 escuelas, con 30.917 alumnos.

Sr. Uzal. — En mis datos debe figurar algún otro instituto porque tengo 137 escuelas.

Sr. Blanco. — Me he manejado con las estadísticas que he podido obtener del libro del diputado Domingorena. Considero importante que dichas cifras figuren en el Diario de Sesiones, porque no hay ningún organismo oficial que las publique. Estos datos son del año 1957, por lo que son relativamente recientes y consi-

dero de mucho valor su mención en este debate. Pero insisto en que todos los autores nacionales afirman que esta labor de la enseñanza técnica, dividida en dos organismos, que no se complementan sino que compiten, es ruinosa para la estructura y el mejor funcionamiento de la enseñanza.

Sr. Uzal. — Y además son conexos y paralelos.

Sr. Presidente (García Flores). — Continúa en el uso de la palabra el señor diputado por la Capital.

Sr. Breyter. — Yo poseo toda clase de estadísticas, que me fue fácil obtener recurriendo a la única fuente donde debe dirigirse no sólo un diputado, sino cualquier ciudadano: el Ministerio de Educación. No he creído prudente alargar mi exposición dando cifras, pero de acuerdo con las palabras del señor diputado Blanco, entiendo que sería oportuno insertar en el Diario de Sesiones todas las estadísticas referentes al número de establecimientos, personal docente, alumnos que poseen, distribuido en cada una de las jurisdicciones y en todo el territorio del país, tanto el Ministerio de Educación como la Dirección de Enseñanza Técnica. En ese sentido solicito la inserción de dichas estadísticas que constituyen un material útil para quien desee estudiar el problema de la enseñanza media.

Sr. Uzal. — Puedo dar las cifras, porque las tengo sobre mi banca; inclusive los presupuestos.

Sr. Blanco. — Creo que es fundamental divulgarlas, porque no hay ninguna legislación orgánica. El último libro, que se acaba de publicar, es el del profesor Torrasa, quien ha tenido grandes dificultades para actualizarlas. Por eso considero útil insertar la documentación que el señor diputado tiene en su poder, con mayor suerte que yo.

Sr. Breyter. — Posiblemente el señor diputado no la haya pedido.

Sr. Blanco. — La he pedido por teléfono, por intermedio de la comisión y personalmente.

Sr. Breyter. — Ya he hecho mención de la observación formulada por el señor diputado Blanco, pero para profundizar más el tema, vuelvo a un párrafo de este informe producido por los expertos de la Organización Internacional del Trabajo.

Acerca de la coincidencia de realizaciones entre la Dirección de Enseñanza Técnica y la Comisión de Aprendizaje, dicho informe expresa lo siguiente: «Esta especie de desnaturalización de la Comisión Nacional de Aprendizaje y Orientación Profesional puede quizás explicar un hecho que llama la atención. En los proyectos de reforma se considera explícita o implícitamente que la Comisión Nacional de Aprendizaje y Orientación Profesional y la Dirección General de Enseñanza Técnica son re-

particiones con similares objetivos y campos de acción prácticamente coincidentes. Sin embargo, dejando de lado la discusión de si debe prevalecer el texto o la realización entendemos que a los fines del planeamiento dicha asimilación es errónea, pues para enfocar correctamente el problema de la formación profesional, importa distinguir por lo menos dos niveles de calificación: obrero y técnico, y dos situaciones sociales: la del individuo que trabaja y la del individuo que no trabaja.»

Quiere decir que se reconoce que en la realidad la Comisión de Aprendizaje invadió la jurisdicción de la Dirección de Enseñanza Técnica e hizo realizaciones que no debía haber hecho, de acuerdo con los verdaderos objetivos y móviles que determinaron su creación.

Sr. Blanco. — Porque no era un organismo de tipo educativo, sino laboral, pues tenía funciones de policía del trabajo de menores, la bolsa de trabajo para menores, la libreta de menores, etcétera.

Sr. Breyter. — Así es, señor diputado. Pero eliminándola, hay que cuidar que no queden en la nada los verdaderos objetivos de la comisión.

Sr. Uzal. — Esa es una función del Consejo a crearse.

Sr. Breyter. — El proyecto de ley no dice nada al respecto.

Sr. Uzal. — Está implícito.

Sr. Breyter. — Pero no tiene facultades para ello.

Sr. Uzal. — ¿Cómo no tiene facultades?

Sr. Breyter. — Un organismo que se va a ocupar explícita y concretamente de la educación técnica, no tiene que velar por el trabajo de los menores, función que no le compete.

Sr. Blanco. — Es una función de policía del trabajo.

Sr. Breyter. — Eso, precisamente, es lo que va a quedar completamente al desnudo.

Continuando, señor presidente, podría agregar, como valioso antecedente para el punto de vista que estoy sustentando, la recomendación N° 49 a los Estados miembros redactada por la UNESCO en su XXII Conferencia Internacional de Instrucción Pública reunida en Ginebra el 6 de julio último, concerniente a los métodos destinados a facilitar el reclutamiento y formación de cuadros técnicos y científicos. Se integra con sugerencias y estudios de las necesidades y elaboración de los planes, medidas de orden administrativo, medidas de orden financiero, medidas de orden pedagógico, de ayuda social y cooperación internacional.

Valiosísimo es el material de la UNESCO, producto de la conferencia de expertos sobre sistemas de enseñanza y la técnica moderna, realizada en 1950. No hago más que citarlo para no prolongar mi exposición, pero afirmo

que constituye en estas circunstancias fundamento contundente para opinar que —y lo seguiré repitiendo— este Parlamento no hará contribución positiva agregando sanciones deshilvanadas que no podrán, con toda la mejor intención y voluntad, colocar la enseñanza tecnológica, y junto con ella toda la enseñanza, en el plano evolutivo y progresista que deseamos.

Por estos fundamentos, que son sólo parte de los que podría haber traído a este debate, juzgo que los proyectos en consideración deben volver a comisión para que, agregados a todos los antecedentes expuestos, a otras iniciativas que están en carpeta, lo que resulte del Congreso Nacional Parlamentario de Educación, a las conclusiones de los seminarios de educación organizados por el ministerio, y en suma, todo lo que nos conduzca al gran debate público que sobre el tema ya se ha iniciado, traiga oportunamente a esta Honorable Cámara el cuerpo de leyes necesario para cumplir con lo que la Nación reclama en ese sentido, que no es otra cosa que colocar la instrucción al servicio del pueblo como instrumento fundamental de su liberación y de su marcha hacia un destino siempre mejor. (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*)

Sr. Presidente (García Flores). — Tiene la palabra el señor diputado por la Capital.

Sr. Junín. — Señor presidente: no puedo resistir a la tentación de participar en este debate, aunque más no sea, en forma breve, casi como una simple fundamentación personal de mi voto favorable al despacho de la Comisión de Educación. Quiero hacerlo enfocando el significado de esta Universidad Tecnológica Nacional, dentro del proceso económico que vive el país.

Me interesa este enfoque como miembro de la Comisión de Industria y como hombre convencido de que no había posibilidad alguna de realizar el país que todos soñamos sin el aporte técnico y científico de nuestras universidades y casas de estudios superiores. Vincular esas universidades a la realidad actual del país, crear nuevas instituciones especializadas, en fin, poner el máximo empeño para la movilización de toda nuestra energía, es tarea que honra a cualquier Parlamento. Pero es imostergable en este Parlamento, en el Parlamento de hoy que tiene contraído un compromiso definitivo con el desarrollo nacional, sin cuya conquista quedaría sin justificativo histórico toda su gestión.

Y ese desarrollo no podrá conquistarse jamás, señor presidente, sin el aporte insustituible de la técnica moderna. En estos dieciocho meses de gobierno constitucional hemos conseguido romper el bloqueo de la desconfianza internacional, y los capitales extranjeros comienzan a sumarse al gran esfuerzo del resurgimiento argentino. El país se está reequipando. En estos

dieciocho meses de gobierno constitucional hemos abatido mitos en la ruptura de la estructura económica deficitaria, que nos hacía dependientes de los combustibles extranjeros. En estos dieciocho meses hemos abierto nuevas rutas económicas y financieras y ya comienzan a advertirse signos promisorios de que la crisis que hemos heredado está siendo vencida. En estos dieciocho meses, saturados de urgencias y de situaciones penosas, hemos conseguido salir de una economía ficticia a una economía de verdad, aunque en muchos casos sea de verdad dolorosa. En estos dieciocho meses creamos la conciencia de que la Argentina debe reencounterse a sí misma en la expansión de su economía, constreñida por un cúmulo de intereses creados. En fin, señor presidente, en estos dieciocho meses vamos por el camino que los hechos nos imponían, sin titubear un minuto en consideraciones de popularidad política, convencidos de que la victoria final sería nuestra explicación ante propios y extraños.

Y bien; yo digo esta tarde, al dar mi voto favorable a la creación de la Universidad Tecnológica Nacional, que todo nuestro esfuerzo no tendría sentido si no lo nacionalizamos rápidamente, dotando al hombre argentino de todos los instrumentos necesarios para ser el protagonista y el destinatario final de este proceso. Y ningún instrumento será tan vital para el hombre argentino como el aprendizaje científico y técnico que la ciencia económica moderna ha revelado al mundo, rompiendo todos los esquemas y todas las predicciones para la conquista de un bienestar cada vez mayor.

Porque ésta es la hora, señor presidente, en que se están haciendo añicos las teorías que apasionaron y movilizaron a los pueblos hace apenas dos décadas. Esta es la hora en que se está haciendo añicos el maltusianismo que como un fantasma de hambre gravitó sobre las generaciones pasadas. La técnica moderna permite asegurar ya que el hombre apenas ha abordado menos del uno por ciento de las posibilidades que en relación a alimentos y materias primas le asegura la naturaleza. Lo mismo ocurre en relación a la energía.

Pero ésta es también la hora en que se hace añicos la predicción marxista sobre la crisis final del capitalismo como instancia última de las sucesivas crisis cíclicas, pues la técnica abre día a día nuevos mercados y crea nuevas necesidades que van ensanchando las funciones del capital creador a límites insospechables e insospechados.

En fin, señor presidente, sería casi redundante y absurdo abundar en consideraciones sobre este mundo nuevo, que han inaugurado la ciencia y la técnica moderna, cuando un mundo humano ha llegado hasta la luna y satélites artificiales ro-

dean a la tierra, como enrulándola en los albores de una época que hace apenas diez años atrás, ninguna imaginación se hubiese atrevido a concebir.

Y si hace tan sólo veinte años atrás las grandes potencias se jactaban por el número de bayonetas que podían movilizar, si hace apenas veinte años el poderío se contaba en tantas y tantas divisiones motorizadas, hoy vemos a Rusia y a los Estados Unidos empeñados en una lucha por producir más ingenieros y más técnicos. Es que ambos colosos se han convencido de que el secreto de la victoria está ahí. Por eso, en abril de 1956, en Estados Unidos, fue creado un comité especial dependiente de la Presidencia de la República, con la misión de estudiar todo lo relativo a la formación de científicos, técnicos e ingenieros.

Tengo aquí, sobre mi banca, extractos de una carta dirigida por el presidente de dicho comité, doctor Bevis, rector de la Universidad de Ohio, al presidente Eisenhower. Me parece oportuno leer algunos fragmentos, sobre todo considerando que esta carta fue enviada un año antes de que los soviéticos lanzaran sus satélites.

Decía el doctor Bevis: «Rusia ha hecho un progreso extraordinario. En la década del 30, Rusia importaba ingenieros y maquinaria de los Estados Unidos para trabajos tan sencillos como la construcción de diques. Hoy en día, la Unión Soviética tiene más científicos, ingenieros y técnicos que Estados Unidos y anualmente está graduando más del doble que nosotros. Los observadores norteamericanos informan que, en ciertos terrenos, el trabajo científico ruso es comparable en calidad con lo que se hace aquí. Por cierto que el personal y el esfuerzo dedicados a la investigación y a la educación de los futuros hombres de ciencia superan a los nuestros. El grado del progreso de los rusos en la mayoría de las actividades científicas es tan rápido que, a menos que extendamos y reforzemos nuestros esfuerzos, quedan pocas dudas acerca de la superioridad soviética en un plazo de cinco a diez años».

El informe consignaba también que «la Unión Soviética se está concentrando en la producción de científicos, ingenieros y técnicos altamente capacitados, con una firmeza de propósitos igualada en país alguno. Los rusos inducen a gran cantidad de estudiantes a ingresar en establecimientos de enseñanza de ingeniería y de ciencias. Su enseñanza es sólida y moderna. Las condiciones de vida favorables y la situación de que disfrutaban los graduados técnicos contribuyen en mucho a estimular aquellos esfuerzos. Los científicos y técnicos rusos son en alto grado competentes y productivos. Constituyen un desafío que no podemos desconocer».

Aparte de este hecho, el informe establecía que la revolución científica actualmente en

curso significaba que Estados Unidos «necesitaría muchos más científicos e ingenieros altamente especializados que los que jamás hubiéramos creído necesarios en anterioridad». Por lo tanto, el comité proponía crear grupos de acción local para fomentar la cooperación entre las escuelas, las organizaciones cívicas, las industrias y los sindicatos profesionales, a efectos del mejoramiento de los niveles educacionales. Los principales objetivos de este programa serían el mejoramiento de la calidad de la enseñanza de las ciencias y de las matemáticas, animar a la juventud a continuar su educación y convencer a gran parte de ellos a elegir sus carreras en las ciencias o en la ingeniería.

—Ocupa la Presidencia el señor presidente de la Comisión de Educación, don Francisco H. Uzal.

Sr. Junín. — Cuando leo y releo este informe, señor presidente, en el cual al tiempo que se habla de científicos, de ingenieros altamente especializados, se propone también como punto fundamental una acción en las organizaciones sindicales y profesionales, pienso que la alternativa entre ingenieros y técnicos que aquí se quiere hacer no existe. Es una interpretación equivocada, para una larga e inútil discusión, pues ambos son necesarios para el país. No hay oposición entre ciencia y técnica. No hay exclusión. No hay enfrentamiento ni hay competencia. Así lo entienden los grandes países y así lo debemos entender nosotros.

Surge claramente del informe a que he hecho referencia, y surge también de las estadísticas que publican los rusos, cuando informan que anualmente están graduándose en sus universidades más de ochenta mil ingenieros y más de dos millones de técnicos, especializados en diferentes industrias y en la agricultura.

Señor presidente: me he extendido mucho más de lo que había previsto. Pienso que el hombre argentino, con experiencia industrial brevísima, ha demostrado capacidad para manejar las máquinas con la sabiduría y la eficiencia de hombres pertenecientes a pueblos veteranos en la explotación industrial. Siento orgullo cuando pienso que la mayoría de nuestros obreros especializados de hoy fueron peones ayer nomás; peones que conocían apenas los rudimentos de una explotación agropecuaria ultrarrudimentaria, y que del día a la noche aprendieron el manejo de la máquina con la misma maestría con que hace menos de quince años domaban un potro. En esa aptitud del hombre argentino para aprender, y para enfrentar y resolver problemas en esa aptitud, que es inteligencia y no intuición, como muchas veces se ha querido decir, yo deposito mi mayor confianza en el futuro de nuestro país.

Voto, pues, con todo entusiasmo la creación de la Universidad Tecnológica Nacional. Espero

que ella cumpla su misión rectora en la formación de técnicos para la Argentina desarrollada. Este voto mío aspira a ser al mismo tiempo un acto de fe: que los obreros capacitados de hoy no vuelvan a ser los peones de ayer, y que la técnica argentina no solamente se refleje en nuestro ascenso industrial, sino también en una nueva concepción para la explotación agropecuaria, que nos permita crecer como Nación, sin necesidad de restringir el consumo interno, ni de disminuir nuestros saldos exportables. (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*)

Sr. Presidente (Uzal). — Tiene la palabra el señor diputado por Córdoba.

Sr. García Flores. — Señor presidente: no fue mi propósito intervenir en este debate; pero he de hacerlo aunque brevemente, porque siento una auténtica necesidad de agregar algunas palabras a los conceptos vertidos en el recinto. Por consiguiente, no haré un estudio relacionado con los aspectos técnico o pedagógico y menos con el filosófico, puesto que han sido temas acordados con suficiencia por oradores que me han precedido en el uso de la palabra.

En el debate se han escuchado diversas opiniones en torno al proyecto de ley que discutimos. Si bien es cierto que en su gran mayoría hay coincidencias en cuanto a la necesidad de sancionar la ley, no la hay en algunos aspectos, como el técnico, el funcional y el pedagógico.

Manifesté que no iba a formular consideraciones de ese tipo, porque las mismas ya habían sido expuestas, ilustrando suficientemente a la Honorable Cámara; pero hay una expresión de la señorita diputada Baigorria que me ha llamado la atención. Me refiero a aquella que, citando a Sarmiento, dijo: «Como dijera en su oportunidad el gran maestro, las cosas hay que hacerlas, aunque mal; pero hay que hacerlas».

Sra. Baigorria. — ¿Me permite una aclaración el señor diputado por Córdoba?

Sr. García Flores. — Sí, señorita diputada.

Sra. Baigorria. — No he sido yo quien hizo esa manifestación, sino el señor diputado Uzal. Recordé a Sarmiento, pero en otros aspectos.

Sr. García Flores. — Agradezco la interrupción generosa de la señorita diputada.

Sra. Baigorria. — Estoy dispuesta a aceptar que las cosas se hagan, aunque mal; pero menos en el terreno educativo.

Sr. García Flores. — En efecto, señor presidente, la expresión a que yo aludí fue del señor diputado por la Capital en una interrupción que hiciera a la señorita diputada.

De cualquier manera, lo importante es que esta frase sea, posiblemente, la que respalde la sanción que dé esta Cámara. Nosotros tenemos que dictar esta ley porque la reclaman el país, nuestra juventud y nuestra nacionalidad toda.

Pienso, como algunos de los oradores que me han precedido en el uso de la palabra, que en materia universitaria tenemos mucho que hacer

todavía. Alguna vez dije —y lo dije en un país extranjero, en una conferencia internacional de universitarios—, que ya es tiempo de que nuestra universidad se asome un poco de sus claustros hacia la calle, para ver qué piensa ésta, cómo siente, y que abra sus puertas de par en par para posibilitar el acceso a sus aulas a todos los hombres y mujeres del mundo. La universidad tiene que dejar de ser la casa de los menos para pasar a ser, si no la casa de los más, por lo menos la casa que ofrezca posibilidades a todos.

De allí que me preocupe un poco esta distinción de la Universidad Tecnológica, organizada un poco aparte de la universidad general.

Pienso, con toda honestidad, si no sería mejor que dentro de la universidad estuvieran todas las facultades o escuelas necesarias, para hacer de la misma un ente integral, en el que cupieran todas las ciencias, todas las artes, todos los oficios.

Advierto que el propósito del autor de este proyecto de ley es hacer de la Universidad Tecnológica una cosa orgánica, específica. Quizá él haya estado inspirado en la justicia, quizá por la preocupación de una educación más especializada. Pero eso me hace pensar que con otra organización quizá pudiéramos llegar a la misma solución y a cumplir esa lógica aspiración, que la es de todos los hombres democráticos, entre los cuales se encuentra el diputado que habla.

Si es cierto que la universidad tiene que cumplir una función científica, además de una función educativa y de una social, ¿qué mejor que amalgamar esas tres funciones en una sola institución madre que tienda sus brazos para abrazar, como dijera hace un instante, a todas las especialidades y todas las escuelas que puedan ir a su regazo?

Estamos frente a una inquietud, a una iniciativa a la que debemos prestarle todo nuestro apoyo. La ley que habrá de sancionar la Honorable Cámara esta tarde abrirá un nuevo horizonte y posibilidades para los estudiosos, para hombres y mujeres, para muchachos y muchachitas, que ven en la universidad una cosa distinta, una cosa en un estrado un poco más elevado, una cosa un poco desvinculada del sentir popular. En este país hemos vivido el defecto de los doctores y hemos estado, a veces, subestimándonos nosotros mismos, colocando al doctor en un plano superior al del hombre de la calle, olvidándose éste, y quizá olvidándonos nosotros los doctores de que en esta democracia todos somos iguales, todos tenemos inspiraciones y los mismos sentimientos; todos tenemos los mismos derechos, y si un azar de la suerte ha permitido a algunos su acceso a la universidad, eso no significa decir que podamos ser más o menos que los que no llegaron a ella.

Lo fundamental es que aquí hablemos de una concepción universitaria, que tengamos todos conciencia de que la universidad tiene que dejar de ser eso que ha sido hasta hace poco tiempo para muchos: la casa de los menos. La universidad es una institución nuestra que pertenece a todos, que sin excepción tienen el mismo derecho de llegar a ella, a golpear sus puertas cuantas veces sea necesario para que nuestro afán de aprender y de enseñar se haga accesible a todos por igual.

Por eso es que yo adhiero con mi voto a esta iniciativa, aunque no coincida en algunos de sus aspectos y más que todo en la estructuración de la ley.

Creo en cuanto hace al Consejo Nacional de Enseñanza Técnica, que hay algunos puntos de vista que deben ser motivo de un estudio especial en la discusión en particular. En esa oportunidad, haré las objeciones que considere necesarias, pero no podemos postergar más esta iniciativa que la reclama la calle, que la reclama nuestra juventud, y nosotros, hombres sensibles legisladores que venimos del pueblo, de abajo. Seríamos insensibles si por un prurito de crítica a la redacción en sí del proyecto o a la estructuración que tiene el mismo dejáramos de votar esta iniciativa. Procuremos, sí —esta es una amable exhortación— mejorar su texto en la discusión en particular, pero mientras tanto empecemos por algo; por dar a nuestra juventud esta organización de universidad tecnológica que espera. Y tengamos confianza en el futuro, tengamos esperanza y confiemos en la sensibilidad y en la capacidad de los cuerpos técnicos que han de tener la responsabilidad de su conducción.

Tengamos confianza en nuestra juventud, en los que han de ser sus alumnos y su personal docente, y así, todos juntos, organismos administrativos, alumnos, personal docente y nosotros desde afuera, lucharemos por esto que ha de ser una cosa común, porque en Argentina se abra una puerta más a la capacitación de sus jóvenes, que muchos los necesitan. (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*)

Sr. Presidente (Uzal). — Tiene la palabra el señor diputado por Buenos Aires.

Sr. Pozzio. — Algunas expresiones del señor diputado Breyter oponiéndose a este proyecto de ley obligan a que yo haga uso de la palabra para justificar mi voto favorable al mismo.

Es bien que aclaremos nuestra posición, porque con el propósito de buscar la perfección siempre se va dejando de hacer algo que es útil a la sociedad.

Si nosotros aceptábamos el temperamento propuesto por el señor diputado Breyter para buscar la perfección de la ley, no realizaríamos un acto útil a la sociedad, cual es la sanción

del despacho que consideramos. Y viene a mi recuerdo un aspecto histórico en estas cuestiones universitarias. Cuando en el año 1885 Avellaneda presentó su proyecto de ley en el Senado de la Nación, que en definitiva se convirtió en la ley 1.597, que lleva su nombre, estructuró los principios esenciales a los cuales deben ajustarse las universidades, es decir, no entró al detalle ni a la perfección. Había urgencia en la sanción, y Avellaneda bregó denodadamente para obtener esa ley, que significa todo lo que es la universidad argentina.

No voy a hacer el análisis de sus virtudes y defectos, porque no corresponde en este debate, que prácticamente está agotado; pero debo advertir que Avellaneda contaba en su favor para decir que el óptimo status debía buscarse en el futuro, con un proyecto de ley que él había enviado al Congreso cuando era presidente, en el que reglaba la actividad universitaria en más de cien artículos. Pero vió que en ese momento ese proyecto no podía ser y que había que ir a lo concreto. Eso es lo que tenemos que hacer hoy nosotros.

Cuando algunos de los interesados en este proyecto de ley me entrevistaron, anticipé mi opinión favorable porque entendía que no había ningún motivo que se opusiera a su sanción. Ese fue el temperamento de nuestro bloque, cuya opinión ha sido dada por el señor diputado Blanco con toda claridad, sin que admita dudas nuestra posición.

En aquella oportunidad dijimos que no había ningún elemento de juicio que se opusiera a la sanción de la ley, que debíamos tener en cuenta el hecho social concreto que teníamos delante, como expresó el señor diputado García Flores. Nosotros, como legisladores, debemos tener en cuenta siempre aquella clásica definición de Hobbes: el legislador es aquél en virtud del cual la ley sigue siendo. Es decir, la ley está en la sociedad y nosotros debemos tomar el hecho concreto y darle forma a través de una sanción legal.

Eso es lo que vamos a hacer hoy. El hecho de la universidad tecnológica en nuestro país está en la sociedad desde hace mucho tiempo y hay que darle forma, aunque padezca de defectos, que evidentemente los tiene la ley. La perfección vendrá después, con el tiempo, buscando la mejor conveniencia para aquellos que son sus destinatarios.

Por eso, cuando el señor diputado Blanco trajo el problema de la urgencia de la sanción a nuestro bloque, formulé tres preguntas originadas por mi inquietud respecto a los motivos de su no sanción hasta ese momento. En primer lugar, cuáles habían sido las razones dadas por los señores rectores de las universidades para observar este proyecto de ley. Se advirtió que la única objeción era que esta institución debía

formar parte integrante de la universidad, razón que para mí no era atendible, porque entendía que había de por medio una cuestión eminentemente técnica.

Además, pregunté cuál era su vinculación con las universidades privadas. Ninguna; no había problemas de existencia de una universidad privada.

En tercer lugar, pregunté sobre el motivo de la simultaneidad de los dos proyectos de ley que se referían a un mismo asunto. Se aclaró entonces que la creación de este consejo técnico se debía a que la sanción del Senado no lo había contemplado, y era necesario que se incluyera como complemento para el mejor desarrollo de esta institución.

Todas esas razones han sido más que suficientes para sostener mi criterio en el sentido de dar mi voto afirmativo. No he escuchado hoy razones de peso para oponerme a esta sanción, sino sólo generalidades.

Entiendo que debemos ir a los hechos concretos, que tenemos la obligación de observar si en el estado social actual se dan las condiciones necesarias que generen la existencia de esta Universidad Tecnológica Nacional. Y afirmo categóricamente que ellas existen y, en consecuencia, sostengo la bondad de este proyecto de ley.

Comprendo que el tema se presta a dilaciones, incluso a conversaciones de todo tipo y, por qué no decirlo, a la divagación. Pero vayamos a lo real. Vivamos un poco en el suelo y dejemos para otra oportunidad el cielo. En este debate se mencionaron las dos líneas de pensamiento, la de Platón, con su «República» ideal, que no concreta nada, y la de Aristóteles, que en su «Política» ciñe su pensamiento a la realidad. Nosotros vamos a seguir este último sistema y vamos a dejar lo ideal para el futuro, con el perfeccionamiento que se puede exigir.

Entiendo que se confunde y se equivoca el problema. Se nos habla mucho de técnica, de cultura, de conocimientos. No es el caso de entrar a hacer disquisiciones al respecto, hablar si existe un conocimiento de tal tipo o de tal otro, si la universidad debe ser de tal o cual manera. Estamos ante un hecho social que debemos estructurar.

Viene también al caso la referencia de un viejo debate sobre cuestiones universitarias, que se registró en la universidad de mi ciudad, La Plata, cuando hace muchos años, a través de un problema de arancel se planteó la cuestión de la concepción de la universidad y en el cual, en una disertación del viejo maestro Alfredo Palacios, se habló de la democratización de la enseñanza. Se dijo en esa ocasión con toda claridad cuáles eran los distintos tipos de universidades que habían existido en el mundo: la católica, la técnica, la cultural, para llegar a

la universidad de tipo integral, coincidiendo totalmente con el pensamiento del filósofo argentino, Carlos Cossio. Lógicamente, ahí está el planteo exacto y real.

Y yo me hago esta pregunta: ¿para llegar a esta conclusión, es necesario que entremos en el plano de la divagación, acerca de si existe un conocimiento vulgar o un conocimiento científico, un conocimiento filosófico, un conocimiento místico, para buscar cada uno la estructura que más convenga a su pensamiento o a su manera de pensar?

Dentro de este proyecto de ley, en su estructuración —equivocada en muchos aspectos— se dan todos esos planteos de la universidad integral tecnológica, específicamente para sus fines, pero sin incluir aquellos otros que atañen a la humanidad y a la cultura, según se establece en el artículo 2º, en sus distintos incisos, y además, se impone la obligatoriedad de su vinculación con los otros aspectos de las universidades existentes en el país.

¿Puede pedirse mayor amplitud de miras, mayor deseo de que esto sea no estricta y específicamente una universidad tecnológica, desconectada de lo humano, cultural y científico? En absoluto.

Para terminar, diré que este proyecto de ley adolece de una serie de deficiencias, porque aquí se habla de autarquía y por momentos pareciera que en su estructuración fuera una universidad autónoma; pero lo cierto es que los fines fundamentales de la ley, que están en el artículo 2º, se han de cumplir. Tengo fe y confianza en su cuerpo directivo, sus profesores y alumnos, para que esta universidad sea lo que tiene que ser. Ese es el concepto que está en la calle y a que se ha referido el señor diputado García Flores, y que ha de cumplirse en beneficio del país. Que en buena hora podamos tener en nuestro país muchas universidades y colegios para que en este país pueda ser cierta de una vez por todas aquella sentencia de Sarmiento de que hay que educar al soberano. (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*)

Sr. Presidente (Uzal). — Tiene la palabra el señor diputado por la Capital.

Sr. Bernasconi. — Seré brevísimo, porque no era mi propósito intervenir en el debate, sino, simplemente, señalar algunas lagunas en las disertaciones de los distintos oradores que me precedieron en el uso de la palabra o en algunas contestaciones.

No necesito decir que voy a votar con todo entusiasmo este proyecto de creación de la universidad tecnológica, pero me voy a remitir un poco —no sé si algún señor diputado lo ha hecho en ocasión anterior, no estando yo presente en el recinto— a cierta pequeña historia de nuestros colegios industriales y tecnológicos. Ella comienza en 1871, con la incorporación del Departamento de Minería a los colegios nacionales de San Juan y Catamarca, du-

rante la presidencia de Sarmiento. Posteriormente, el Departamento de Minería de San Juan fue asiento de la Escuela de Ingenieros y Minas, cuyo éxito fue malogrado durante muchos años sin justificativo alguno.

En la Capital Federal se inicia, allá por el año 1876, fundada por los salesianos, la primera escuela de artes y oficios. En realidad, eran dos escuelas, una en la Capital y otra en el pueblo de San Martín.

Sr. Pozzio. — ¿Me permite el señor diputado?

Sr. Bernasconi. — Sí, señor diputado.

Sr. Pozzio. — Tengo sobre mi banca la ley 951 de la provincia de Buenos Aires, sancionada en el año 1875. Por esa ley se autorizaba al Poder Ejecutivo para establecer una escuela teóricopráctica de oficios, artes y manufacturas; y en su articulado se hace referencia a todas las materias que deben ser objeto de una enseñanza industrial, como forma de contribuir al adelanto y saber de la humanidad.

Quiere decir que la provincia de Buenos Aires, en 1875, contaba con una ley vinculada con esta materia. Pero todo eso, si bien configura un desarrollo de tipo integral de la enseñanza y de la cultura, está un poco al margen de la discusión de este proyecto de ley, que se cñe pura y exclusivamente a un aspecto, que es el aspecto superior de la enseñanza.

Sr. Bernasconi. — Efectivamente, señor diputado. Pero yo quería hacer esta pequeña reseña porque demuestra la gran preocupación de organizar lo que se ha llamado en la antigüedad los conocimientos del manejo de las herramientas, que luego con el progreso fue la «técnica».

Los técnicos surgen primero en forma global, porque un hombre no puede dedicarse a un oficio y manejar la técnica de los distintos oficios que concurren para realizar una obra. Poco a poco se ensanchan los conocimientos, y el obrero, que conoce su herramienta, deja de ser técnico, porque no puede dedicarse a obtener todos los conocimientos que necesita si debe trabajar para su sustento.

De allí en adelante aparece el técnico perfilándose con cierto relieve. Quiero citar aquí los nombres de los doctores Bermejo y Magnasco, que son quienes dieron efectividad a la ley que ha mencionado el señor diputado Pozzio. Esos dos ministros crearon el departamento industrial anexo a la Escuela de Comercio, el 17 de octubre de 1897, y auspiciaron la creación de un establecimiento independiente. Todo esto pasó el 17 de marzo de 1899 a ser la primera escuela industrial de la nación, bajo la dirección del ingeniero Otto Krause, quien había desempeñado la dirección técnica del colegio industrial.

Siguen evolucionando así la Escuela Industrial y la Escuela de Artes y Oficios. Pero yo quiero hacer resaltar lo siguiente: hasta el año 1917; dejando la ya citada Otto Krause, son contadas

las escuelas industriales de la Nación. Tenemos la de Rosario en 1907, la de Santa Fe en 1909, ambas incorporadas posteriormente a la Universidad del Litoral en 1922, y la Escuela Industrial de La Plata, en 1910, conjuntamente con tres escuelas de artes y oficios.

Luego entran a regir los destinos de la República gobiernos esencialmente populares, que sin dedicarse a tantas especulaciones de la sensibilidad de la inteligencia o delicadezas de la cultura de elite, y sin pretender aparecer como grandes constructores de la perfección, crearon, durante los años 1917 a 1929, treinta y nueve escuelas de artes y oficios, y una escuela industrial en Santiago del Estero.

En esa época —lo recuerda perfectamente este ciudadano, como muchos que han intervenido en las luchas estudiantiles a pesar de no ser estudiante— también se fundaron los primeros colegios nacionales nocturnos, para que el obrero pudiera dar cauce a su vocación e incorporarse a alguna facultad de las universidades argentinas, facilitándole así los medios para andar por los caminos de las realizaciones, tanto espirituales como morales y de utilidad técnica.

De modo que en este paso que vamos a dar estoy de acuerdo con las manifestaciones de los señores diputados Pozzio y Blanco que si no es del todo perfecto, será la simiente de un futuro promisorio para la República. Los jóvenes que se reciban en esa universidad serán los encargados de darle el brillo y eficiencia necesarios, porque en todo ello va el orgullo del propio adherente a la causa y casa que le dio la posibilidad de transformarse en un hombre capaz y útil para el pueblo. Por eso tengo fe, porque creo en la juventud estudiosa, porque creo también en el obrero que busca capacitarse.

Entre los años 1917 y 1929 se crearon 32 escuelas de artes y oficios, que me gustaría también se contemplaran en la Universidad Tecnológica, creándose una escuela de artes y oficios para aquellos oficios en que es necesaria la disciplina manual, para que, como dije hace un rato, no vaya a ser que con el tiempo tengamos necesidad de traer obreros manuales de otras partes del mundo.

Voy a votar con todo entusiasmo este proyecto, y en particular haré y se harán las correcciones que quieran introducir los señores diputados. Pero será este mismo Congreso, dentro de uno o dos períodos más, cuando los mismos alumnos, cuando los mismos profesores de la Universidad Tecnológica, con la experiencia de lo que tienen a mano traigan aquí sugerencias de las reformas necesarias, el que perfeccionará la estructura de esa enseñanza de acuerdo con las exigencias de la hora y del progreso y el consejo pedagógico que naturalmente se producirá por la crítica sana y honesta que construye y ayuda a perfeccionar.

No es posible hacer planes definitivos en esta época en que no sabemos si dentro de un año existirán las mismas condiciones de ubicuidad en la tierra, ante el progreso de la ciencia, que ya es capaz de trastornar la atmósfera que respiramos. La ciencia no es otra cosa que verdad comprobada por la experiencia realizada; de lo contrario sería mística, o ensoñación, que no traería ninguna verdad positiva para poder andar dentro de la materia con nuestro organismo físico. Lo demás pertenece a la grandiosa elucubración del espíritu, a la imaginación, a la que le asigno quizá más importancia que la que otros le dan, porque lleva al hombre a preguntarse para qué está en la tierra, para qué vive, dónde irá y lo resuelve hasta modificar circunstancias que lo rodean rompiendo vetustas formas para dar paso al progreso y al conocimiento. Esta es la importancia que asigno a la imaginación y a las especulaciones espirituales.

No voy a agregar nada más para demostrar con cuánto cariño voto siempre proyectos de esta naturaleza, dirigidos a la educación del hombre y a su perfeccionamiento en todos los órdenes.

No sé si corresponderá lamentar en este momento el pase a comisión que se dio a mi proyecto. Espero que el señor presidente de la Comisión de Educación, ante mi requerimiento, reúna a sus integrantes para producir despacho, y confío en que no se crea que uso de malas artes al hacer este reclamo.

Sr. Presidente (Uzal). — Daremos parte al presidente de la Comisión de Educación. (Risas.)

Sr. Bernasconi. — Me voy a permitir leer un concepto sostenido por el ingeniero Gabriel del Mazo en 1948, que yo no recordaba cuando redacté mi proyecto, y que me viene a dar la razón, porque los dos bebíamos de las fuentes de nuestro querido programa. Decía del Mazo: «Bien sé que la universidad necesita eso y más, pero mucho más, extraordinariamente más, tanto como para llevarse el primado de los gastos nacionales.» ¡Cuán lejos estamos de eso! Debe corresponder a la enseñanza popular, básica primero y especial después pero completa siempre, en todos los grados, con obligatoriedad tal vez hasta los dieciséis años por lo menos y, por tanto, con los subsidios individuales de educación que corresponda. Subsidios que creo propuso el diputado Solanas para abonar lo que él entendía buen proyecto para toda la República, cuando lo debatimos hace un mes.

Con estas palabras, dejo expresada mi adhesión y dejo evocado el recuerdo de los hombres que como Bermejo y Magnasco y los que pertenecieron al radicalismo de 1917 y de 1929, hicieron mucho en beneficio de la educación y del

progreso técnico del pueblo argentino. (*¡Muy bien! ¡Muy Bien!*)

Sr. Presidente (Uzal). — Dado el evidente cansancio de los señores diputados, la Presidencia invitaría a pasar a un breve cuarto intermedio, con recomendación de no abandonar la casa.

Sr. Oreja. — Por nuestra parte, damos nuestro asentimiento, en la inteligencia de que al reanudarse la sesión, como está agotado el debate, se procederá a votar sin más trámite.

Sr. Presidente (Uzal). — Si hay asentimiento, se pasará a cuarto intermedio y se procederá en la forma indicada por el señor diputado por Río Negro.

—Asentimiento general.

Sr. Presidente (Uzal). — Invito a la Honorable Cámara a pasar a cuarto intermedio.

—Se pasa a cuarto intermedio a las 16 horas.

—A la hora 16 y 30:

—Ocupa la Presidencia el señor presidente de la Comisión de Obras Públicas, ingeniero Isaac Breyter.

Sr. Presidente (Breyter). — Continúa la conferencia.

Tiene la palabra el señor diputado por Santa Fe.

Sr. Gómez Machado. — ¿Hay número en la casa, señor presidente?

Sr. Presidente (Breyter) — En la casa hay 102 señores diputados.

Sr. Gómez Machado. — Hago indicación de que se llame durante cinco minutos más para votar; si vencido ese término no hubiera quórum, formulo desde ahora indicación de que se pase lista.

Sr. Presidente (Breyter) — Si hay asentimiento, se procederá en la forma solicitada por el señor diputado por Santa Fe.

—Asentimiento.

Sr. López (J. R.). — ¿Cómo se va a practicar la votación de los dos proyectos que se considerarán?

Sr. Presidente (Breyter) — La Cámara está constituida en comisión. Por tanto, oportunamente deberá adoptar un despacho.

Sr. López (J. R.). — Entonces, con el permiso de la Presidencia, voy a fundar mi voto con algunas palabras.

Sr. Presidente (Breyter) — Tiene la palabra el señor diputado por Córdoba.

Sr. López (J. R.). — Con referencia al proyecto sobre Universidad Tecnológica Nacional, voy a dar mi voto favorable, porque coincido con los señores diputados en la mayoría de los aspectos que ellos explicaron.

En cuanto al proyecto sobre creación del Consejo Nacional de Educación Técnica, habré de votar por la negativa. Los señores diputados, tanto de la mayoría como de la minoría, están de acuerdo en que debe hacerse un estudio a fondo, previo a la reforma de todo lo vinculado con la estructura educacional en el país.

El año pasado, al tratar la vigencia del artículo 28 del decreto ley 6.403/55, se abordaron problemas universitarios y ahora tratamos uno que se relaciona con la enseñanza secundaria. Los señores diputados y la opinión de personas autorizadas en esta materia están de acuerdo en que los planes de estudio vigentes en el país ya no concuerdan con la realidad de la época que estamos viviendo. Por mi parte, tengo también la honesta convicción de que este Parlamento necesita discutir, de una vez por todas, las normas vigentes en materia educativa.

Se ha hablado aquí del gran avance técnico operado últimamente por la humanidad. Yo interpreto que, de acuerdo con la conciencia y el criterio de los hombres que nos hemos formado en las luchas de la Unión Cívica Radical, antes de poner parches a la actual legislación sobre el proceso educativo, es necesario que convengamos en ponernos de acuerdo sobre cuál es la posición a tomar frente a los grandes planteos creados por el presente momento histórico.

En este recinto no quedó aclarado todavía cuál es la posición que los señores diputados asumen respecto de la misión del hombre en nuestro país. Tampoco quedó aclarado cuál es la posición del país ante el gran debate existente en el mundo con respecto de la cultura y a la técnica.

Si no hemos fijado nuestra posición sobre estos temas, muy mal podremos seguir poniendo parches, como decía, a los problemas educativos sin ir a los aspectos de fondo, como por ejemplo, el de renovar totalmente los planes de estudio.

Por otra parte, señor diputado Uzal, yo he escuchado las expresiones de todos los señores diputados.

Para terminar, solamente quiero decir que sigo pensando en que el proceso educativo debe tener unidad de concepción desde la escuela primaria hasta la universitaria. Por lo tanto, votaré por la negativa en el aspecto relacionado con la creación del Consejo Nacional de Enseñanza Técnica.

Sr. Presidente (Breyter). — Para una aclaración tiene la palabra el señor diputado por la Capital.

Sr. Uzal. — Señor presidente: creo que el señor diputado por Córdoba ha de haber estado ausente del recinto durante el debate que se inició el viernes pasado, en el que los dos miembros informantes de la Comisión de Educación —el señor diputado Blanco y el que habla— hicimos uso de la palabra, según lo

consigna un periódico, y con verdad, en la mayor parte del tiempo, ante la presencia de catorce señores diputados sentados en sus bancas. El señor diputado por Córdoba no ha de haber alcanzado a escuchar nuestra palabra, con la cual enfrentamos el fondo de la cuestión, quizás saliéndonos un poco del problema en sí, para ir demasiado a lo grande, como dije, a los primeros principios del problema fisiológico del hombre. De manera que eso se dijo y se podrá leer en el Diario de Sesiones.

Además, insisto, recordando una frase que creo pronunció el ex diputado Augusto Bunge hace muchos años en la Honorable Cámara: para no dar leyes que signifiquen parches, como las denomina el señor diputado por Córdoba, habría que sancionar una ley que sólo dijera: decretase la felicidad del pueblo argentino.

Sr. López (J. R.). — Yo no me he referido a la felicidad del pueblo argentino, sino al hecho cierto de que todos los legisladores, hace tiempo, venimos hablando de una reforma total de los planes de educación. En este recinto, hasta ahora, solamente se han tratado dos aspectos que se relacionan con las ramas superiores de la enseñanza, no estructurándose un plan general que solucione el problema educativo.

Sr. Presidente (Breyter). — Ha vencido el plazo acordado para llamar a votar, en general, formulado por el señor diputado por Santa Fe.

Sr. Pozzio. — Propongo que se pase lista.

Sr. Presidente (Breyter). — Si hay asentimiento así se hará.

—Asentimiento.

Sr. Presidente (Breyter). — Se pasará lista.

—Mientras se pasa lista:

Sr. Presidente (Breyter). — Como en este instante hay quórum, se interrumpe el pase de lista.

La Cámara, en comisión, debe adoptar un despacho.

Sr. Blanco. — Con respecto a la Universidad Tecnológica Nacional propongo que la Honorable Cámara adopte como despacho el texto de la sanción del Honorable Senado.

Sr. Presidente (Breyter). — Hay dos asuntos a consideración de la Honorable Cámara.

Sr. Blanco. — Como dije, propongo que la Honorable Cámara adopte como despacho el texto de la sanción del Honorable Senado referente a cambio de denominación y nueva estructura de la Universidad Tecnológica Nacional.

Sr. Uzal. — Esa es también la posición del bloque de la mayoría.

Sr. Presidente (Breyter). — Tiene la palabra el señor diputado por Buenos Aires.

Sr. Marini. — Quiero aclarar, señor presidente, que hemos propuesto adoptar un despacho para estar de acuerdo con el reglamento, es decir

que el alcance de la exposición del señor diputado Blanco es nada más que el de cumplir una exigencia reglamentaria; porque si bien es cierto que este bloque va a votar por la afirmativa ambos proyectos en general, se van a proponer modificaciones, en la discusión en particular, como lo han dicho reiteradas veces diputados de este sector.

Sr. Presidente (Breyter). — Se sobreentiende.

Sr. Marini. — Nuestro bloque va a votar afirmativamente que la Cámara, en comisión, adopte como despacho el texto de la sanción del Honorable Senado. Lo haremos así, repito, para cumplir con la disposición reglamentaria, dejando a salvo que algunos de los miembros de nuestro bloque propongan en particular las modificaciones que estimen necesarias.

Sr. Presidente (Breyter). — La Cámara, en comisión, adopta un despacho y al levantarse la conferencia debe pronunciarse respecto a ese despacho, en general y en particular. Entonces, será el momento de hacer las proposiciones de modificación del proyecto motivo del despacho.

Tiene la palabra la señora diputada por la Capital.

Sra. Baigorria. — Deseo expresar que votaré afirmativamente con el sentido precario que señalé durante mi exposición.

Sr. Presidente (Breyter). — Se va a votar si se adopta como despacho de la Honorable Cámara constituida en comisión, el texto de la sanción del Honorable Senado en el proyecto de ley sobre la Universidad Obrera Nacional.

—Resulta afirmativa de 95 votos; votan 100 señores diputados.

Sr. Presidente (Breyter). — Corresponde que la Honorable Cámara, en comisión, adopte un despacho con respecto a la creación del Consejo de Educación Técnica.

Sr. Uzal. — Propongo que la Cámara adopte como despacho el proyecto de que soy autor, con las modificaciones aconsejadas por la Comisión de Educación, de las que pido se dé lectura por Secretaría.

Sr. Presidente (Breyter). — Se van a leer las modificaciones a que se refiere el señor diputado por la Capital.

Sr. Secretario (Oliver). — Las modificaciones aconsejadas por la Comisión de Educación son las siguientes:

Artículo 1º — Créase el Consejo Nacional de Educación Técnica, dependiente del Ministerio de Educación y Justicia, que se compondrá de nueve (9) miembros designados por el Poder Ejecutivo, en la siguiente forma: cuatro (4) docentes técnicos; cuatro (4) en representación y a propuesta de la actividad empresarial privada y uno (1) en representación de la central obrera reconocida. Uno de estos nueve miembros será designado al mismo tiempo presidente —también por el Poder Ejecutivo— y ne-

cesitará acuerdo del Senado. Tendrá voz y voto en las reuniones del cuerpo y en caso de empate su voto será doble.

Art. 2º — Los miembros del consejo nacional creado por el artículo anterior durarán cuatro (4) años en sus funciones y podrán ser reelectos. Gozarán de una remuneración mensual equivalente a la que el Estatuto del Docente establece en el artículo 92 en los índices relativos al presidente y vocales del Consejo Nacional de Educación de la rama primaria.

Art. 3º — Para ser miembro del Consejo Nacional de Educación Técnica es requisito indispensable ser argentino nativo, o naturalizado, con cinco años de ejercicio de la ciudadanía, y haber desempeñado la docencia técnica durante dos años consecutivamente por lo menos, en cualquiera de sus ramas, o acreditar destacados antecedentes como propulsor de la industria. No podrá desempeñar simultáneamente otra función rentada por la Nación, pero se les reservarán los cargos de esta condición que desempeñare en el momento de su designación.

Art. 4º — Este consejo nacional —cuya finalidad es educar integralmente a la juventud y lograr la capacitación técnicoprofesional de sus educandos— tendrá a su cargo la dirección y organización de la educación técnica, gozará de autarquía y serán sus funciones:

- b) Elevar al Ministerio de Educación para su aprobación los planes de estudio y los programas respectivos ajustados a dichos planes;

Sr. Presidente (Breyter). — Se va a votar si la Honorable Cámara, en comisión, adopta como texto de despacho el proyecto de ley del señor diputado Uzal, con las modificaciones aconsejadas por la Comisión de Educación que acaban de leerse por Secretaría.

—Resultado afirmativa de 92 votos; votan 101 señores diputados.

Sr. Presidente (Breyter). — Queda levantada la conferencia.

2

UNIVERSIDAD TECNOLÓGICA NACIONAL

Sr. Presidente (Breyter). — Se va a votar en general el despacho producido por la Honorable Cámara, constituida en comisión, en el proyecto de ley sobre cambio de denominación de la Universidad Obrera Nacional.

—Resultado afirmativa de 95 votos; votan 101 señores diputados.

Sr. Presidente (Breyter). — En consideración en particular.

Por Secretaría se va a dar lectura del artículo 19.

Sr. Secretario (Oliver). — La Universidad Obrera Nacional, creada por el artículo 99 de la ley 13.229 como organismo dependiente de la Comisión Nacional de Aprendizaje y Orientación Profesional, queda separada desde la fe-

cha de tal vinculación y entrará a funcionar, dentro del régimen jurídico de autarquía, con el nombre de Universidad Tecnológica Nacional. Tendrá, por lo tanto, plena facultad para formular sus planes de estudio, nombrar y remover sus profesores y su personal, designar por sí sus propias autoridades y administrar su patrimonio dentro de las limitaciones que establece la presente ley y la de contabilidad de la Nación, de acuerdo con el estatuto que se dictará teniendo en cuenta sus características especiales.»

Sr. Presidente (Breyter). — Tiene la palabra el señor diputado por Santa Fe.

Sr. Solanas. — Quiero ratificar mi voto afirmativo, en la inteligencia de que no se trata, como lo anunciara la Presidencia, de un proyecto de ley que cambia simplemente la denominación de universidad obrera por universidad tecnológica.

Sr. Presidente (Breyter). — La Presidencia lo anunció así porque es la denominación que figura en el expediente.

Sr. Solanas. — Entiendo que hay ahí un error de interpretación, porque no solamente se cambia la denominación, sino lo relativo a las prerrogativas que ello significa.

En consecuencia, mi voto afirmativo es por la creación de la Universidad Tecnológica Nacional.

Sr. Presidente (Breyter). — Para aclarar las palabras del señor diputado por Santa Fe, la Presidencia informa que la carátula del expediente lleva el siguiente título: «Cambio de denominación y nueva estructura legal de la Universidad Obrera Nacional.»

Sr. Solanas. — Hay una incongruencia, porque cambio de denominación no quiere decir cambio de estructura. Se toma la parte por el todo.

Sr. Pozzio. — Advertido de que el proyecto de ley ha sido distribuido a los señores diputados, pido que se omita la lectura de los artículos y que los que no se observen se den por aprobados.

Sr. Presidente (Breyter). — Si hay asentimiento, así se hará.

—Asentimiento.

Sr. Presidente (Breyter). — Se va a votar el artículo 19.

—Se aprueban los artículos 1º al 20.

—El artículo 21 es de forma.

Sr. Presidente (Breyter). — Queda definitivamente sancionado el proyecto de ley (1).

(1) Véase el texto de la sanción en el Apéndice.

8

APENDICE

I

SANCIONES DE LA HONORABLE CAMARA

1

PROYECTO DE LEY

El Senado y Cámara de Diputados, etc.

Artículo 1º — La Universidad Obrera Nacional creada por el artículo 9º de la ley 13.229 como organismo dependiente de la Comisión Nacional de Aprendizaje y Orientación Profesional, queda separada, desde la fecha, de tal vinculación, y entrará a funcionar dentro del régimen jurídico de autarquía con el nombre de Universidad Tecnológica Nacional. Tendrá por lo tanto plena facultad para formular sus planes de estudio, nombrar y remover sus profesores y su personal, designar por sí sus propias autoridades y administrar su patrimonio, dentro de las limitaciones que establece la presente ley y la de contabilidad de la Nación, de acuerdo con el estatuto que se dictará, teniendo en cuenta sus características especiales.

Art. 2º — La Universidad Tecnológica Nacional tiene por finalidades principales:

- a) Preparar profesionales en el ámbito de la tecnología para satisfacer las necesidades correspondientes de la industria, sin descuidar la formación cultural y humanística que los haga aptos para desenvolverse en un plano directivo dentro de la industria y la sociedad, creando un espíritu de solidaridad social y mutua comprensión en las relaciones entre el capital y el trabajo;
- b) Promover y facilitar las investigaciones, estudios y experiencias necesarios para el mejoramiento y desarrollo de la industria, y asesorar dentro de la esfera de su competencia a los poderes públicos y a las empresas privadas en la organización, dirección, fomento y promoción de la industria nacional;
- c) Establecer una vinculación estrecha con las demás universidades, con las instituciones técnicas y culturales nacionales y extranjeras, con la industria y sus organismos representativos, y con la fuerzas económicas del país.

Art. 3º — Créase el consejo de la Universidad Tecnológica Nacional, organismo que ejercerá provisionalmente el gobierno de la universidad y que estará integrado por las autoridades de la Universidad Obrera Nacional: rector, vicerrector y los decanos; y por tres (3) delegados de los profesores y por tres (3) delegados de los estudiantes y tres (3) delegados de los graduados; estas representaciones serán elegidas por el voto directo de los representados. El consejo tendrá las atribuciones que los decretos leyes 477/55, 4.361/55 y 5.150/55 confirieron a los rectores interventores de las universidades nacionales, las asignadas a la Comisión Nacional de Aprendizaje y Orientación Profesional con respecto a la universidad, así como las que se fijan en el artículo 5º del Decreto ley 10.751/56.

Art. 4º — El consejo de la Universidad Tecnológica Nacional reconocerá las designaciones de profes-

sores titulares efectuadas por decretos 20.159/56 y 20.795/56 como resultado de los concursos realizados en la Universidad Obrera Nacional en concordancia con las disposiciones del capítulo II del decreto ley 6.403/55, y resolverá en instancia única y definitiva las designaciones de profesores, titulares e interinos, previa propuesta de las facultades regionales.

Art. 5º — El consejo de la Universidad Tecnológica Nacional funcionará con quórum de la mitad más uno del número de sus miembros; las resoluciones ordinarias que tome serán por simple mayoría, y las extraordinarias con los dos tercios de los votos de los miembros presentes. En caso de empate el rector tendrá doble voto. El rector tendrá la representación, gestión, administración y superintendencia de la universidad, presidirá las reuniones del consejo y ejecutará las decisiones de este último.

Art. 6º — El consejo de la universidad preparará el proyecto de estatuto que constituirá el ordenamiento legal de la universidad, teniendo en cuenta las modalidades propias de la institución, que deberán ser conservadas, y las conveniencias del ámbito local correspondiente a cada una de sus facultades regionales. El proyecto de estatuto que se elabore contemplará los siguientes puntos básicos:

- a) Las finalidades principales, establecidas por el artículo 2º de la presente ley;
- b) La necesidad de adecuar su funcionamiento, planes de estudio y sistema de promociones para quienes deseen formarse en las disciplinas superiores que implican las finalidades principales, después de haber cursado en forma completa estudios técnicos secundarios o que, habiendo aprobado otros ciclos completos de segunda enseñanza, acrediten decidida inclinación hacia los estudios técnicos y la preparación básica indispensable;
- c) Los organismos directivos que se creen tanto en las facultades de su dependencia como en la propia universidad estarán integrados por profesores, estudiantes y egresados, y tendrán una representación de industriales como consecuencia del Instituto de Cooperación Industrial Universitaria, que se crea por el artículo 13;
- d) Los títulos profesionales que se otorguen indicarán con claridad la especialidad cursada e incluirán la designación de la universidad en la forma que se determine.

Art. 7º — El proyecto de estatuto aprobado por el consejo será sometido a la consideración de la asamblea universitaria.

La asamblea universitaria será presidida por el rector y actuará en ella como secretario el secretario general de la universidad.

El proyecto de estatuto será hecho conocer y difundido en forma amplia en las facultades regionales con antelación no menor de treinta (30) días a la elección de los representantes señalados.

Art. 8º — Tendrán derecho a voto en la elección de representantes de los profesores, y a su vez podrán

ser elegidos todos aquellos que ocupando cargos provistos por concurso poseen designación de titulares o interinos, según lo dispuesto en el artículo 4º.

Art. 9º.— Los representantes de los estudiantes deben ser alumnos de cualquiera de los dos cursos más avanzados que se dicten en la correspondiente facultad regional. Los respectivos padrones electorales serán confeccionados por las facultades, incluyendo a todos los alumnos que hayan aprobado, por lo menos, una asignatura, y excluyendo a quienes hubieran quedado libres hasta diez (10) días antes de la fecha de la elección.

Art. 10.— El voto será secreto y obligatorio para profesores y estudiantes. El consejo de la universidad decidirá qué sanciones pueden corresponder por el incumplimiento de esta obligación sin causa debidamente justificada.

Art. 11.— La asamblea universitaria podrá introducir modificaciones al proyecto de estatuto, pero respetando siempre los lineamientos generales señalados en esta ley. Si el proyecto obtuviese el voto favorable de los dos tercios de los miembros que componen la asamblea, quedará automáticamente convertido en el estatuto de la universidad; en caso de no contar con dicha mayoría, la asamblea se reunirá nuevamente y volverá a considerar el proyecto y/o las disposiciones que no hubieran obtenido dicha mayoría, en su caso. En esta segunda deliberación quedará convertido en estatuto el proyecto y/o disposiciones sancionadas por simple mayoría de los miembros que componen la asamblea.

Art. 12.— El estatuto que resulte aprobado será publicado en el Boletín Oficial, y entrará en vigencia a los diez (10) días de su publicación. La Universidad Tecnológica Nacional procederá a organizarse conforme a su estatuto dentro de un término no mayor de ciento veinte (120) días; dentro del mismo término se procederá a la elección de los organismos directivos, decanos y rector, a quienes pondrán en posesión de sus cargos las autoridades provisionales establecidas en el artículo 3º, terminado en tal momento el mandato de estas últimas.

Art. 13.— A los efectos de una mayor vinculación entre la universidad y los medios industriales y económicos del país, promoverá la constitución de un «Instituto de Cooperación Industrial Universitaria», en la forma que oportunamente reglamentará ella misma con el fin de reunir y allegar a ésta los estudios, sugerencias y los recursos necesarios a su estímulo y mejor desenvolvimiento en relación con los problemas de la industria.

Art. 14.— Constituyen el patrimonio de la Universidad Tecnológica Nacional todos los bienes, cualquiera sea su naturaleza, que siendo patrimonio de la Nación o que se encuentren en posesión efectiva de la universidad estén afectados a su uso, con excepción de los pertenecientes a las demás universidades nacionales, y todos los que ingresen a aquél, sin distinción en cuanto a su origen, sea a título gratuito u oneroso, así como los derechos de los que en la actualidad sea titular la Universidad Obrera Nacional. El Poder Ejecutivo podrá afectar, con destino a la Universidad Tecnológica Nacional, los terrenos fiscales disponibles o que considere adecuados a tal finalidad.

Art. 15.— Son recursos de la Universidad Tecnológica Nacional:

- a) Las sumas que le asigne el presupuesto general de la Nación;
- b) Los créditos que se incluyan a su favor en el plan integral de trabajos públicos;

c) Las contribuciones, subsidios y donaciones que las provincias, municipalidades y reparticiones públicas destinen para la universidad, previa aceptación por parte de ésta;

c) Las contribuciones, subsidios y donaciones que acepte la universidad de personas o instituciones privadas, los que serán exceptuados de todo impuesto nacional existente o a crearse, tanto para la persona del beneficiario como para la del contribuyente, donante o testador;

e) Las rentas, los frutos o productos de su patrimonio o concesiones y/o los recursos derivados de la negociación o explotación de sus bienes, publicaciones, etcétera, por sí o por intermedio de terceros;

f) Los derechos, aranceles o tasas que perciba como retribución de los servicios que preste;

g) Los derechos de explotación de patentes de invención o derechos intelectuales que pudieran corresponderle por trabajos realizados en su seno;

h) Todo otro recurso que le corresponda o pudiera crearse.

Art. 16.— La Universidad Tecnológica Nacional constituirá su «Fondo universitario», con el aporte de las economías que realice sobre el presupuesto que se financie con recursos de los incisos c), d), e), f), g) y h) del artículo 15.

Su utilización será dispuesta por el consejo de la universidad, con preferencia para los siguientes fines:

a) Adquisición, construcción, locación, refacción o instalación de inmuebles y laboratorios;

b) Material técnico, didáctico o de investigación;

c) Biblioteca o publicaciones;

d) Becas, viajes o intercambio de alumnos y profesores;

e) Contratación de profesores, técnicos e investigadores a plazo fijo;

f) Los que fijen específicamente los otorgantes de los recursos fijados en los incisos c) y d) del artículo 15.

Art. 17.— Previa aprobación por la autoridad u organismo que establezca el estatuto de la universidad, ésta elevará al Poder Ejecutivo, para su remisión al Honorable Congreso de la Nación, el proyecto de presupuesto definitivo en la fecha que en cada caso fije la ley de contabilidad.

Asimismo elevará al Poder Ejecutivo el plan integral de trabajos públicos en la misma oportunidad que el presupuesto.

Art. 18.— El consejo de la universidad dictará las normas financieras y contables a que deberá ajustar su administración la universidad y sus dependencias, con arreglo, en lo pertinente, a las disposiciones de la presente ley y de la de contabilidad.

Art. 19.— En las vinculaciones que necesariamente deba mantener la universidad con el Poder Ejecutivo nacional se seguirá la vía del Ministerio de Educación y Justicia.

Art. 20.— Quedan derogadas las disposiciones que se opongan a la presente ley.

Art. 21.— Comuníquese al Poder Ejecutivo.

2

PROYECTO DE LEY

El Senado y Cámara de Diputados, etc.

Artículo 1º.— Créase el Consejo Nacional de Educación Técnica, dependiente del Ministerio de Edu-